



P

# Portugal siglo XX

[1890-1976]

Pensamiento y  
acción política

FERNANDO ROSAS

26

SERIE ESTUDIOS PORTUGUESES



**Portugal siglo XX**  
**(1890-1976)**

**Pensamiento y acción política**



FERNANDO ROSAS

# Portugal siglo XX (1890-1976)

**Pensamiento y acción política**



EDITORIA REGIONAL DE EXTREMADURA

---

MÉRIDA  
2004



## **Portugal siglo XX (1890-1976)**

### **Pensamiento y acción política**

© De esta edición:

JUNTA DE EXTREMADURA

Gabinete de Iniciativas Transfronterizas

Consejería de Cultura

© Del texto:

Fernando Rosas

ISBN: 84-7671-789-X

Depósito Legal: BA-562-2004

Imprime:

Artes Gráficas Rejas, S.L. (Mérida)

# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS .....	9
NOTA DEL AUTOR .....	11
PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA .....	15
1. EL MARCO DE REFERENCIA: LA CRISIS DEL SISTEMA LIBERAL Y LAS PROPUESTAS DE SUPERACIÓN .....	19
1.1. EL FIN DE LA MONARQUÍA LIBERAL .....	20
1.1.1. La oligarquización del sistema político .....	21
1.1.2. La crisis del “modelo” económico liberal .....	27
2. LAS GRANDES PROPUESTAS ENFRENTADAS: REPUBLICANISMO, AUTORITARISMO Y REVOLUCIÓN SOCIAL .....	31
2.1. EL REPUBLICANISMO O EL INTENTO DE REGENERACIÓN DEMOCRÁTICA DEL LIBERALISMO .....	34
2.1.1. El fracaso de la alternativa liberal republicana .....	38
a) <i>El cerco social y político</i> .....	38
b) <i>La “dictadura” del Partido Democrático</i> .....	44
c) <i>La inexistencia de un “proyecto nacional” republicano</i> .....	48
2.1.2. La “rendición del liberalismo” .....	53
2.2. LAS DERECHAS DE LA DERECHA ANTLIBERAL. LAS CINCO FUENTES DEL SALAZARISMO .....	57
2.3. LOS DIVERGENTES CAMINOS DE LA “REVOLUCIÓN SOCIAL”: SOCIALISTAS, ANARCO-SINDICALISTAS Y COMUNISTAS .....	67
2.4. LA AGONÍA DEL LIBERALISMO PORTUGUÉS Y EL PROCESO DE TRANSICIÓN HACIA EL <i>ESTADO NOVO</i> .....	75
3. <i>ESTADO NOVO</i> : EL LARGO CICLO DEL AUTORITARISMO .....	83
3.1. LA DERECHA DE LAS DERECHAS .....	84
3.2. “SABER DURAR” O EL LA PRIMACÍA DE LO POLÍTICO .....	89
3.3. LA QUIEBRA DE LAS OPORTUNIDADES DE REFORMA O TRANSICIÓN .....	96

4. LA LARGA MARCHA DE LAS IZQUIERDAS PORTUGUESAS .....	101
4.1. LAS OPOSICIONES EN LA ÉPOCA DEL FASCISMO .....	101
4.2. BAJO EL SIGNO DE LA GUERRA FRÍA .....	106
4.3. EL “TERREMOTO <i>DELGADISTA</i> ” Y LOS QUEBRANTOS DE LOS AÑOS SESENTA .....	110
4.4. LAS IZQUIERDAS Y EL DERRUMBE DEL RÉGIMEN .....	119
5. LA REVOLUCIÓN PORTUGUESA DE 1974/75 Y LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA .....	123
5.1. DEL GOLPE DE ESTADO A LA REVOLUCIÓN .....	124
5.2. LOS CAMBIOS DE LA REVOLUCIÓN .....	131
5.3. EL DESENLACE DE LA REVOLUCIÓN. LA DEMOCRACIA PARLAMENTARIA .....	134
5.4. LA REVOLUCIÓN, MARCA GENÉTICA DE LA DEMOCRACIA PORTUGUESA .....	145
CONCLUSIÓN .....	147



## AGRADECIMIENTOS

La pronta aceptación de la Junta de Extremadura, que mucho agradezco, para editar este libro en España, sólo ha podido llevarse a cabo por la generosa y espontánea disponibilidad para traducirlo al castellano de tres buenos amigos e ilustres colegas en el oficio de la Historia: Hipólito de la Torre Gómez, de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (Madrid), Josep Sánchez Cervelló, de la Universidad catalana Rovira i Virgili (Tarragona) y Juan Carlos Jiménez Redondo, de la Universidad San Pablo-Ceu (Madrid). Además, se da la circunstancia, extremadamente honrosa para mí, de que, sin duda alguna, los tres son en la actualidad los más eminentes especialistas en Historia Contemporánea de Portugal dentro de los medios académicos del Estado español, siendo autores de una amplia e importante obra publicada, parte de la cual lo ha sido en portugués. Su valiosa colaboración no sólo realza excepcionalmente la presente edición, sino que representa un gesto de amistad que me honra y tiene para mí el más alto significado. Sólo puedo agradecerse lo esperando que este libro, que con tanto rigor y competencia han traducido, pueda en alguna medida corresponder a su interés y a su amistad.

*Fernando Rosas*



## NOTA DEL AUTOR

Tal vez el título de este ensayo sea excesivamente pomposo para sus concretas pretensiones. El propósito, en realidad, es el de intentar una síntesis del marco fundamental de las referencias políticas e ideológicas que estructuran las opciones, las esperanzas y los combates de las élites y de los movimientos políticos que intervienen a lo largo del siglo XX en la definición de los destinos del país. Se pretende abordarlas desde el punto de vista de la historia política, esto es, no tanto bajo el prisma de una exégesis filosófica de la historia de las ideas, sino como el pensamiento estructurador de la intervención política que tuvo un papel social y cultural en la evolución del Portugal de siglo pasado.

Definido un marco teórico de referencia para el gran debate de la transición del siglo XIX al el siglo XX y sugeridas las principales opciones que ello implicó en cuanto a la ordenación del universo político, se analizará, de forma sintética, su permanencia y su evolución/ transformación a lo largo de las diversas y más definidas coyunturas que se suceden. Así, desde el punto de vista de la historia política, el siglo XX portugués puede dividirse en tres ciclos fundamentales.

En primer lugar, el largo ciclo de la crisis final del sistema liberal-oligárquico (1890-1926) articulado en sus dos etapas: la del ocaso de la monarquía constitucional (1890-1910) y la de la fracasada tentativa republicana de regeneración democrática del sistema (1910-1926). Para los efectos de este trabajo, se hace una breve referencia a la crisis de la monarquía constitucional, pero me detendré sobre todo en los *impasses* de la experiencia de la I República y particularmente en los factores de su derrota.

Se analiza después el ciclo del autoritarismo, casi medio siglo de la historia de Portugal (1926-1974), que abordaremos en su génesis, en el intento de comprender su naturaleza, en las principales coyunturas definidoras de los

cambios en el marco de las fuerzas políticas e, igualmente, en sus incapacidades y bloqueos, hasta la ruptura revolucionaria abierta con el golpe militar del 25 de Abril de 1974.

Finalmente, se abordará el ciclo de la democracia o del sistema liberal democrático, inaugurado por la revolución de 1974/75, cuyo desenlace conducirá a la institucionalización del régimen democrático-parlamentario plasmado formalmente en la Constitución de 1976 y que, a pesar de las sucesivas y profundas revisiones, aún está en vigor.

No se espere encontrar aquí un relato diacrónico de acontecimientos ordenados por esta propuesta cronológica. El objetivo de este ensayo es otro, como se ha sugerido anteriormente.

La transición del siglo XIX al XX abrió también en Portugal una profunda crisis de identidad, hija de la crisis política, económica, social y de valores del sistema liberal, que, a pesar de sus diversos paréntesis, accidentes y suspensiones, cumplía casi un siglo de existencia desde el triunfo del *vintismo*.<sup>1</sup> Esa crisis, que desgarró a los varios tipos de élites portuguesas de la época, planteaba, a la luz de diagnósticos y balances muy diferenciados, un interrogante estratégico esencial sobre el futuro, en el que el plano de lo político (esto es, el poder, su naturaleza y de la razón de ser, las instituciones, la gobernabilidad, su ética, su legitimidad y formas de legitimación, su programa) resultaba cuestionado de manera inmediata y principal. Por tanto, se trata de comprender qué nuevas o viejas soluciones políticas e ideológicas históricamente se propusieron como respuesta a esa agitación de fondo; qué consecuencias prácticas en términos de poder tuvieron éstas; qué factores ayudan a entender cuál fue su futuro o por qué cayeron, desaparecieron, resistieron o duraron. Es la comprensión de los desarrollos e *impasses* de este debate decisivo, en que frecuentemente el arrebatación retórico dio lugar a la violencia político-social y militar, lo que puede ayudar a percibir la vida política portuguesa del siglo pasado hasta la institucionalización de la democracia: la corta y accidentada existencia de la I República que nació tan prometedoramente para desaguar en la dictadura militar; el largo y pesado ciclo del salazarismo y la agonía final del *marcelismo*,<sup>2</sup> antecámara de la revolución de 1974/75.

---

<sup>1</sup> Relativo a la primera experiencia liberal portuguesa que, como en el caso de España, tuvo lugar entre 1820 y 1823. El término equivalente español sería *veinteañismo*. (Nota del Traductor)

<sup>2</sup> Relativo a la experiencia reformista del gobierno del Profesor Marcelo Caetano entre 1968 y 1974. (Nota del Traductor)

La dictadura de derechas más larga de Europa daba lugar, talvez por eso mismo, a la última revolución de izquierdas del siglo XX en el Viejo Continente.

Al final, fue en esos accidentes de la historia política del siglo XX portugués, en sus dilatadas continuidades y repentinas rupturas, en ese especial caldo sociológico, cultural y político de un Portugal periférico y largamente autárquico, donde se forjaron los trazos genéticos de la cultura, de las derechas y de las izquierdas hasta los días de hoy. Aunque sólo sea por esto, talvez valga la pena revisar, en forma de ensayo sintético, los orígenes y evolución de este proceso.

*Fernando Rosas*



## PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Es éste un libro con cuya publicación la Junta de Extremadura hace una de sus mejores inversiones culturales. Y ello por tres buenas razones: por la figura de su autor, por el interés de la obra y por el impacto esperable en el medio intelectual y universitario español.

Fernando Rosas es una figura señera en la historiografía sobre el Portugal del siglo XX. Lo es dentro y fuera de su país, y mucho conviene que el nuestro, tan tradicionalmente ajeno a la cultura y a la producción intelectual del vecino peninsular, vaya rompiendo ese absurdo hielo de ignorancias, comenzando por familiarizarse con lo mejor del otro lado de la frontera.

No es cuestión de realizar aquí un análisis de la personalidad intelectual e historiográfica de Fernando Rosas, pero sí al menos de destacar que uno sus rasgos más sobresalientes es la probada capacidad para resolver en grandes síntesis sobre períodos de larga duración sus investigaciones especializadas en un amplio abanico temático, que abarca, con idéntica solvencia, los planos de la historia política, económica, social e internacional. Quien eche un vistazo por ejemplo a sus ya clásicos estudios de conjunto sobre el *Estado Novo* entenderá lo que digo.

Lo deducirá también el lector de este libro, porque sólo alguien con la diversidad de los conocimientos especializados y la madurez intelectual del historiador de calado, podía haber escrito un ensayo como éste, al que muy bien puede atribuírsele la hondura que diera al término el doctor Marañón cuando afirmaba que “lo más serio –y, por lo tanto, lo más responsable– que hacemos los hombres es ensayar y ensayar”. Pues bien, lo que hace Rosas es precisamente ensayar –es decir proponer con razones y fundamento– una explicación histórica del fracaso de la “modernización” portuguesa durante la mayor parte del siglo XX. Su hilo conductor es el propio devenir de Portugal

entre el arranque de la crisis del sistema liberal, a fines del XIX, y el establecimiento de la democracia abierta por la revolución de 1974/75; su punto de mira se sitúa en el análisis del “pensamiento y la acción” de las fuerzas políticas que conforman el poder y la oposición, confrontados con excluyente radicalidad; pero la búsqueda de las motivaciones profundas de sus comportamientos, de sus incapacidades y de sus frustraciones le llevan siempre a identificar también las condiciones de la sociedad portuguesa en las que se encuadra el conflicto político. Si el “aislamiento” social de las élites ha bloqueado hasta el final del período toda posibilidad de cambio, las intensas transformaciones del país desde finales de los años sesenta acabarán por generar una acumulación de presiones, de hecho revolucionarias, que tras el golpe de los “capitanes” fluyen ya imparables por la enorme grieta abierta en el poder del Estado. Por eso el “25 de Abril” es una revolución. Y por haberlo sido, su “marca genética” aún no se ha borrado del todo en el Portugal de hoy.

Se entiende así la enjundia y el atractivo intelectual de la obra, que no prescinde de la narración, pero elude el narrativismo; que ahonda en la reflexión y en la interpretación, sin la menor concesión al diletantismo; que fundamenta, en fin, un ensayo de la mejor estirpe sobre elementos empíricos sostenidos por la investigación historiográfica más reciente y solvente, en la que el propio autor tiene lugar de privilegio.

Por eso, decía al principio, —y ya acabo— es de esperar que este libro tenga el impacto que merece en los medios académicos españoles, donde, además, tanto escasea la bibliografía sobre el pasado más reciente de Portugal. Probablemente la indiferencia hacia la historia, que tan frecuentemente denunciamos en la actitud de nuestros alumnos universitarios, lo sea sobre todo hacia la historia que solemos ofrecerles: demasiado lineal y descriptiva para atraer la atención de las inteligencias. El ensayo de Fernando Rosas ha invertido los términos: el problema —el de la modernización de Portugal— constituye el motivo profundo del discurso; la trama y el desafío intelectual que convocan la atención de la inteligencia y la tornan presta a interesarse por los hombres, las fuerzas y los acontecimientos que, de forma desigual y siempre polémica, encierran las claves del interrogante suscitado. Por eso estoy seguro de que un libro como éste hará mucho —seguramente mucho más que cualquier narrativa canónica— por estimular el interés de nuestros estudiantes hacia la historia de Portugal en el siglo XX.



Precisamente pensando en los destinatarios españoles, se ha añadido en esta edición un conjunto de notas a pie de página –identificadas como Nota del Traductor– donde se pretende aclarar el significado de algunas alusiones puntuales del texto (ciertos nombres propios, siglas de partidos, términos familiares en la historiografía portuguesa, como *vintismo* o *reviralhismo*, etc...), cuya cabal comprensión podría, de otro modo, escapársele al lector de nuestro país.

*Hipólito de la Torre Gómez*



## 1. EL MARCO DE REFERENCIA: LA CRISIS DEL SISTEMA LIBERAL Y LAS PROPUESTAS DE SUPERACIÓN

Fueron los trabajos de Manuel Villaverde Cabral<sup>3</sup> los que introdujeron en la historiografía portuguesa contemporánea el concepto analítico de crisis del sistema liberal, en cuanto marco histórico de referencia para el entendimiento del prolongado y agitado período que, desde finales de los años 80 del siglo XIX, precede al advenimiento del autoritarismo como solución duradera, a partir del golpe militar del 28 de Mayo de 1926. Esto permite integrar y comparar la agitación que acompaña la crisis agónica del liberalismo portugués en la transición del siglo XIX al XX, y en el primer cuarto de éste, con idénticos fenómenos coetáneos que recorren casi todos los países de la periferia europea del sistema capitalista, es decir, los de Europa central y oriental, los del sur europeo y los del suroeste peninsular.

Sería ésta una fase de duro combate político-ideológico y social entablado sobre los escombros de la monarquía liberal oligárquica, que se prolongaría, después de su colapso, en la crisis casi permanente de los 16 años de la I República. Un enfrentamiento donde, frecuentemente, las armas de la crítica dieron lugar a la crítica de las armas, marcando uno de los períodos más largos de inestabilidad política y social de nuestra historia contemporánea. Esta prolongada preparación y medición de fuerzas a lo largo de los casi 40

---

<sup>3</sup> Cf. Manuel Villaverde Cabral, *Portugal na Alvorada do Século XX: Forças Sociais, Poder Político e Crescimento Económico de 1890 a 1914*, Lisboa, A Regra do Jogo, 1979. Y, como síntesis más reciente, idem, *The Demise of Liberalism and The Rise of Authoritarianism in Portugal: 1880-1930*, Londres, King's Collage, 1993.

años que median entre la crisis del *Ultimátum* (1890) y el movimiento militar del 28 de Mayo de 1926 fijaría, en realidad, tal vez hasta los años 60, o incluso más tarde, la “matriz de la cultura política portuguesa”.<sup>4</sup> Es decir, establecería permanentemente los patrones de las temáticas, de los valores y de las alternativas políticas e intelectuales por parte de los principales participantes en el debate y en los combates sobre el futuro del país, siendo cierto también que la longevidad de la dictadura salazarista contribuiría de forma decisiva a la permanente rigidez de este marco conceptual.

Pero el punto de partida de estos enfrentamientos, de donde emergería la dictadura militar y el *Estado Novo*, fue la degeneración de la monarquía constitucional. La primera fase de la crisis del sistema constitucional coincide con la fase terminal de la monarquía bragantina, seguramente inaugurada por el terremoto político del *Ultimátum* británico, en enero de 1890. Todo, entonces, se verá cuestionado. A la crisis política abierta por la “capitulación” del rey, a los *impasses* del sistema de turno<sup>5</sup> a ella asociado, a la humillación nacional, se unía también la bancarrota financiera y sus efectos socialmente devastadores. Es precisamente en este contexto cuando se evidencia dramáticamente la decadencia y agotamiento de la forma monárquica del Estado liberal, la crisis del sistema de valores ideológicos, políticos y hasta morales que le estaban asociados, todo esto teniendo como telón de fondo el gravísimo colapso económico y financiero de 1890/91 y los cruciales interrogantes que se planteaban sobre el futuro, cuando se reinstala y gana nuevas proporciones el ya socorrido debate a cerca de las razones de la “decadencia” del país, de la nacionalidad y de la “raza” y sobre los caminos para su regeneración.<sup>6</sup>

### 1.1. EL FIN DE LA MONARQUÍA LIBERAL

Como sucedió un poco por toda Europa, la crisis del sistema liberal monárquico portugués maduró desde finales del siglo XIX. Es, también ésta, una crisis de inadecuación de las instituciones y de los valores morales, culturales y hasta “científicos” que las legitimaban frente a las nuevas realidades de un país y de un mundo en mudanza. Nuevas realidades inducidas por el desarrollo de las industrias y de las ciudades –por más titubeante que éste

---

<sup>4</sup> *Idem*, ob. cit., p. 3.

<sup>5</sup> Denominado en Portugal *rotativismo*. (N.T.)

<sup>6</sup> Cf. Sérgio Campos Matos, *A Crise Final de Oitocentos em Portugal: Uma Revisão*, in Sérgio Campos Matos (coord.), *Crises em Portugal nos Séculos XIX e XX*, Lisboa, CHUL, 2002, pp. 99-115.

fuese—, por las crisis y cambios económicos y político-internacionales, por las primeras arremetidas “filosóficas”, a derecha y a izquierda, contra la lógica del orden establecido. Nuevas realidades sociales, económicas, políticas e ideológicas que cada vez chocaban más con el liberalismo oligárquico vigente.

### 1.1.1. La oligarquización del sistema político

El aspecto más visible de la corrosión interna del sistema liberal monárquico en los últimos 20 años tal vez fuese el de su progresiva ingobernabilidad, el del creciente *impasse* de las instituciones. La “oligarquización” del sistema y sus efectos provocaban el desprestigio de la institución monárquica, del rey, de sus “áulicos” y del personal político del régimen, no solamente entre los grupos sociales emergentes de él excluidos, sino también, de forma creciente, entre las “fuerzas vivas”, es decir, los grupos dominantes.

Al hacer reposar siempre su sistema representativo —sobre todo en las provincias— en las redes de caciques e influyentes locales —habituales “hacedores de elecciones”—, el constitucionalismo monárquico, desde su estabilización en 1851, asociará siempre el caciquismo a la “paz regeneradora” del *turnismo*, esto es, al monopolio político de dos partidos y de las respectivas clientelas en el control, en régimen de alternancia, del gobierno y del aparato del Estado a nivel central y regional. Partidos que, con el tiempo se vuelven política, ideológica y hasta socialmente indistintos, como típicas asociaciones esencialmente clientelistas y distribuidoras de sinecuras en los respectivos turnos de gobierno. Partidos cuya rotación consagraba solamente el exclusivo acceso a las áreas de poder de una oligarquía burocrática íntimamente conectada a los grandes intereses latifundistas, a los medios financieros o del comercio tanto colonial como internacional.

Es cierto que en el Portugal clientelista, mayoritariamente rural, atrasado, analfabeto (¡76% de analfabetos en 1890!), no industrializado, de mediados y del tercer cuarto del siglo XIX, al margen de los problemas que planteaba la Lisboa, social y políticamente macrocefálica,<sup>7</sup> este sistema se mostró razonablemente adecuado en la representación de las élites y en su concertación y alternancia en las áreas del poder, tanto a nivel local como central.

Sin embargo, las mudanzas que, lenta pero inexorablemente, el mundo urbano va conociendo desde los años 70 —la industrialización, el surgimiento de los obreros fabriles, el crecimiento de las grandes ciudades (Lisboa y Oporto),

---

7 Cf. Maria de Fátima Bonifácio, *Os Século XIX Português*, Lisboa, ICS, 2002.

la terciarización—, darán lugar a un proceso de masificación política, limitado regionalmente, pero que, al menos en los grandes centros urbanos, cuestionan y deslegitiman las viejas y seguras rutinas de los caciques y del turno. Los nuevos actores sociales y los modernos partidos políticos —Partido Socialista (1875), Partido Republicano (1876)— y las nuevas fuerzas sindicales que los representan, naturalmente excluidos de los apaños de la oligarquía instalada, van a cuestionarla abiertamente, así como también a la institución monárquica a quien esa oligarquía daba apoyo y sobre la cual aquella se apoyaba.

Podría suponerse que esta inadecuación del sistema político de la monarquía liberal era, a pesar de todo, limitada: ni las reivindicaciones democratizadoras y moralizadoras del republicanismo “de orden” de los años 80 parecían imposibles de integrar en el sistema vigente (estaban próximas de las de la efímera “izquierda dinástica” desnaturalizada tras su acceso al poder), ni la situación de agitación social y política republicana, especialmente en los años de la crisis del *Ultimatum*, en 1890/91, y después, a partir del inicio del siglo XX, restringida a Oporto y, más tarde, sobre todo a Lisboa y alrededores, representaba un *handicap* a la hora de mantener el orden público.

Sin embargo, no era exactamente así.

En primer lugar, como señaló Fátima Bonifacio en un trabajo reciente, por la importancia política decisiva que Lisboa representaba en la vida política del país. Se trataba de una “anormal hipertrofia”, con raíces históricas en el papel desempeñado desde el siglo XV como “capital del Imperio”, que hacía de Lisboa “una especie de micromundo político, justificado en sí mismo, que sólo tenuemente se comunicaba con el resto del país y ejercía una influencia desproporcionada a su peso real”.<sup>8</sup> En realidad, no se podía gobernar sin el apoyo de Lisboa: todo se decidía allí; era el centro por excelencia de la burocracia, del poder político, de la intriga partidaria. Desde la capital se legislaba y se decidía para que el resto del país obedeciese. Pero, a finales de la primera década del siglo XX, la Lisboa popular, proletaria, plebeya y sus alrededores, de Loures a Moita, no se limitaba a ser antimonárquica, radical y republicana. Bajo los auspicios de la *Carbonaria*,<sup>9</sup> era revolucionaria, es decir, estaba

---

<sup>8</sup> *Idem, Ibidem*, p. 139.

<sup>9</sup> Organización secreta —especie de filial plebeya de la Masonería— que tuvo un papel decisivo en el triunfo de la revolución republicana (3-5 de octubre de 1910), encuadrando y movilizándolo contra la Monarquía al pueblo bajo de Lisboa. (N.T.)

profundamente decidida y empeñada en imponer al Partido Republicano Portugués (PRP) el derribo del trono a través de la insurrección armada. Lo que convertía en claramente minoritarios e ineficaces en el seno del republicanismo institucional los puntos de vista reformistas, legalistas y electoralistas. En el rescoldo del “intento de la Biblioteca”<sup>10</sup> y del regicidio, la mayoría de los dirigentes del PRP, unos con más convicción que otros, se adhirieron a la vía revolucionaria, aunque solo fuese para controlar y domesticar los irreprimibles ímpetus de los “buenos primos” de la secreta Carbonaria y del “populacho”.

En segundo lugar, porque la reacción general de los gobiernos monárquicos a partir de la crisis del *Ultimátum* –cuando el derribo de la monarquía resultó una posibilidad creíble– fue la de responder a la amenaza republicana con el cierre defensivo del sistema, con la crispación política y hasta con la represión. O sea, la crisis del sistema liberal-monárquico, salvando los efímeros y contradictorios esfuerzos de João Franco o de algunos jefes de los cortos gobiernos de la “acalmação”<sup>11</sup> ensayada tras el regicidio, no suscitó ninguna estrategia sostenida de reformismo aperturista, integrador y democratizante susceptible de desinflar “la ola republicana”. Bien al contrario, como resultó particularmente visible en la evolución de la legislación electoral posterior a la crisis de 90/91. Las sucesivas leyes electorales entre 1895 y 1901, en un claro retroceso en relación a las antecesoras, restringían la capacidad electoral activa, manipulaban la constitución de los círculos electorales y anulaban o disminuían la representación de las minorías con el indisimulable propósito de vaciar los efectos del voto popular urbano en el PRP. (En 1910, solo cerca del 12% de la población del país tenía derecho al voto, lo que representaba casi la mitad de los hombres con más de 21 años. Pero los que realmente votaban eran muchos menos.<sup>12</sup> Esta situación no dejaría de dar poderosos argumentos a los revolucionarios republicanos: bloqueada cualquier hipótesis de avance por las urnas, la alternativa era tomar el poder en la calle. En Lisboa, naturalmente.

Las élites políticas de la monarquía constitucional estaban demasiado ligadas a los procesos tradicionales de acumulación (la tierra, la banca, el

---

<sup>10</sup> Fracasado intento de revuelta republicana prevista para el 28 de enero de 1908, cuyo pistoletazo de salida debía ser dado desde el desaparecido ascensor de la Biblioteca Nacional.

<sup>11</sup> Política aperturista del reinado D. Manuel II, que de hecho constituyó el puente hacia la República. (N.T.)

<sup>12</sup> Cf. Pedro Tavares de Almeida, *Eleições e Caciquismo no Portugal Oitocentista: 1868-1890*, Lisboa, Difel, 1991.

comercio) para arriesgar su estatus; demasiado restringidas, endogámicas y parasitarias para abrirse a una lógica reformista que podría cuestionarlas; sin la presión de una (inexistente) clase media numerosa y próspera, base de un posible proceso ordenado de reformas; asustadas con el crecimiento y la virulencia de la agitación popular en Lisboa y otros centros urbanos, procuró solamente sobrevivir, mediante la estrategia de marginar y contener al adversario, procurando taparle todas las posibilidades de consolidarse en el marco del sistema. El resultado fue desastroso: el boicot electoral de las oposiciones, el desmembramiento de los partidos turnantes, la multiplicación de los escándalos financieros, el recurso a gobernar sin partidos y en dictadura, el radical agravamiento de la agitación político-social en las grandes ciudades y especialmente en Lisboa, la generalización del desprestigio del rey y de la familia real en los medios urbanos condujo al regicidio.<sup>13</sup> En suma, una crisis de legitimidad sin precedentes, culminó con la revolución lisboeta del 5 de octubre de 1910.

Son estas realidades de fondo las que en mi opinión podrán ayudar a explicar la imposibilidad esencial de una “monarquía republicana” o de una “república sin rey”, es decir, de una autorreforma democratizante de la institución monárquica y, por tanto de ahorrarse una revolución republicana. En todo caso aportan razones más convincentes que la ambición desmedida, las torpes intenciones subversivas o el aventurerismo irresponsable y sin escrúpulos de los dirigentes republicanos que van a provocar el asalto al poder, como parece sugerir algún revisionismo historiográfico neoconservador. Con esta perspectiva, el revolucionarismo republicano casi no pasaría de una cuestión meramente policial, de orden público mal resuelto, cuando lo que en realidad sucedía era que el poder de la monarquía no tenía ni capacidad político-policial de reprimirlo con éxito, ni el arte de neutralizarlo por la vía de la integración. En el momento decisivo, el “desorden” republicano, o sea, la plebe urbana lisboeta encuadrada por la Carbonaria, venció, sin excesiva dificultad, al “orden establecido”.<sup>14</sup>

Así, la falta de autenticidad de la representación parlamentaria, deformada por el sistema caciquil y por el bloqueo del pluralismo en la gobernación

---

<sup>13</sup> El 1 de febrero de 1908 fueron asesinados el rey D. Carlos I y su heredero, el Príncipe Real, D. Luís Felipe de Braganza. Pasó a reinar el segundogénito, D. Manuel II, que fue depuesto por la revolución republicana del 3-5 de octubre de 1910.

<sup>14</sup> Cf. Vasco Pulido Valente, *O Poder e o Povo: A Revolução de 1910*, 3ª. Ed., Lisboa, Gradiva, 1999.



y en la vida política por la oligarquía turnante, se veía agravada por una legislación electoral censitaria y restrictiva que eliminaba la capacidad electoral activa de la mayoría de los ciudadanos.

El estrangulamiento de este sistema institucional quedó de manifiesto, como hemos señalado, con el desarrollo industrial y la urbanización del último cuarto de siglo. En los principales centros urbanos (la población de Lisboa y Oporto aumentó, entre 1890 y 1911, respectivamente 45% y 40%), la llegada de nuevas industrias, el crecimiento de la burocracia estatal, la expansión de los servicios comerciales y de las profesiones liberales originaría el desarrollo de una “plebe urbana” (el término es usado por Vasco Pulido Valente<sup>15</sup> para referirse a esa amalgama social, popular y urbana donde se juntaba el proletariado industrial recién llegado de los campos, el artesanado industrial, los estratos inferiores del funcionariado público, los empleados de los servicios públicos, del comercio, etc.) casi completamente destituida del derecho de participación en el sistema político.

Sobre ella, y tendiendo crecientemente a hegemonizar su descontento político y social, encontramos a la élite de los estratos intermedios de la población urbana: la pequeña burguesía de los servicios, de las profesiones liberales, de los pequeños y medios negocios, gente normalmente con rentas y cultura que les permite votar y hasta intervenir políticamente, pero marginada por la oligarquía del poder y del acceso a las grandes empresas (y rentas) económicas y financieras. Esta alianza entre la élite intelectual de las clases intermedias y la “plebe urbana” sería la base social típica del republicanismo portugués, que, en el viraje del siglo, conquistaría a las organizaciones obreras (socialista y anarcosindicalistas) para liderar el activismo obrero y popular como la fuerza de maniobra decisiva en el ataque a la monarquía.

Esto quiere decir que el republicanismo no era una retórica doctrinaria abstracta, más o menos demagógica, desprovista de una base social de apoyo; no era fruto de las elucubraciones de grupos de conspiradores más o menos lunáticos y enfermizos, más o menos dispuestos a sembrar el desorden, sin un propósito apoyado por una base social y política bien definida.

El republicanismo, a finales de la primera década del siglo XX, es el discurso político ideológico hegemónico entre las capas sociales urbanas excluidas

---

<sup>15</sup> *Idem, ibidem.*

o marginadas del sistema, incluyendo a la mayoría del activismo obrero socialista e incluso libertario que se deja conquistar por él. Es el arma ideológica de la que se sirven los más débiles y los más pobres del mundo urbano para organizar la revolución republicana; se convierte en un instrumento de organización y de combate político emancipador. Es la conciencia que, más o menos profundamente, despierta a la acción a millares de carbonarios. Así es como hay que entender que ese mundo de artesanos, de pequeños comerciantes, de cajeros, de modestos funcionarios públicos, de empleados de talleres y de fábricas, de estudiantes, de marineros, de cabos y de sargentos, de pequeños propietarios, de trabajadores sin especializar, que toda esta plebe urbana lisboeta escuche sedienta la palabra de los líderes republicanos de las clases medias y de las profesiones liberales y se organice de la mano de la Carbonaria para hacer cumplir el proyecto republicano. Así se entiende que estas capas populares pequeño-burguesas, obreras, sean la base social del PRP y del republicanismo en el que contemplan una solución redentora para la exclusión, la humillación, la explotación en que viven a diario. Este será el bloque del *5 de Octubre*, el soporte vigorizador de la república urbana. No entender la naturaleza política y social esencial del republicanismo de 1910 y el bloque social y político en el que se asienta, reducirlo, (curiosamente siguiendo los pasos de la peor propaganda monárquica de la época) a un fenómeno conspirativo y subversivo más o menos siniestro y carente de nexo social, a parte de un ejercicio ideológico trasnochado, es desconocer lo esencial del republicanismo en cuanto movimiento político en la fase previa a la conquista del poder.

Conviene también señalar que la inestabilidad y la inoperancia gubernamental, el “caos parlamentario”, el clientelismo y la corrupción –vicios inevitables de un sistema institucional privado de legitimidad, y consecuentemente, de la capacidad y de la autoridad de ejercer establemente el poder–, tales vicios creaban una creciente agitación y descontento también en las élites políticas y doctrinales ligadas a los medios conservadores y a los grupos poseedores. En medio de una crisis económica y financiera grave, como veremos, y aunque con estrategias muy distintas para su solución, sus ideólogos van despertando a una idea general de “orden”, o, mejor dicho, a la necesidad de un Estado dotado de estabilidad, autoridad y capacidad para imponer el orden en las calles, en la vida económica, en las finanzas y en la administración. Un Estado que, de forma más o menos elaborada, empieza a redefinirse en el marco de sistemas de valores alternativos y muy críticos con los fundamentos del poder político liberal.

### 1.1.2. La crisis del “modelo” económico liberal

Quizás sea necesario considerar la vertiente económica y social de esa coyuntura para abarcar la verdadera dimensión estructural de la crisis que empieza a amenazar el liberalismo portugués, mucho más allá de la simple contestación de la forma monárquica del Estado, o del larvado descontento con la gobernación.

En realidad, las agudas dificultades financieras de los años noventa traen consigo, sobre todo, la propia quiebra del, llamémosle así, “modelo” económico liberal de la *Regeneración*.<sup>16</sup> Se basaba éste, en términos muy generales, por un lado, en un librecambismo agrícola que tenía como socio privilegiado a Gran Bretaña (con la que se generaba una típica relación de dependencia: Portugal se especializaba en la exportación de productos agrícolas –vinos, fruta, carne, corcho...– y se convertía, a pesar de un cierto proteccionismo industrial, en importador de máquinas, materias primas industriales y productos manufacturados); por otro, en una práctica sistemática de déficit presupuestario y de endeudamiento interno y externo del Estado, con los que se financiaban los grandes proyectos de infraestructuras –ferrocarriles y carreteras– lanzados en la segunda mitad del siglo. La crisis internacional de los años 90 va a herir de muerte esta política. La pérdida de los mercados agrícolas de exportación, el bloqueo de la financiación externa, la fuga de capitales, la suspensión del envío de las remesas de los emigrantes del Brasil, el agravamiento del déficit comercial y de la deuda externa y, sobre todo, la inexistencia de divisas para solucionar la bancarrota de Estado, impulsan a las élites representativas de los diversos sectores de los grupos sociales dominantes a revisar más o menos profundamente sus estrategias políticas y económicas.

El relajamiento de la competencia de capitales y mercancías británicas, el debilitamiento del *lobby* importador/exportador, abren a la débil burguesía industrial la oportunidad histórica de partir hacia la conquista del mercado interno, substituyendo importaciones, creando nuevas industrias, transformando en su provecho las materias primas nacionales, etc. Para ello, reclama del Estado una nueva actitud de intervención política y económica, que contenga las reivindicaciones obreras provocadas con la industrialización a partir del último cuarto del siglo XIX; que proteja los mercados nacional y colonial de la concurrencia externa; que fomente la conquista de mercados exteriores; que compense con su financiación la falta de capitales para la inversión

---

<sup>16</sup> Nombre por el que se conoce al régimen monárquico-liberal asentado desde 1851. (N.T.)

industrial; que condicione la competencia y componga la disensión de intereses con otros sectores. Aunque, por razones que no ahora no vienen al caso, no puede hablarse de un *take off* industrial en Portugal en este período, lo cierto es que esta es la fase de un limitado pero real “crecimiento industrial”; del surgimiento de los primeros rudimentos de industrias básicas (cemento, abonos fosfatados); de la conquista de la tarifa proteccionista de 1892; de la reserva del mercado colonial para el sector textil algodonero.<sup>17</sup> La burguesía industrial portuguesa asciende por esa vía al palco de la escena política y económica, aunque en ella ocupe, de momento, un lugar modesto.

Es curioso verificar que la crisis lleva a las fracciones de la oligarquía hostiles a la estrategia de la industrialización a reivindicaciones formalmente idénticas en cuanto al papel del Estado: los latifundistas del sur piden –y obtienen (leyes de 1889 y 1898)– la reserva del mercado interno para el trigo nacional; los grandes vinateros reclaman la exclusividad del mercado colonial, y ambos, “señores del pan y del vino”, exigen varias medidas proteccionistas o de intervención estatal para contener los salarios y fomentar la producción y los beneficios agrícolas sin alteración –y posibilitando la conservación– de las estructuras fundarías tradicionales amenazadas por el fomento de la industria, por la crisis de los mercados o por las importaciones.

De una forma general, la crisis de 1890/91, al generar una nueva y desigual dinámica de desarrollo y equilibrio relativo entre los diversos sectores de una clase dominante globalmente débil, dependiente y dividida en cuanto a sus políticas de respuesta a la crisis, implicará para el conjunto de ellos la reformulación, inicialmente vaga y de contenidos concretos variables, de la concepción sobre el papel y la naturaleza del Estado: un Estado que interviene económicamente, que acoge a los sectores en crisis, que protege, que financia, que construye infraestructuras; un Estado dotado de la capacidad financiera, de la autoridad política y del prestigio indispensable para tal; un tipo de Estado distinto que, aunque de forma diversa, las alternativas autoritarias empiezan ya a formular y que es el resultado de las nuevas contradicciones y necesidades generadas por los cambios económicos y sociales de la sociedad portuguesa en los albores del siglo XX.

---

<sup>17</sup> Cf. Manuel Villaverde Cabral, *Portugal na Alvorada do Século XX...*, Lisboa, A Regra do Jogo, 1979; o en sentido más restringido, Jaime Reis, *O Atraso Económico Português em Perspectiva Histórica: Estudos sobre a Economia Portuguesa na Segunda Metade do Século XIX: 1850-1930*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1993.

Como señala Villaverde Cabral, “el régimen liberal estaba crecientemente presionado con reivindicaciones de sus actores más relevantes y no tenía ni los recursos materiales para satisfacerlas, ni los recursos simbólicos para negarlos (...)”.<sup>18</sup> Lo que, en suma, empezaba a plantearse era la cuestión de la propia superación del liberalismo político y económico, no a través de su regeneración democratizadora –republicana o de otro tipo–, sino mediante su liquidación, por la defensa de un modelo diferente de poder político, de cuño antiliberal y de raíz autoritaria.

Lo cierto es que desde los finales del siglo XIX la monarquía constitucional portuguesa parece estar cercada: “desde arriba”, por el paulatino distanciamiento de buena parte de las “fuerzas vivas” y de los ideólogos y publicistas conservadores que constituían su base histórica y natural de apoyo; desde abajo es atacada con creciente vigor y radicalismo por un movimiento republicano de base urbana y popular, liderado por la élite pequeño-burguesa de las grandes ciudades –el frente político de los marginados o excluidos del acceso al poder.

No obstante, el Estado monárquico y la dinastía, ni demostraron la capacidad de neutralizar el peligro republicano “cazando en su campo”, esto es, ensayando una autorreforma del sistema, ni encontraron en su base natural y normal de apoyo, entre las clases pudientes, cualquier disposición efectiva a defender el *statu quo*. Tampoco para éstas, en las nuevas condiciones existentes, aquella monarquía liberal, inestable e ineficaz resultaba de utilidad. Sin apoyar explícitamente la conspiración republicana, las “fuerzas vivas” tenderán a dejar caer la monarquía. Más que derrotada por la revolución lisboeta del 5 de Octubre, la monarquía se rendirá a la primera oportunidad, en la capital y alrededores, y se entregará en el resto del país, obedeciendo a simples instrucciones telegráficas giradas desde la capital, sin el menor atisbo de resistencia. La fórmula monárquica del liberalismo se había agotado.

Su caída explicitaba un patrón de comportamiento que se revelaría común en las élites políticas rectoras de los tres regímenes que la sociedad portuguesa conocerá desde finales del siglo XIX a 1974: la monarquía constitucional, la I República y el *Estado Novo*. Por un lado, la incapacidad para correr los riesgos inherentes a un proceso de autorreforma en los momentos de crisis y agotamiento de esos sistemas políticos. Todos los intentos de

---

<sup>18</sup> Manuel Villaverde Cabral, *The Demise...*, p. 12.

generar procesos de adaptación y cambio desde el interior de los propios regímenes serán efímeros o capitularán ante las dificultades o los peligros de echarlo todo a perder, lo que implicó la existencia de prolongados procesos de crisis y de degeneración en cualquiera de los tres casos y un abocamiento a soluciones de *impasse* y ruptura con recurso a la violencia armada como forma de derribar el régimen vigente.

## 2. LAS GRANDES PROPUESTAS ENFRENTADAS: REPUBLICANISMO, AUTORITARISMO Y REVOLUCIÓN SOCIAL

La crisis de 1890/91, donde se cruzan los efectos del *Ultimátum* y de la depresión económica y financiera, replanteó con inusitado vigor y extensión la problemática de las “causas de la decadencia de los pueblos peninsulares”, para retomar la designación lapidaria de Antero de Quental en las Conferencias del Casino, en 1871.

Aunque las manifestaciones de masas patrióticas se calmasen, el revolucionarismo republicano fue derrotado en Oporto, el 31 de Enero de 1891, lo peor de la crisis financiera estuviese controlado y el Partido Regenerador retomase dos años después las riendas del poder, el regreso a la “normalidad” no era sino aparente. Todo pasó a ser cuestionado.

Ya no se trataba sólo de la bancarrota de la institución monárquica y del *rotativismo*, de la desmoralización y descrédito de su personal político, o del tremendo desprestigio de la Casa Real en los grandes medios urbanos. Era la “decadencia nacional”, o el *finis patriae*, la existencia y la viabilidad de la nación lo que se cuestionaba. Ya antes de la crisis del *Ultimátum* se estaba reescribiendo la historia de Portugal para explicar las raíces de la decadencia; había surgido una literatura, una poesía y una caricatura de denuncia y de sátira despiadada; se inflamaban los discursos parlamentarios; la prensa se tornó incendiaria, se formaban “ligas” o grupos de reflexión; el republicanismo, aunque temporalmente en reflujo, estaba ganando terreno. El movimiento obrero se organizaba. El decadentismo pintaba con colores lúgubres y alarmistas el malestar del país: se extendía de la crisis política a la económica

y de ésta al decaimiento de los valores morales y hasta de los atributos físicos de la “raza”.

¿Cómo entonces levantar “hoy de nuevo el esplendor de Portugal”?

De una forma necesariamente algo esquemática y siguiendo un criterio más centrado en la vertiente política e ideológica de las varias respuestas a esta magna pregunta, podríamos distinguir tres campos principales:

- De una parte, el campo del republicanismo, aquel que vence la primera batalla de la guerra con la conquista del poder el 5 de Octubre de 1910. El republicanismo surge como un intento de regeneración democratizadora y moralizante del sistema liberal. Se sitúa dentro de su lógica de valores y principios para purificarlos de los ingredientes aristocrático, monárquico y clerical que lo habían contaminado, a través de la instauración de una república laica y servida por ciudadanos ética y cívicamente ejemplares. A despecho de la mudanza del tipo de jefatura del Estado, del anticlericalismo, de la importante y permanente ruptura a nivel simbólico (bandera, himno, moneda, toponimia) o de las alteraciones del personal político en la cúpula del aparato del Estado (ministros, diputados, gobernadores civiles), la I República representará, sobre todo, una continuidad con los propósitos reformadores, por otra parte no especificados, del sistema liberal.
- Por otra parte, estaba el campo de las derechas autoritarias y antiliberales. Situadas frente al liberalismo y el parlamentarismo, niegan la herencia político-ideológica de la revolución francesa; son autoritarias, cuestionan el principio de la separación de poderes y defienden como fundamento legitimador de las nuevas instituciones un nacionalismo orgánico y corporativo. Pero hay entre ellas, como veremos, diferencias ideológicas substanciales acerca de la valoración del pasado, de su idea del futuro o del sentido de la participación política. Distinguiremos, por eso, como más adelante se verá, entre el autoritarismo modernizador y tecnocrático de inspiración *martiniana*,<sup>19</sup> y el

---

<sup>19</sup> Relativo al pensamiento regenerador de Oliveira Martins, uno de los más influyentes miembros de la brillante *generación de 1870*, que acabó postulando un gobierno autoritario y eficaz que favoreciese la modernización económica y social del país, según un modelo inspirado en el “socialismo de Estado” alemán, tan de moda en el período intersecular. (N.T.)



nacionalismo tradicionalista, monárquico y contrarrevolucionario que va a desembocar en esa utopía de regreso al Antiguo Régimen que es el Integralismo Lusitano.<sup>20</sup> Merece destacarse la importancia de la derecha católica, que en Portugal presentaba discretos trazos sociales y, siguiendo la estrategia vaticana del *ralliement*, tendió a mostrarse accidentalista en la espinosa “cuestión del régimen” suscitada por el advenimiento de la República.

- Por último, está el campo de la revolución social. También aquí no puede hablarse, con rigor, de una negación de la herencia liberal. Las tres principales corrientes que, a partir de la fundación del Partido Socialista, en 1875, van a defender, es cierto que por distintos caminos, la superación del orden burgués y capitalista –los partidarios del socialismo reformista, de la acracia o, más tarde, del comunismo– reivindican el patrimonio ilustrado, democrático y progresista de la revolución francesa, entendiendo que las soluciones político-ideológicas que preconizaban serían la forma de actualizar ese legado y de desarrollarlo en la época del capitalismo y del imperialismo moderno nacientes. Las metas de la emancipación del trabajo asalariado, el fin de la explotación capitalista, el objetivo de la sociedad sin clases –fuesen alcanzadas por una labor reivindicativa, pedagógica y reformadora, como abogaban los socialistas, fuese mediante la huelga general revolucionaria, momento emancipador culminante perseguido por el movimiento libertario, fuese a través de la revolución proletaria defendida por los que vendrían a ser seguidores del bolchevismo de inspiración soviética– no se asentaban sobre presupuestos de negación del patrimonio revolucionario de los siglos XVIII y XIX, antes bien entendían que lo profundizaban y adaptaban a las nuevas condiciones de desarrollo del capitalismo y de la lucha social y política de los obreros industriales.

Veamos, entonces, como cada uno de estos tres campos, y con qué suerte, hizo valer sus estandartes en el accidentado, arduo y complejo proceso histórico del siglo XX portugués.

---

<sup>20</sup> Corriente doctrinal y política surgida en 1914 e inspirada en la *Action Française* de Charles Maurras, que postulaba el establecimiento de un sistema monárquico, nacionalista, tradicional y corporativo. Tuvo enorme influencia en la ofensiva contrarrevolucionaria desencadenada frente a la I República y en el advenimiento del autoritarismo en 1926. (N.T.)

## 2.1. EL REPUBLICANISMO O EL INTENTO DE REGENERACIÓN DEMOCRÁTICA DEL LIBERALISMO

Comencemos por quien, aparentemente, sale vencedor de la crisis que acaba con la monarquía y alcanza el poder gracias al éxito de la revolución lisboeta, triunfante en la mañana del 5 de Octubre de 1910: el campo del republicanismo, aquel donde pontificaba la élite intelectual de la pujante pequeña burguesía urbana. Los que, a partir de los grandes centros urbanos en proceso de rápida expansión demográfica y de gran complejidad sociológica, asentados en una nueva clase media urbana en plena afirmación, pugnan por un lugar al sol contra la subordinación impuesta por la oligarquía *rotativista* que dominaba el sistema político.

El movimiento republicano, paulatinamente reagrupado como fuerza nacional en el Partido Republicano Portugués (PRP) desde finales de los años setenta y principios de los ochenta, fijará de manera firme su perfil ideológico y político a lo largo de las jornadas conmemorativas sobre Camoes y Pombal de la década de los ochenta y, sobre todo, en las embestidas de 1890 y 1891 contra el Ultimátum británico y la corona de los Bragança. Ensayó su primer intento de asalto revolucionario al poder el 31 de enero de 1891 en la revuelta de Oporto, abriendo una fase de crecientes divergencias tácticas entre sus dirigentes acerca de qué caminos tomar para derribar la corona. La vía insurreccional comenzaba a imponerse a de la pedagogía legalista y de orden.

El republicanismo, ya antes lo apuntamos, se afirmaba como un regeneracionismo democratizador del sistema liberal que, en sí mismo, como herencia de la revolución francesa y del *vinetismo*, no era cuestionado. A través de la República, se trataba de devolverlo a su pureza democrática, regenerando así la patria y salvándola del abismo al que la realeza lo estaba precipitando.

La República positivista y *spenceriana*, percibida teológicamente como el auge “científicamente” ineluctable de la perfección de lo social –reproduciendo la misma lógica implacable y finalista del mundo natural–, asumía así un cuádruple objetivo pragmático. Era anticlerical y laica en su esencia *neo-ilustrada* y científica, comprendiendo en un mismo objetivo primordial de combate la “alianza del trono y del altar”, ese mundo simultáneamente tridentino y monárquico lleno de conservadurismo, de oscurantismo, de pervisión jesuítica de la pureza del cristianismo, de reacción a la modernidad,

pautado por la *Syllabus* de Pio IX, donde promiscuamente se confundían en un mismo poder la Iglesia católica y el Estado.

Era también nacionalista y regeneradora; de un nacionalismo colonialista, antibritánico y antimonárquico, alimentado en la indignación patriótica contra el continuo *diktat* inglés sobre las posesiones consideradas portuguesas en África austral, y ante al cual el poder real se habría doblado servilmente. Frente a esa subordinación, que estaría conduciendo al crepúsculo de la nacionalidad, la República vendría a rescatar a la patria y a devolverla dignidad de su pasado esplendor.

También era democrática; atacaba el garrote oligárquico del caciquismo, del *rotativismo*, de los “pucherazos” electorales o la “vil porquería”<sup>21</sup> de las leyes electorales restrictivas y manipuladoras; denunciaba las leyes contra la libertad de prensa y el endurecimiento de la represión policial iniciada con la crisis de 1890/91 y acentuada con la posterior gobernación regeneradora; defendía la descentralización administrativa, la transparencia electoral, el sufragio universal y el derecho de huelga.

Finalmente, quería también la “moralización administrativa” del Estado a la luz de una nueva ética republicana de servicio público de cariz antioligárquico: denuncia de los sucesivos escándalos y corrupciones en los que estaban envueltos la casa real, los gobiernos y los partidos *rotativistas* de la fase final de la monarquía; protesta contra la ostentación parasitaria de la familia real y de la corte a costa del debilitado erario público; extinción de la Cámara de los Pares y de la carrera diplomática, feudos hereditarios de la vieja, pero también de la nueva aristocracia pos-liberal.<sup>22</sup> Claro que a todo esto, al conjunto de la labor política e ideológica republicana, subyacía como objetivo de fondo la gran tarea emancipadora centrada en el individuo: la transformación del súbdito, embrutecido bajo las tinieblas del analfabetismo, del oscurantismo religioso y de la opresión monárquico-clerical, en ciudadano consciente de sus derechos y deberes. Y de la masa oprimida solo a través del acceso al conocimiento habría de florecer el hombre libre; es decir, a través de la promoción activa de una educación orientada por los principios de la ciencia,

---

21 Nombre con el que se conoció a la ley electoral restrictiva de 1901. (N.T.)

22 Sobre la ideología republicana, cf. Como obras más problematizadoras, Fernando Catroga, *O Republicanismo em Portugal: da Formação ao 5 de Outubro de 1910*, Coimbra, Faculdade de Letras, 1991; Rui Ramos, *A Segunda Fundação*, vol 5, in José Matoso (dir.), *História de Portugal*, Lisboa, Círculo de Leitores, 1995.

del racionalismo, del humanismo, del laicismo, y llevada a cabo, bien por la pedagogía de la propaganda republicana, por el combate de las ideas, o, sobre todo después de 1910, por la osada reforma de la instrucción pública a todos los niveles, con especial incidencia en la enseñanza primaria. El laicismo republicano no era neutro o pasivo: combatía las tinieblas del clericalismo y promovía la instrucción. El republicanismo creía en la virtud emancipadora y desarrollista del acceso a las luces del saber, de la ciencia y de la cultura, o sea, del acceso generalizado a la escuela, a la nueva escuela republicana. Ese sería el camino para despertar una nueva ciudadanía, promover el progreso técnico y material de la nación y asegurar el futuro de la República. Como subraya Antonio Nova,<sup>23</sup> no se trataba tanto de moldear autoritariamente las conciencias a través de la inculcación forzada de valores impuestos por los aparatos educativos del Estado “de fuera hacia adentro”, como hará el Estado Novo; sino de sembrar y después mantener el progresivo desarrollo y dominio de los saberes y de las opciones. No era la metáfora del moldeador de las almas, sino la de la planta y el jardinero, tan reconocida por los pedagogos republicanos.

En este ideario esencial, fijado desde los años 80 del siglo XIX, todo se centraba, por tanto, en privilegiar al político y al ideólogo, como si la proclamación de la República y la toma del poder pudiesen, por sí solas, sucesivamente, regenerar el país de los profundos males que lo afligían. Es decir, la élite republicana se preocupaba, sobre todo, y así se mantendría después de la revolución de 1910, por llegar al poder y conservarlo a toda costa, como un objetivo en sí mismo desligado de cualquier pensamiento sistemático en el plano de las reformas sociales u económicas. Si exceptuamos la reforma de la enseñanza y descontamos algunas andanadas demagógicas y populistas o algunas proclamas inmediatas y de vago sabor antioligárquico, el republicanismo, hasta 1919, no planteó ningún programa para resolver los problemas estructurales del país.

Y así ocurrirá también cuando a nivel táctico, el gradualismo legalista y conservador del directorio del PRP sea contestado y vencido, en vísperas de la revolución, por el radicalismo más o menos insurreccional. A pesar de haber subido al poder a hombros de la plebe urbana de la capital y de la mano de la Carbonaria, la República, entre 1910 y 1917, bajo la hegemonía

---

<sup>23</sup> António Nóvoa, “Educação Nacional”, in Fernando Rosas; José Maria Brandao de Brito (dir.), *Dicionário de História do Estado Novo*, Lisboa, Círculo de Leitores, 1996, vol. I, p. 288.

de los *democráticos* de Alfonso Costa,<sup>24</sup> o antes de ella, será jacobina, anticlerical y antimonárquica, pero marcadamente conservadora en todo lo demás. No será sensible por ejemplo al oneroso precio social del equilibrio presupuestario que el *alfonsismo*<sup>25</sup> (quiere imponer como marco financiero de su gobernación; bajo su bandera se produce el intervencionismo en la Gran Guerra; reprime sin contemplaciones la agitación del sindicalismo y no tiene nada relevante que proponer ni en el campo de las reformas sociales más elementales, ni en el de cualquier estrategia de modernización económica del país. Como ya antes había observado Oliveira Martins, el “fomento” se había tornado “solidario del conservadurismo”.<sup>26</sup> Cabría a la derecha política o, por lo menos, a parte de ella asociar la bandera del desarrollo al discurso del “orden” y dominar casi sin competencia, y durante muchos años, la reflexión estratégica sobre el desarrollo del país, sobre el reformismo agrario, el fomento de la industria, la electrificación, las obras públicas, o sea, sobre el progreso económico en general. Será preciso esperar a la primera posguerra, como veremos, para ver surgir aquello que rigurosamente llamamos una izquierda republicana, es decir, un republicanismo con un programa razonablemente coherente y global para responder a los problemas del país, especialmente en el terreno de las reformas sociales, de la instrucción pública, de las políticas financieras y de la modernización económica.

No obstante, ese núcleo político ideológico central del republicanismo histórico tendrá un peso duradero y decisivo en el pensamiento y en el discurso de la izquierda republicana portuguesa a lo largo del siglo XX. En la fase última de la “República vieja” o en los primeros tiempos de la Dictadura, cuando buena parte del republicanismo se empieza a rendir a las soluciones autoritarias, es a ese patrimonio esencial del laicismo, del patriotismo, de la democracia, de la ética republicana del servicio público, patrimonio entonces enriquecido con nuevas preocupaciones sociales, al que la izquierda republicana resistente se va a agarrar, bien desmarcándose de las “perversiones” de

---

24 Pertenecientes al *partido democrático*, nombre con el que popularmente se conoció al Partido Republicano Portugués tras la escisión en 1911 de los sectores más moderados, que en 1912 dieron lugar a los partidos *evolucionista* y *unionista* liderados por António José de Almeida y Manuel Brito Camacho respectivamente. El *partido democrático*, que con escasas interrupciones monopolizó el poder durante la I República, estuvo liderado hasta 1919 por Alfonso Costa, que fue la gran figura política del régimen. (N.T.)

25 Relativo a Alfonso Costa. (N.T.)

26 Cf. Maria de Fátima Bonifácio, *Ibidem*, p. 127.

la I República, bien rechazando la negación de la “política” y de los “partidos” pregonada por el nuevo orden.

### 2.1.1. El fracaso de la alternativa liberal republicana

Es sabido que la I República falló en el intento de regeneración democratizadora del liberalismo monárquico. Toda su historia es la historia del agitado proceso agonizante del liberalismo portugués, ahora en su fase final de expresión republicana.

De forma breve, podremos establecer tres cuestiones de fondo que ayudan a comprender el fracaso del primer ensayo liberal-democrático del siglo XX.

#### a) *El cerco social y político*

Todas ellas derivan de la realidad que Vasco Pulido Valente,<sup>27</sup> al socaire de la mitología dominante en cierta historiografía del republicanismo, destacó: el relativo aislamiento del republicanismo como fenómeno social y político minoritario en el país, y la incapacidad del nuevo régimen de romper el cerco que implicaba esta situación. Fenómeno pequeño burgués y esencialmente urbano, la República, más que triunfante, sobre todo en el mundo rural —la vasta mayoría del país—, es pasivamente consentida, gracias a la situación de casi total aislamiento en que se encontraba el régimen monárquico.

Pero el republicanismo llega al poder en un momento en que empieza a ser claro para la mayoría de las “fuerzas vivas” que la alternativa para el liberalismo monárquico no es el democratismo republicano: bien para el poderoso bloque del conservadurismo rural, bien para la élite financiera y comercial o para las fuerzas emergentes del industrialismo, la necesidad de un Estado fuerte, garante del “orden” económico y social, era una cuestión asentada. Pues, no obstante las contradicciones —especialmente las que se referían a las exactas competencias del Estado— esa defensa de un poder fuerte es lo que las llevará, de forma general, a encarar con verdadera desconfianza y hostilidad la República, y a alimentar una latente y constante actividad conspirativa contra ella.

Es bien cierto que la República y el partido que en ella representó el gran trazo de continuidad en la gobernación republicana —el Partido Democrático

---

<sup>27</sup> Cf. Vasco Pulido Valente, *Ibidem* y *A República Velha. 1910-1917. Ensaio*, Lisboa, Gradiva, 1997.

de Afonso Costa y después de Antonio María da Silva<sup>28</sup> intentaron siempre esforzadamente conquistar la confianza de las “fuerzas vivas”o, por lo menos, de sus sectores industriales y comerciales, tratando de convencerlas de su competencia y celo para administrar el Estado y sus intereses, cediendo a lo esencial de sus exigencias. Sucede que esa buena disposición –interpretada aún con mayor generosidad por los partidos de la derecha republicana intentaba servirse de ese apoyo para derrotar el monopolio político de los *democráticos*– tenía los límites marcados por el carácter minoritario del republicanismismo. Porque esa disposición favorable no significaba, ni podía significar, que se permitiera a las fuerzas conservadoras apoderarse, incluso por la vía legal de las elecciones, del control del sistema político, restaurando o no la monarquía, pero en todo caso marginando a los partidos y a los políticos del republicanismismo pequeño-burgués. Así, el Partido Democrático de Afonso Costa, a partir de 1913, cuando finalmente llega al gobierno y alcanza la mayoría en el parlamento, tratará de conjugar una política de activa neutralización y marginalización de las fuerzas políticas conservadoras y de sus aliados en el campo republicano, con el intento, como ya hemos señalado, de representar sus intereses en el gobierno.

Es decir, los *democráticos* intentan sobrevivir políticamente, no a través de programas de gobierno y medidas osadas de reforma –reforma agraria, reformas sociales, políticas de fomento industrial– susceptibles de consolidar su base de apoyo y sobre todo de alargarla más allá de los núcleos urbanos, minando y dividiendo a su favor el mundo rural o los sectores más modernos y tecnocráticos de las “fuerzas vivas”. Sino que, por paradójico que eso pueda parecer, procuran mantenerse, marginando y conteniendo a la derecha conservadora –para lo que el golpismo intermitente le da excelentes pretextos–, pero esforzándose al mismo tiempo por gobernar en beneficio de sus intereses objetivos.

En este sentido, la diferencia entre los *alfonsistas*<sup>29</sup> y los partidos de la derecha republicana es menor de lo que se pueda suponerse. Disconformes con el control exclusivo del poder que ejercen los *alfonsistas*, entre 1913 y 1917,

---

28 Desde 1920 António María da Silva sucedió en la jefatura del partido a Alfonso Costa, que se había apartado de la política partidaria y pasó a desempeñar la representación de Portugal en la Conferencia de la Paz (1919) y en la Sociedad de Naciones (1920 y 1925-26) de la que llegó a ser Presidente de la Asamblea General (marzo 1926). (N.T.)

29 Seguidores de Alfonso Costa. (N.T.)

o los *silvistas*,<sup>30</sup> (después de 1919, sobre la máquina electoral, el parlamento y los gobiernos (aún cuando se disfracen bajo la capa de ministerios de “concentración” o de “unión sagrada”, o se retiren de la escena para manipularla desde fuera), los *camachistas* y *almeidistas*,<sup>31</sup> más tarde los *nacionalistas*,<sup>32</sup> se volcaron hacia las “fuerzas vivas” y hacia el ejército con el objetivo de imponer, necesariamente al margen de la legalidad, un cambio a su favor en la dirección del gobierno. Por eso apoyan al presidente Arriaga y a la dictadura del general Pimenta de Castro, en 1915.<sup>33</sup> Con ese mismo objetivo de expulsar del poder a los *democráticos*, se cuelgan del golpe de Sidonio País, apelan al golpe militar del 28 de Mayo de 1926 y apoyan inicialmente a la Dictadura resultante del mismo. Pero tanto la estrategia jacobina de los *alfonsistas* como la moderación de la derecha republicana se revelarán suicidas para los destinos de la República.

En primer lugar, porque esa política no hizo sino agravar el aislamiento del republicanismo y precipitar su caída. Desde luego, y salvo coyunturas muy pasajeras y de alguna complicidad mutua –será el caso del corto período de prosperidad de los negocios de la industria, del comercio y de la banca entre 1919 y 1921–, porque la derecha conservadora no se lo agradece. Es una política incapaz de disuadir a las “fuerzas vivas” del proyecto autoritario de liquidación del liberalismo que avanza en progresiva maduración y ya tuvo u primero e importante asomo en el corto consulado *sidonista*<sup>34</sup> de diciembre de 1917 a diciembre de 1918. Las élites conservadoras podían utilizar a los partidos de la derecha republicana para minar y subvertir la “dictadura” de los *democráticos*, pero, después del *sidonismo*, quedó muy claro que la meta no era una República liberal, de orden y regenerada, sino un

---

30 Seguidores de António Maria da Silva. (N.T.)

31 Seguidores de Manuel Brito Camacho y de António José de Almeida que desde 1912 lideraban dos pequeños partidos moderados, segregados del PRP: respectivamente el Partido de la Unión Republicana (conocido como *unionista*) y el Partido Republicano Evolucionista (conocido como *evolucionista*). (N.T.)

32 El Partido Nacionalista vino a suceder en 1923 al Partido Liberal Republicano, que a su vez había resultado de la fusión en 1919 de los partidos *unionista* y *evolucionista*, tras la retirada de sus jefes históricos (Brito Camacho y António José de Almeida) de la política partidaria. (N.T.)

33 Tuvo lugar entre enero y mayo de 1915, y acabó siendo derribada por una nueva revolución popular en Lisboa, animada por los *democráticos*, el 14 de mayo de ese año. El Presidente de la República, Manuel Arriaga, que había promovido y sostenido el gobierno anticonstitucional de Pimenta de Castro, fue exonerado. (N.T.)

34 Relativo a Sidónio Pais que impuso una dictadura entre las fechas referidas. (N.T.)



régimen autoritario de nuevo cuño que no pasaba por la devolución del poder a la versión moderada de la execrada “política” y de los odiados “políticos” republicanos.

Después, porque, en el afán de aquietar a los medios burgueses frente a la creciente agitación obrera, los gobiernos republicanos se involucraron en una guerra permanente contra el movimiento obrero que acabaría alejándolos de ese aliado fundamental del *5 de Octubre*. Y deshecho este bloque social, privado del apoyo de buena parte de su plebe urbana, la República ya no conseguiría resistir. Si en los momentos fundamentales de la ofensiva de las derechas, los operarios aún corrieron a “defender la República” (contra los intentos de restauración monárquica en 1919, contra las maniobras y los golpes político-militares de las “fuerzas vivas” en 1924 y 1925), lo cierto es que después de sucesivas persecuciones, de asesinatos y de las deportaciones desencadenada por los gobiernos republicanos, los obreros organizados acabarán por asistir impasibles al golpe del 28 de Mayo de 1926, llegando incluso a colaborar puntualmente con él. Hostilizada sin tregua por las “fuerzas vivas”, aislada del movimiento obrero, los grandes momentos de crisis económica y política harán desertar también del republicanismo a parte de sus sectores tradicionales de apoyo entre las clases urbanas intermedias: es lo que sucede con los efectos de la Gran Guerra, en 1917, y, posteriormente, con el impacto de las medidas de revalorización del escudo y de equilibrio financiero en 1924/25. Así, cada vez más vulnerable, la República acabaría por desplomarse. Primero con la revuelta de diciembre de 1917, que dio lugar al ensayo precoz de un “autoritarismo moderno” durante el efímero consulado *sido-nista*. Después, con el movimiento militar del 28 de Mayo de 1926 que, provisto de las enseñanzas de los intentos anteriores, inaugura el proceso que llevará a cerrar definitivamente la experiencia secular del liberalismo en Portugal.

En tercer lugar, la política del republicanismo ante la derecha antirrepublicana no tuvo éxito porque, siendo algunas veces brutal, fue substancialmente inconsecuente: los republicanos querían, con alguna ingenuidad o con alguna complicidad, que el viejo mundo de los intereses económicos aceptase la República y confiase en ella, pero le negaba la posibilidad de participación política en pie de igualdad porque temía que la reacción pudiese llegar al gobierno y expulsarles del poder. Es decir, reverenciaban al viejo mundo conservador (más tarde hablaremos de la cuestión religiosa) siempre que éste aceptase la tutela de la República y del republicanismo. Nunca tuvieron el propósito de disminuir o anular a los sectores conservadores

económica o socialmente, y aún menos físicamente. Bastaba, pensaban los republicanos, contenerlos o silenciarlos políticamente.

Por eso, hablar de “terror” (aunque sea únicamente en el período entre 1910/1917) a propósito de las persecuciones políticas republicanas contra la derecha conservadora tiene poco sentido y es un evidente exceso de retórica (porque entonces ¿cómo llamaríamos a la represión de la dictadura militar y del salazarismo contra sus opositores?). La República, en el plano de los intereses civiles, no de los religiosos, no atacó la base material del conservadurismo, ni las tierras, ni los negocios, ni las propiedades; no nacionalizó, ni expropió, sino que lo dejó incólume en cuanto oligarquía económico-social.

Es cierto que, casi siempre en el rescoldo de las conspiraciones fracasadas (de las incursiones monárquicas de 1911 y 1912,<sup>35</sup> de la Monarquía del Norte de 1919)<sup>36</sup> o del derribo de las situaciones dictatoriales conservadoras (la revolución del 14 de Mayo de 1915 contra Pimenta de Castro, el fin del *sidonismo*), se desencadenan persecuciones, se producen detenciones, hay movimientos de masas inducidos para atacar periódicos, instalaciones y personas, se organizan tribunales especiales, se decretan “leyes de defensa de la República” para practicar depuraciones, a veces de grandes proporciones, en la función pública o en las fuerzas armadas. Pero no hay nunca sentencias de muerte o ejecuciones sumarias; no hay (con excepción de la Gran Guerra) censura previa en la prensa, prohibiciones permanentes de periódicos o de asociaciones políticas, ni siquiera prisiones prolongadas sin intervención de los tribunales (como habrá para los sindicalistas) o condenas severas. Después de episodios de mucha tensión, se instala una “calma chica”, se despacha a los acusados con penas suaves o se decreta una amnistía, porque de hecho el poder es débil, carece de legitimidad y, aunque no es derribado, tiene que retroceder. Se reabren los periódicos y centros políticos y se readmite a los funcionarios públicos y a los oficiales en sus lugares. En la agonía final de la República, en 1925, los conspiradores del *18 de Abril* y los de *junio*<sup>37</sup> serán simplemente absueltos por tribunales militares.

---

35 Lanzadas desde España en octubre de 1911 y julio de 1912 bajo la jefatura de Paiva Couceiro (célebre oficial africanista), las incursiones monárquicas contaban con una amplia red de complicidades militares y civiles en el interior del país, sobre todo en el norte. Su objetivo era provocar un levantamiento general que restaurase la monarquía. Sin embargo, fueron fácilmente derrotadas. (N.T.)

36 Entre el 19 de enero y el 13 de febrero de 1919 los realistas lograron restaurar la monarquía en el Norte, lo que dio lugar a una breve guerra civil que acabó con la victoria de la República. (N.T.)

37 Revueltas golpistas dirigidas por militares, aunque de diferente inspiración: la primera era claramente antiliberal; la segunda se orientaba más a la reforma que a la sustitución del sistema. (N.T.)

Es preciso comprender que el control efectivo del republicanismo sobre el aparato central del Estado es mucho más limitado de lo que se puede suponer. Entre 1910 y 1917, el PRP aún estando en su punto de máxima fuerza e influencia como partido del poder, tiene mayoría en el parlamento, tiene los ministros, algunos embajadores políticos (en París, Londres o Madrid), algunos directores generales, un pequeño puñado de oficiales superiores de confianza en las fuerzas armadas, la dirección del entonces reducido cuerpo policial de la Guardia Nacional Republicana (GNR), y poco más. Lo esencial de los mandos de las fuerzas armadas, de la diplomacia, de los magistrados, de los profesores universitarios, de los directores generales y altos funcionarios, es decir, el grueso de la élite político-administrativa, procedía de la monarquía y era, como es de suponer, fuertemente conservadora y hostil a la República y al republicanismo. Los republicanos no podían prescindir de ella de un día para otro, porque no la podían sustituir, porque no tenían suficiente fuerza para ello, porque también es dudoso que lo quisiesen hacer de esa forma. Por eso, la republicanización del Estado será, hasta el fin de la I República —e incluso en los programas de los exiliados—, un objetivo quimérico siempre reclamado y nunca alcanzado.

Las “fuerzas vivas”, intactas en su base material, reencontraron siempre, y con relativa facilidad, la manera de reorganizarse políticamente, de mantener o recuperar sus lugares en el aparato del Estado y, desde ellos, de multiplicar las más diversas formas de resistencia y sabotaje, de reabrir y crear su prensa, de reactivar la conspiración subversiva contra la República, con la activa colaboración de la propia derecha republicana.

La República, jacobina y anticlerical, apoyada de la “intocable” Ley de la Separación del Estado y de las Iglesias de abril de 1911, desencadenó una guerra sin cuartel contra la Iglesia Católica hasta 1917. Hizo incluso del anticlericalismo la principal divisoria de aguas y el pretexto para combatir a la derecha monárquica y católica, y hasta a alguna derecha republicana. Con tal propósito, el anticlericalismo *alfonsista* fue más allá de la importante tarea de modernización cívica, concretada en la laicización del Estado ( principio de separación, divorcio, registro civil, derechos de las mujeres, enseñanza laica...), que, en efecto, también llevó a cabo. Instaló una especie de neo-regalismo republicano, dando al gobierno poder de nombrar, dimitir y castigar a los obispos, de censurar sus homilías, de fiscalizar y controlar policialmente las manifestaciones de culto, llegando a nacionalizar las iglesias y sus objetos de culto. Y respondió con mano dura a las protestas, a la desobediencia, a las críticas, a las conspiraciones, deteniendo, deportando, silenciando periódicos, humillando a los dignatarios de la Iglesia Católica, etc...

Pero fue una ofensiva dramáticamente absurda y suicida para la República. Al hostilizar y vejar, más allá de lo que la laicidad pudiese exigir, los sentimientos y creencias de la gran mayoría de la población, sobre todo del inmenso océano rural que cercaba las islas urbanas del republicanismo, el jacobinismo no solo no consiguió disminuir a los partidarios “del trono y del altar”, sino que incrementó las adhesiones a las fuerzas conservadoras antirrepublicanas sobre todo a las de las provincias (especialmente del norte y del centro). Además dio a la derecha antiliberal la importantísima bandera de la “defensa de la religión” y de la Iglesia Católica y, de esa forma, cerraba aún más el cerco contra la Lisboa “atea”, huelguista y republicana.

#### b) *La “dictadura” del Partido Democrático*

Otro problema central, derivado del anterior, fue el de la imposibilidad / incapacidad del republicanismo para democratizar el sistema político, en contra de lo que prometió y de haber sido ése uno de sus grandes argumentos en su período de propaganda, o sea, antes de la conquista del poder. Esta situación se explica fácilmente, pues el republicanismo y su Partido Democrático, siendo una realidad social y políticamente minoritaria en el conjunto del país, están cada vez más aislados y por eso se oponen (en este caso también con el apoyo de los partidos republicanos conservadores) a la profundización y el refuerzo de la transparencia y de la representatividad del sistema político, por miedo a ser expulsados del poder o marginados políticamente.

Se llegaba así a una situación curiosa: a su derecha el Partido Democrático deseaba demostrar capacidad de gobernar en interés y en nombre de las “fuerzas vivas”, pero para poder hacerlo tenía que impedir la llegada al poder de los partidos que tendiesen a asumir esta representación, especialmente los partidos de la derecha republicana que a ello se postulaban. Contra esa competencia a su derecha, sobre todo en el rescoldo de los golpes y conspiraciones abortados procedentes de ese sector, el jacobinismo *alfonsista* lanzará a sus milicias civiles (Hormiga Blanca, Voluntarios para la Defensa de la República, etc.), asaltando las sedes de los periódicos y de los partidos, deteniendo e intimidando, o agitando la Ley de Separación de las Iglesias y el Estado en persecuciones político-religiosas que perseguían el objetivo de mantener, por medios ajenos al sufragio electoral, el monopolio y el control del poder, alcanzado entre octubre de 1910 y 1913.<sup>38</sup>

---

<sup>38</sup> En 1913, hubo elecciones parciales que dieron la mayoría parlamentaria al Partido Democrático.

Lo mismo sucedió a su izquierda: ante la creciente oposición obrera, que creció en proporción al descontento con la República, está adoptó medidas, en ocasiones extremadamente violentas (disparos contra los manifestantes, deportaciones sin juicio, persecuciones a la prensa, asaltos a los sindicatos, detenciones generalizadas, etc.), buscando no solo bloquear la participación/competencia de los obreros en la vida política, sino especialmente demostrar a las “fuerzas vivas” su capacidad para “mantener el orden” de gestionar el Estado contra los que querían subvertirlo.

La I República va a mostrarse doblemente incapaz de establecer una alianza estable con el obrerismo organizado, donde el anarco-sindicalismo era preponderante. Porque no solo no cumplió, si no que se saltó algunas de las promesas esenciales de la propaganda, cuando procuraba atraerse al proletariado para que fuese la tropa de choque que implantase la República, sustrayéndolo a las reticencias y resistencias de los socialistas y de los libertarios. No adoptó el sufragio universal —lo que excluía del voto y de la participación en las instituciones a amplísimos sectores del proletariado que era analfabeto—, equiparó el *lock out* al derecho de huelga, continuó con la prohibición del reconocimiento legal de la confederación sindical, y tras la huelga de los trabajadores de conservas de Setúbal, en 1911, envió regularmente al ejército en contra de las reivindicaciones obreras, denunciadas siempre, a partir de ahí, como instrumentos de la subversión monárquica y clerical. Con excepción del paréntesis tranquilo entre 1914 y 1916 (en este último año surgió la Unión Obrera Nacional), entre 1911 y 1917 se vivirá un verdadero clima de guerra social entre el jacobinismo *afonsista* y el movimiento obrero, no dudando el poder político republicano en recurrir a las formas más extremas y menos legales de violencia anti-social, especialmente en 1917, cuando los efectos sociales y políticos de la participación portuguesa en la Gran Guerra tuvieron graves repercusiones en las condiciones de vida de los sectores populares de las principales ciudades.

Por otro lado, la República, especialmente en esta primera fase, hasta 1917, a pesar de la retórica socializante de Alfonso Costa y de otros tribunos, o de la genuina preocupación de algunos escasos dirigentes del PRP, no esbozó cualquier proyecto de política social. Incluso el intento de hacer del Partido Socialista una fuerza de encuadramiento y contención del radicalismo obrero no resistió a la total insensibilidad del republicanismo ante la cuestión social. Hasta 1917, los obreros sufrieron de los republicanos en el poder los efectos recesivos de la política de equilibrio presupuestario de

Alfonso Costa, la represión de cualquier reivindicación salarial u otra, las prisiones sin juicio, el hambre y las enfermedades agravadas como consecuencia de las privaciones derivadas de la entrada en guerra, la movilización para las trincheras en un conflicto mundial que no les importaba nada y, encima de todo esto, la negación del derecho de voto a los analfabetos, es decir, a la mayoría de ellos.

Este aspecto merece una atención particular, porque dejaba fuera del sistema político, fuera de cualquier política de integración o de concertación social a la mayoría de los obreros organizados y a su movimiento sindical. Este planteamiento parecía dar razón a la postura anarcosindicalista en contra de la participación electoral, la “política” y los “políticos” considerados como expresiones del mismo mal y del mismo enemigo que explotaba a los proletarios.

La negativa a contar con la participación política de los obreros tendría un elevado coste para la República y para el Partido Democrático: el proletariado organizado iría radicalizando su lucha y colocándose al margen del sistema liberal y, progresivamente, en clara ruptura con la República. Y ésta no resistiría tal división.

La acción represiva a derecha e izquierda se escoraba en el mantenimiento de un sistema político institucional y electoral que, contrariando las promesas republicanas, no aportaba ninguna democratización significativa.

Después de las elecciones de 1911 para la Asamblea Constituyente, con la ley electoral de ese año que fue la que más amplió el derecho de voto durante la I República, el nuevo régimen se enrocó y prefirió no correr riesgos en las urnas.

Según esta ley electoral tenían derecho a voto quienes cumplieran el requisito de no ser analfabeto, con excepción de los cabezas de familia que aunque lo fueran sí que podían votar. Eso significó que en 1911 cerca del 56% de la población masculina con más de 21 años podía inscribirse en el censo electoral, pero sólo el 17% de esta ejerció su derecho de voto (lo que significaba que apenas votó el 4% de la población total y sólo el 14% estaba inscrita). Con la ley electoral de Julio de 1913, ya con Alfonso Costa como jefe del gobierno, tras las incursiones monárquicas de 1911 y 1912 y en medio de una creciente ola de inestabilidad y de conspiración, se reforzó el síndrome defensivo de los republicanos, lo que restringió la legitimidad electoral. La población censada en 1913 representaba apenas el 26% de la población

masculina mayor de edad (6,6% de la población total) y de ésta no votaría más del 10% (¡2,5% de la población total!).<sup>39</sup> La ley de julio de 1913 volvía a restringir el derecho de voto a los que supiesen leer y escribir, decretaba una larga lista de inelegibles (magistrados, varias categorías de altos funcionarios públicos, sacerdotes, oficiales de las fuerzas armadas en las circunscripciones donde ejerciesen su mando), reflejando la desconfianza del jacobinismo en la élite del Estado y de las fuerzas armadas,<sup>40</sup> y creaba un complejo sistema para inscribirse en el censo electoral, con el objetivo de dificultar su acceso a los electores rurales o, de forma más general, a todos aquellos refractarios al Partido Democrático. Sin alterar el régimen censitario (sólo con el *sidonismo* la ley electoral de 1918 reconocerá el sufragio universal masculino para los mayores de 21 años) la tercera ley electoral republicana, de 1915, reduce la lista de los no elegibles y simplifica el proceso de inscripción al censo. Aunque aún así, aquel año sólo el 31% de los hombres con más de 21 años podrán votar (8% de la población total) y sólo cerca del 19% votarán. El sistema electoral bajo la I República, en su afán de restringir aún más los niveles de participación de lo que lo hizo la monarquía, no era representativo y padeció un claro déficit de legitimidad. Y tampoco permitía el pluralismo.

Efectivamente, el Partido Democrático, principal heredero de la máquina electoral y de los caciques de los partidos monárquicos, pasó a fabricar los resultados electorales, sólo que ahora sin alternancia: ganará sin sorpresas cinco de las seis elecciones parlamentarias convocadas durante la I República.<sup>41</sup>

El monopolio político del PRP, la llamada “dictadura del Partido Democrático”, se convirtió en indestructible por la vía electoral: sólo cedió el gobierno por la fuerza, a través del golpe militar o ante el riesgo de que éste se produjese. Y cuando es desalojado del poder por ella, normalmente también lo recuperará por la fuerza. Estaban creadas por tanto las condiciones para la inestabilidad política y para la amenaza permanente del sistema: del 5 de Octubre de 1910 al 28 de Mayo de 1926, la I República conocerá 45 gobiernos y 29 intentos revolucionarios.

---

<sup>39</sup> Pedro Tavares de Almeida, *ob. cit.*

<sup>40</sup> Vasco Pulido Valente, *ibidem*, e *A República Velha: 1910-1917: Ensaio*. Lisboa Gadiva, 1997, p. 43 y ss.

<sup>41</sup> Sobre el proceso de deslegitimación de la I República, cf. Fernando Farelo Lopes, *Poder Político e Caciquismo na I República Portuguesa*, Lisboa, Estampa, 1994.



c) *La inexistencia de un “proyecto nacional” republicano*

Finalmente el republicanismo se mostró incapaz de definir un “proyecto nacional” propio, susceptible de aglutinar, bajo su hegemonía, un bloque social y político estable y viable a largo plazo. Los intentos de conseguirlo por parte de la izquierda republicana, que se separó del PRP en la posguerra, pecarán de tardíos y de ser políticamente débiles.

Tal vez por la debilidad ideológica y la inestabilidad de su base social, el republicanismo en el poder primó siempre la “cuestión política”, es decir, las reformas que perseguían su control del Estado y de las instituciones, sin demostrar ninguna preocupación programática sistematizada –más allá de medidas puntuales y generalmente no aplicadas– en el ámbito económico y social.

Su acción de gobierno fue una lucha desesperada por la supervivencia, por la defensa del poder (contra las facciones republicanas concurrentes, contra los monárquicos y contra la conspiración autoritaria), hecha esencialmente mediante la gestión de un día a día lleno de crisis y presiones, sin una estrategia de fondo coherente y visible, balanceándose a tenor de la coyuntura. Lo que hace que la I República aparezca como un período histórico destinado a ser la transición “hacia otra cosa”.

Es cierto que algo cambió en el panorama político de la posguerra, a partir de la derrota del *sidonismo*, de las aventuras restauracionistas de Monsanto<sup>42</sup> y de la Monarquía del Norte y después de la reposición de la Constitución de 1911. Teniendo como telón de fondo la ola revolucionaria internacional desencadenada con la revolución rusa y un nuevo período de intensa agitación obrera en Portugal, a partir de 1919 hubo también cambios relevantes en el campo del republicanismo.

Efectivamente, es en el rescoldo de la Gran Guerra y al margen o en contra del viejo PRP cuando emerge, por primera vez, lo que se puede considerar una izquierda republicana. El Partido Democrático se consolida como un partido centrista, conservador, interlocutor privilegiado de los grandes intereses de nuevos y viejos ricos, plácido y ordenado, y liberado de los sectores más populares y anticlericales. Lejos del carisma y del magnetismo del liderazgo de Alfonso Costa, que vive en París, el PRP es tutelado –ahora que los

---

<sup>42</sup> Sierra contigua a Lisboa, donde los monárquicos trataron en vano de hacerse fuertes (21 de enero de 1919) para secundar a la insurgencia que el día 19 había triunfado en Oporto. (N.T.)



jefes históricos del republicanismo se retiraban de la primera línea política—por un plantel de bonzos solemnes y respetables capitaneados por un ex carbonario, ex “independiente” y *compagnon de route* de los democráticos, conspirador experimentado y eficaz maniobrero entre bastidores: el ingeniero Antonio Maria da Silva.

Del PRP surge, aunque de forma dispersa y grupuscular, el fenómeno políticamente nuevo de una izquierda republicana. Se trata de un conjunto de pequeños grupos políticos nacidos en la posguerra de escisiones del PRP o externos a él (el Grupo Popular, el partido de Álvaro Castro —después de una breve digresión por el nacionalismo republicano—, el Partido Radical, la Izquierda Democrática, los intelectuales de *Seara Nova*) que se reconocen en un programa político, económico y financiero razonablemente coherente.

Mantienen una alianza inestable con los partidos o los sindicatos obreros (el Partido Socialista, la anarco-sindicalista Confederación General del Trabajo, el joven Partido Comunista Portugués), pero tienen en la Armada y en la GNR su brazo militar y polarizan, por la izquierda, la oposición y la alternativa al proyecto antiliberal, autoritario y anticonstitucional de las derechas conservadoras. Pasan caóticamente por el poder hasta la “noche sangrienta” de 19 de octubre de 1921.<sup>43</sup> Pero entre diciembre de 1923 y febrero de 1925, un “bienio radical” de 15 meses, en los sucesivos ministerios de Álvaro de Castro, Rodrigues Gaspar y José Domingues dos Santos, intentan llevar a la práctica su política económica y financiera para aliviar la crisis que el país atravesaba.

La izquierda republicana pretendía un equilibrio presupuestario —y daría a partir del gobierno de Álvaro de Castro pasos decisivos en ese sentido—, basado en una reforma fiscal que reforzaba el incremento paulatino de los impuestos directos sobre los rendimientos y beneficios de guerra; quería fijar los precios de los bienes de primera necesidad; establecer el control estatal sobre el comercio externo, el mercado financiero y la actividad bancaria (para combatir el déficit comercial y la especulación contra el escudo y estabilizar el valor de la moneda); ensayaría, en sucesivos y fracasados intentos entre 1920 y 1925, una reforma agraria en los campos del sur (especialmente los

---

<sup>43</sup> Esa noche, la del mismo día en que triunfó un golpe de signo izquierdista (“radical”), aunque sin cualquier relación directa con el mismo, fueron masacradas varias personalidades republicanas, entre las cuales estaban el presidente del gobierno derribado, António Granjo, y el fundador de la República, Machado Santos. (N.T.)

proyectos de Mario de Azevedo Gomes, en el gobierno *alvarista*<sup>44</sup> de 1924, y de Ezequiel de Campos en el ministerio “izquierdista” de José Domingues dos Santos del año siguiente) y esbozaría una política de reformas sociales (aunque la mayoría nunca pasase del enunciado): ley de las 8 horas de trabajo y de los seguros sociales en 1919, viviendas sociales, ley sobre los alquileres (1925), legalización de la CGT y amnistía para los presos políticos (1925), limitación de la represión antisindical (dimisión del controvertido teniente coronel Ferreira do Amaral, jefe de la policía, por el gobierno de J. Domingues dos Santos; condena de los abusos de la GNR por el jefe del gobierno, lo que provocó su dimisión).

Pero el reencuentro del republicanismo con un proyecto nacional de gobierno de izquierda, en contraste con el centrismo acomodaticio del PRP que dominaba la vida política o con la incuestionable conspiración de las derechas autoritarias, tenía graves e insuperables dificultades.

Llegaba tarde y sobre todo era grupuscular y disperso. Nunca se transformó en una fuerza política cohesionada y con representación parlamentaria suficientemente relevante que le diese autonomía. Esta situación situaba a los grupos de la izquierda republicana y a sus gobiernos completamente en las manos de la permanente mayoría parlamentaria del PRP (excepto entre julio de 1921 y enero de 1922). El PRP los dejaba gobernar cuando no le convenía hacerlo, pero los hacía caer cuando entendía que era el momento de regresar al poder. Precisamente en febrero de 1925, con el pánico a las reacciones de la derecha ante la “epilepsia bolchevique” del gobierno radical, el PRP derribó el gobierno “izquierdista” iniciando una política sistemática de destrucción de su obra política y financiera y de concesiones a los medios conservadores con el objetivo de poder detener el golpe militar que se preparaba, a pesar de que con ello le facilitó su éxito.

Los grupos y partidos que componían la izquierda republicana tenían otras vulnerabilidades: varios de ellos evidenciaban una trayectoria contradictoria y zigzagueante entre la izquierda y la derecha, y viceversa, al socaire de los intereses políticos de sus jefes, a veces individuos de personalidad fuerte y de indiscutible estatura intelectual (como Cunha Leal o Álvaro de Castro), que siempre dificultó que hubiese una corriente político-ideológica estabilizada en torno a programas, pautas de comportamiento y dirección estables.

---

<sup>44</sup> De Álvaro de Castro. (N.T.)

Por otro lado, siendo este polo radical una especie de reconstrucción del bloque social y político del *5 de Octubre*, ahora una alianza entre el republicanismo de izquierdas, la élite radical de las clases medias, los trabajadores de los servicios y el activismo político y sindical obrero (Partido Socialista, PCP<sup>45</sup> y CGT<sup>46</sup>) no siempre este frente popular urbano *avant la lettre* se mostró cohesionado y estable. Es cierto que las “jornadas antifascitas” de febrero de 1924 en defensa del gobierno *alvarista*, o las movilizaciones populares de la Unión de los Intereses Sociales en apoyo del amenazado gobierno de J. Domingues dos Santos en febrero de 1925, y contra la Unión de los Intereses Económicos (el brazo político de las asociaciones patronales) mostraban el apoyo de los medios populares de Lisboa y de otras ciudades a la izquierda republicana, aunque ya en una posición claramente defensiva. Pero no siempre fue así. El crecimiento del terrorismo social o del deterioro de la vida política llevaría a los gobiernos radicales (como el de A. de Castro) a recurrir a las deportaciones sin juicio de sindicalistas acusados de pertenecer a la Legión Roja, mientras que el Partido Radical y el PCP tuvieron tentaciones *putschistas*. Sobre todo después de la caída del gobierno “izquierdista” y con el regreso del PRP al gobierno, en 1925/26, el bloque radical se rompió y se dispersó, y entonces algunos de estos grupos y de sus dirigentes participaron en el golpe del 28 de Mayo de 1926. Pero este bloque político-social radical, reconstituido bajo la dictadura militar, será la base de la persistente resistencia revolucionaria en los grandes centros urbanos (y hasta en las islas) entre 1927 y 1931.

De esta forma, los escasos momentos de la I República en los que parece definirse un esbozo de política económica y financiera coherente (equilibrio presupuestario de Alfonso Costa en 1913, la “obra radical” de diciembre de 1921 a febrero de 1925), no poseen ni continuidad, ni posibilidad de articulación con otros objetivos y medidas, ni siquiera una seria concreción, puesto que se pierden en el vértigo de la inestabilidad política y gubernativa, tragados por las sucesivas caídas de los gobiernos o por un pronunciamiento militar. Y lo que más se asemejó a la formulación de una cierta idea del “papel de Portugal en el mundo” y de los medios para alcanzar ese fin fue la política intervencionista en la I Guerra Mundial, que se tradujo en una típica y suicida manifestación del voluntarismo republicano que, paradójicamente,

---

45 Partido Comunista Portugués. (N.T.)

46 Confederación General del Trabajo. (N.T.)

pretendía regenerar Portugal mediante una audaz diplomacia –ideológica– pero a costa del sacrificio de la inmensa mayoría del país para la que la guerra no pasaba de ser una matanza absurda. La República guerrera juzgó encontrar en el conflicto una forma de sobrevivir en el poder sin cambiar nada esencial, sin tocar los factores estructurales que condicionaban la dependencia y el atraso del país. La intervención así concebida y ejecutada, con su cortejo de dramáticos efectos económicos, sociales y políticos, agudizaría todas las dificultades y contradicciones del régimen, precipitándolo en una crisis a la que, en última instancia, no sobreviviría.

En realidad, el *sidonismo* triunfante en el duro pronunciamiento militar del 5 de diciembre de 1917 contra el gobierno democrático del PRP, expresión del profundo descontento popular por la intervención en la guerra, no se era como un mero paréntesis en la vida de la I República. Fue el primero y premonitorio intento de superar el republicanismo a través de un nuevo tipo de dictadura antiliberal que el régimen de Sidonio Pais esboza contradictoria e incipientemente. Las derechas portuguesas no tenían, ni podían tener aún, la experiencia de lo que era un proceso de concertación y de unificación política e ideológica necesarias no sólo para tomar el poder –lo que se había hecho el *5 de Diciembre*–, sino sobre todo para mantenerse en él e iniciar la transición hacia un régimen autoritario y antiliberal con nuevas connotaciones. Del fracaso del *sidonismo* el salazarismo sacaría buenas lecciones. Sidonio no consiguió mantener unida en torno a un programa común a la fronda social y política que le llevó al poder. Dejó que entre sus partidarios se instalase la fatal división sobre la “cuestión del régimen”; dejó alejarse a la derecha republicana, que inicialmente le había apoyado, hacia el campo hegemonizado por el PRP, y permitió la conspiración restauradora de muchos de sus sostenedores monárquicos, especialmente de los oficiales de las Juntas Militares. Después de su muerte, el 14 de diciembre de 1918, se rompió el tenue lazo que aguantaba a la “República Nova” y se desencadenó la guerra civil polarizada por los intentos revolucionarios republicanos del 10 de enero de 1919, en Lisboa, Santarem y Covilhã, con el objetivo de prevenir la aventura restauracionista de la “Monarquía del Norte”, a partir de Oporto, secundada por el pronunciamiento de Monsanto, a las puertas de Lisboa (respectivamente 19 y 21 de enero de 1919).

Separados los campos y produciéndose el enfrentamiento en las dos principales ciudades del país, el resultado se adivinaba. La plebe urbana se decidió a favor de la “República Vieja” y en contra de la monarquía. En Oporto, las masas secundaron el pronunciamiento de la GNR y en Lisboa arrastraron

a los marineros y a otras unidades del Ejército en el asalto a Monsanto. El republicanismo, nuevamente hegemonizado por la implacable máquina político-electoral del PRP, regresaba al poder aupado por el pueblo, como sucedió en 1910.

Pero el terrible impacto económico, social y financiero de la aventura intervencionista en la Gran Guerra, permaneció como una herencia infranqueable durante la posguerra. Con la crisis económica de 1921, que acabó con el cortó y artificial *boom* de 1919/21, se instala la hiperinflación, la desvalorización galopante del escudo, el descalabro de la balanza comercial, el aumento aplastante de la deuda externa, las quiebras, el desempleo, la desvalorización real de los salarios, la crisis de subsistencia y, de resultas de todo ello, la inestabilidad política y a la agitación social.

No se puede decir que en el campo republicano, como hemos visto, no hubiese respuestas coherentes a la crisis de fondo que sacudía la República liberal. Lo que no había era fuerza política y militar para aplicarlas. Esta fuerza ya estaba del otro lado. Al fracaso de la experiencia republicana sucedería un largo ciclo de autoritarismo antiliberal y antidemocrático.

### 2.1.2 La “rendición del liberalismo”

Es cierto que a semejanza de lo que ocurre en otros países europeos antes de la llegada al poder de los movimientos fascistas, en Portugal se produce también ese fenómeno de la “rendición” política e intelectual de las elites liberales a los valores del nacionalismo autoritario, siempre en nombre de la excepcionalidad de la crisis que barría el país y de la perentoria necesidad de medidas excepcionales para la “salvación nacional”.

Manuel Villaverde Cabral<sup>47</sup> y Farelo Lopes<sup>48</sup> han estudiado la expresión política e ideológica de esa capitulación intelectual en el grupo de *Seara Nova*.<sup>49</sup> El primero de estos autores piensa que el fenómeno fue más profundo en Portugal que en otros países de la Europa del Sur, y relaciona lo que él considera un consenso generalizado de las elites intelectuales en torno al advenimiento del autoritarismo a finales de los años veinte con diferentes

---

47 Manuel Villaverde Cabral, “The Seara Nova Group (1921-1926) and the Ambiguities of Portuguese Liberal Elitism” in *Portuguese Studies*, 4, 1988. pp. 181-195.

48 Fernando Farelo Lopes, “A Rendição da Cultura Liberal”, in *Análise Social*, 64, 1980. pp. 799-809.

49 Organizado en torno a la célebre revista de ese nombre fundada en 1921. (N.T.)

factores estructurales. Entre ellos, desde luego, el atraso económico y cultural portugués, que limita los recursos materiales y simbólicos de opciones alternativas frente a las presiones sobre un sistema en crisis. Pero también lo relaciona con el limitado grado de diferenciación social y cultural de las elites, lo que restringe las posibilidades de sus opciones políticas, y con su carácter altamente oligarquizado en un país abrumadoramente analfabeto, lo que las separa radicalmente de la gran y excluida mayoría del pueblo portugués.

A pesar de la importancia y pertinencia de esta forma de abordar la cuestión, yo tendería a considerar, por un lado, que el fenómeno de la “rendición liberal” fue mucho más extenso de lo que el ejemplo estudiado deja entrever, a pesar de la importancia decisiva que el mundo de *Seara Nova* asumía como creador de opinión y de liderazgo intelectual en una buena parte del campo republicano. Por otra parte, es evidente que pasado el corto consenso inicial que unió a las izquierdas republicanas y hasta a algunos sectores del sindicalismo en lucha (y a veces en la conspiración) contra el gobierno de Antonio María da Silva —más que contra el liberalismo republicano—, esa parte de la elite republicana junto a lo que quedaba del activismo popular republicano y del movimiento obrero organizado, emprendió una dura y prolongada lucha política y militar contra la Dictadura, centrada en las grandes ciudades o en las islas adyacentes. Una guerra civil larvada con centenares de muertos y millares de heridos, presos y deportados que se consumió en cinco tentativas revolucionarias efectivamente salidas de la calle para derribar la Dictadura entre 1927 y 1933. En realidad, en Portugal el liberalismo representado por la izquierda republicana a la que se alió el movimiento obrero, puesto que estaba desmarcándose del atolladero de la “República vieja”, acabó vendiendo su vida mucho más cara de lo que muchas veces se insiste en afirmar tras la fácil pero equívoca victoria del *28 de Mayo*.

Es cierto que la tentación *seareista* y sobre todo, *sergiana*<sup>50</sup> por la “dictadura transitoria” y de “competencias”, por el corporativismo antiparlamentario y por el “terremoto brusco y virtuoso” del que hablaba Ezequiel de Campos (otro colaborador de *Seara* que después se pasa a las filas del salazarismo) tuvo un importante papel simbólico e intelectual, a pesar de su corta

---

50 Cf. António Reis, *Raul Proença: Biografia de um Intelectual Político Republicano*. Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2003. (*sergiana*: relativo a António Sergio, que fue uno de los fundadores de la *Seara Nova* y de los más emblemáticos intelectuales del XX portugués con marcada intervención política. N.T.)

duración en el tiempo. Pero la verdad es que en la derecha republicana esa “rendición” a la Dictadura y después al *Estado Novo*, adquirió tintes generalizados, tanto entre los dirigentes de los partidos nacionales, como de forma especial entre las elites locales. Los “mariscales” del Partido Nacionalista (PN) y de la Unión Liberal Republicana (ULR) apelaron pública y explícitamente en la prensa, en mítines y conferencias e, incluso, en el parlamento, a la Dictadura y al golpe militar: Conspiraron activamente con los militares para llevarlo a efecto, y mantuvieron con relación a la Dictadura Militar ya implantada relaciones continuas de apoyo, cooperación y negociación con su sector republicano conservador. En esta postura fueron secundados hasta 1930 por los llamados “bonzos” no exiliados del PRP (António Maria da Silva, Marques Guedes, Velinho Correia). Además, esa derecha republicana tendrá un papel fundamental en la atracción hacia el pronunciamiento de varios jefes militares republicanos conservadores y masones que estaban cercanos políticamente a sus posiciones: Óscar Carmona, Abílio Passos e Sousa, Mendes Cabeçadas, Farinha Beirão, Vicente Freitas, Ivens Ferraz, Júlio Morais Sarmiento, Quintão Meireles, Costa Ferreira, etc. Todos ellos son los que acaparan los gobiernos de la dictadura militar hasta enero de 1930, momento a partir del cual la corriente salazarista comienza a invertir la relación de fuerzas a su favor.

Pero esta derecha republicana va a jugar un papel decisivo no sólo durante el advenimiento de la dictadura. Ciertamente es que el ascenso de Salazar y el endurecimiento creciente de la dictadura a partir de 1930/31, van a lanzar hacia el campo del *revirralhismo*<sup>51</sup> a varios dirigentes republicanos conservadores desilusionados –es el caso de Cunha Leal después de su encontronazo con Salazar en diciembre de 1929 y de varios militares del *28 de Mayo* próximos a él (Ribeiro de Carvalho, Cunha Aragão, Utra Machado). El hecho es que la mayoría del personal político de ese “republicanismo moderado”, sobre todo el conjunto de caciques regionales y locales, aunque no sólo ellos, se pasará en masa al nuevo partido único, la Unión Nacional (UN) y, por ende, prestarán su apoyo al *Estado Novo*.

El entorno cercano a Cunha Leal en la Unión Liberal Republicana (ULR), muy especialmente el célebre grupo de Coimbra –Bissaia Barreto, Albino dos Reis, Mário Pais de Sousa, Manuel Rodrigues– a los que se unen Duarte

---

51 Término muy frecuente en la época referido a la estrategia *putschista* de las oposiciones a la dictadura, para significar una inversión completa y rápida de la situación política. (N.T.)



Pacheco (también cercano a la URL), y figuras como Júlio Dantas del partido Nacionalista (PN) o Vasco Borges (del PRP) van a jugar un importante papel en la estructuración de la alianza entre las diferentes derechas con el fin de crear una plataforma política capaz de edificar el nuevo régimen. Incluso buena parte de estos hombres desempeñarán importantes responsabilidades en la cúpula del *Estado Novo* o de la Unión Nacional. Muchos de ellos terminan por afirmarse como el personal político o como simples consejeros personales, de la más íntima confianza de Salazar, formando parte de su círculo de privacidad más restringido durante largos años.

Con todo, tal vez su papel más importante y decisivo en el ascenso de Salazar se juega entre los jefes militares republicanos de las fuerzas armadas, al ofrecerles las garantías políticas e institucionales suficientes para convencerles de la necesidad de aceptar la entrega del poder a la coalición política liderada por el profesor de Coimbra. Ese acuerdo informal constituido entre 1932 y 1934, en el que actúa como intermediario excepcional el presidente de la República, general Carmona (antiguo ministro de un gobierno del Partido Nacionalista y masón, apoyado en la elección presidencial de 1928 por los partidos del centro y la derecha republicana), garante del mantenimiento formal de ciertos trazos institucionales de cariz liberal en aspectos fundamentales de la Constitución de 1933, confiere a las fuerzas armada el papel de máximo “tutor” político y moral de la “Revolución Nacional”. Además, les asegura la continuidad en la dirección en la cartera de Defensa a militares de la “confianza del ejército”, esto es, del ala liberal conservadora, y les promete su modernización y reequipamiento a corto plazo. A cambio, los militares vuelven a los cuarteles y entregan el poder político a Salazar, a quien pasan a apoyar como jefe del nuevo régimen. Pero incluso así, Salazar sólo consigue hacerse personalmente con la cartera de Defensa en 1936, en el marco de la guerra civil de España, lo que le permite iniciar las reformas de 1937/38 a través de las cuales remueve a la vieja oficialidad republicana y pone el poder militar en manos de oficiales más jóvenes y de su entera confianza, pues son cuidadosamente escogidos por Santos Costa.<sup>52</sup> Con el ejército domesticado y flanqueado por las milicias, el régimen puede respirar durante algún tiempo.

---

52 Cf. Telmo Faria, *Debaixo de Fogo: Salazar e as Forças Armadas, 1935-1941*. Lisboa, Edições Cosmos/IDN, 2000. (El capitán Santos Costa sería desde entonces el gran instrumento y referente del sometimiento de las fuerzas armadas a la dictadura de Salazar. En torno a su figura vendría a cristalizar en las décadas siguientes la corriente política de la ortodoxia salazarista. N.T.)



## 2.2. LAS DERECHAS DE LA DERECHA ANTILIBERAL. LAS CINCO FUENTES DEL SALAZARISMO

Es hora de abordar un segundo gran ámbito de opciones alternativas, el de la derecha política y social que genéricamente puede definirse como un autoritarismo antiliberal.

A pesar de su carácter complejo y diversificado, todos comulgaban con un patrimonio ideológico esencial, en el que se entrecruzan fuentes de la tradición doctrinaria contrarrevolucionaria y legitimista del siglo XIX portugués, la nueva doctrina social de la Iglesia Católica posterior a la encíclica *Rerum Novarum* y la ineludible influencia del carlismo español o del neotradicionalismo de la *Action Française* a pesar, en este último caso, de su vertiente agnóstica. La derecha antiliberal rechaza decididamente la herencia política e ideológica de la Revolución Francesa, a la que responsabilizaban de la decadencia política, moral y material a la que el liberalismo había conducido a la nación.

Buscaba también un camino de regeneración, de reinicio, de “reencuentro de la nación consigo misma” y con la representación que (aunque de forma distinta) daba de su pasado de grandeza. Pero lo buscaba a través de la negación autoritaria del liberalismo. Por eso, negaba el individualismo, esto es, la idea del individuo como titular de derechos y deberes como base de la legitimidad y de la construcción del poder político. Negaba la teoría de la soberanía popular, el parlamentarismo, el liberalismo y la democracia en general. Frente al individuo desagregado, arrancado de sus comunidades naturales de pertenencia y por eso, fácilmente dirigido como ganado por ciertos cabecillas hacia la antinatural conflictividad de clases, hacia el sufragio ciudadano, hacia el “fraude de la urna” o hacia el “desorden parlamentario”, oponía las realidades permanentes e inmutables de la “nación orgánica” como verdadera fuente de legitimidad y el corporativismo como su traducción político-institucional. Al desorden de la libertad oponía el orden de un régimen fuerte, aunque naturalmente limitado por las libertades tradicionales los derechos de las personas y por la moral cristiana.

Pero no todo era idéntico entre las derechas de la derecha portuguesa de la época. En realidad, como veremos más adelante con detenimiento, el autoritarismo conservador que marca profundamente a la gran mayoría de las derechas nacionales —y que cristalizará organizativamente poco después de la proclamación de la primera República en el Integralismo Lusitano y en el

Centro Católico como fuerzas principales— es un fenómeno político e ideológico de típica reacción conservadora a la modernidad. Esto es, de reacción a las transformaciones económicas y sociales, a la progresiva (aunque regionalmente localizada) masificación de la política, al peligro de la revolución social y a las amenazas del desarrollo técnico e industrial sobre un mundo rural tradicional considerado exponente mítico de los valores de la “raza”.

En esto, lo que por otra parte no es poco, se distinguía del autoritarismo modernizante de matriz *martiniana* con sus soluciones corporativas, autoritarias y cesaristas, su teoría fundadora de la concepción del dictador carismático moderno y su elitismo cientificista. Una ruptura política e institucional con el liberalismo parlamentarista, la apología de un poder político fuerte e independiente, aunque al servicio de un proyecto de “vida nueva” asentada en un nacionalismo económicamente protector del desarrollo industrial y, sobre todo, en un proyecto neofisiocrático de fomento rural y reforma de la propiedad en la que se encuentran las bases de los futuros proyectos de reforma agraria que se desarrollan a lo largo del siglo XX portugués. A pesar de que esta derecha modernizante nunca había tenido entre nosotros una traducción política organizada, va a inspirar una corriente tecnocrática, aquella a la que en otro lugar he llamado una *derecha de realizaciones*, desdoblada en cuanto a sus estrategias esenciales de desarrollo económico del país tanto hacia el reformismo agrario neofisiocrático como hacia el industrialismo.<sup>53</sup>

Será esta derecha la que hará la apología del Estado fuerte y estable, tanto política como financieramente, al considerarlo condición *sine qua non* para el progreso material. En términos políticos, optará por el apoyo a la dictadura y por la colaboración al más alto nivel (en las carteras de Economía, Industria, Agricultura y Obras Públicas), con el *Estado Novo*, considerado como solución política y financiera indispensable para el desarrollo económico del país, inspirado y orientado por los “ingenieros”.<sup>54</sup> Como ya previera Oliveira Martins, frente a los desórdenes del liberalismo sería la derecha política la que llevaría durante mucho tiempo la bandera del desarrollo económico.

Esta prioridad concedida a la “técnica”, a la “ciencia” y al desarrollo material dará a esta derecha tecnocrática —en la cual, andando el siglo XX, sobresaldrán

---

53 Cf. Fernando Rosas, *Salazarismo e Fomento Económico*. Lisboa, Editorial Notícias, 2000.

54 *Idem, ibidem*. p. 38 y ss.

nombres emblemáticos del “ingenierismo” como los de Ezequiel de Campos, Ferreira Dias, Duarte Pacheco o Araújo Correia— otra concepción menos ideológica de las causas de la “decadencia nacional” y un remedio diferente para superarlas, lo que es lo mismo que decir que marcará su nacionalismo con un contenido económicamente modernizante y claramente distinto del nacionalismo regresivo y volcado hacia el pasado de los integralistas. En vez de acudir a la glorificación hagiográfica de navegantes, santos y caballeros, a la gesta heroica y evangelizadora de los descubrimientos o a ese mundo mítico y estático del Antiguo Régimen abruptamente roto por el liberalismo, Oliveira Martins y sus discípulos y continuadores (que se adentran por el campo republicano como es el caso de Basílio Teles o António Sérgio) responsabilizan al “desvío mercantilista” y “parasitario” originado por la expansión y al predominio del “transporte” sobre la “fijación” de la desagregación económica, social y política de la nación, males que, sin duda, el liberalismo no consiguió corregir, sino que acabó agravándolos fatalmente. Pero nuevamente, al contrario que los integralistas, entendían que la solución no estaba en una especie de regreso utópico al Antiguo Régimen, sino en una solución política de autoridad apoyada por las elites tecnocráticas, por la capacidad y competencia de éstas, en una “revolución desde arriba” que diera lugar a la regeneración mental, económica y social modernizante de la que el país carecía. Quiere esto decir que de las entrañas mismas de la crisis del liberalismo, e incluso que desde dentro mismo del campo doctrinario de rechazo autoritario, antidemocrático, nacionalista y corporativista del sistema, emergían dos tipos diferentes de respuestas que expresan estrategias sociales, económicas y culturas distintas. Por un lado, el autoritarismo conservador, representado de forma emblemática por el Integralismo Lusitano, una especie de “mitificación del pasado” restaurado, de neotradicionalismo tendencialmente ligado a los grupos sociales dominantes más amenazados por las transformaciones resultantes del desarrollo capitalista y de la industrialización. Por otro, un discurso que pretende abrir paso a los sectores potencialmente emergentes de las elites económicas y sociales: un autoritarismo que no apunta hacia atrás, hacia utopías regresivas y reactivas, sino hacia lo que entendían debía ser la adaptación del Estado a las nuevas condiciones y prioridades del moderno desarrollo económico. Una neo-ilustración tecnocrática y autoritaria dirigida por los “ingenieros”.

También en el campo autoritario conservador las diferencias de comportamiento político entre integralistas y católicos conservadores son muy importantes. Es sabido que desde un plano doctrinal, la condena papal del

agnosticismo *maurrassiano*<sup>55</sup> y de su *politique d'abord* conducen a una ruptura de la jerarquía del catolicismo políticamente organizado con la *Action Française*, en nombre del primado de la moral y del derecho natural como fuentes inspiradoras de la política. Pero esa ruptura no es sólo coyuntural o episódica, sino que entre los integralistas lusitanos el reconocimiento de su filiación en la *Action Française* estaba lejos de ser unánime. La realidad es que en Portugal el Centro Católico y más tarde lo que se desplazó de él hacia el salazarismo, desde un plano ideológico reconoció e hizo suyo lo esencial del discurso integralista sobre la nación orgánica, sobre la retórica heroica y religiosa del nacionalismo nostálgico, sobre la apología del ruralismo y de la *aurea mediocritas*, y sobre el contenido del mito regenerador.<sup>56</sup>

Lo que entre nosotros divide a la derecha integralista de la derecha católica, representada por el Centro Católico (reorganizado y reorientado en 1919 y del que Salazar sería su ideólogo y figura más destacada desde la posguerra), y lo que las separa es, diríamos, la técnica, o si se quiere, la política.

En primer lugar, porque fiel a la pragmática política papal del *ralliement*, el Centro reconoce las instituciones republicanas y acepta colaborar con ellas en nombre de la defensa de los intereses de la Iglesia Católica. Esto supone, en realidad, desvalorizar la llamada cuestión del régimen (el problema de la restauración monárquica), en lo que chocaría violentamente con el rígido ultramontanismo restauracionista del integralismo. Además, el Centro, o tal vez, sobre todo, su núcleo salazarista, fue evolucionando en torno a la idea de aceptación de la reforma institucional externa del Estado en razón de la defensa de los intereses eclesiásticos, hacia la asunción de la necesidad de no repetir el error fatal de la experiencia *sidonista* que conllevó la ruptura del frente conservador en torno a la cuestión del régimen. Esta preocupación se orienta ya claramente hacia la solución del problema de la crisis del poder liberal, y hará que sobre todo en la primera mitad de los años veinte, el Centro Católico se presente no tanto como un partido político, sino como una especie de reserva moral y transpartidaria de las derechas portuguesas y su “instrumento orgánico de transformación social”.<sup>57</sup>

---

55 De Charles Maurras, fundador de la *Actino Française*.

56 Cf. Sobre este abanico de valores, Fernando Rosas, “O Salazarismo e o Homem Novo. Ensaio sobre o Estado Novo e a Questão do Totalitarismo”, in *Análise Social*, XXXV, 157 (2001), 1031-1054.

57 Cf. Manuel Braga da Cruz, *As Origens da Democracia Cristã e o Salazarismo*. Lisboa, Presença, 1980.

Esta tendencia ecléctica y federalizante de las derechas contribuyó seguramente a poner en manos del grupo salazarista del Centro Católico la función polarizadora del proceso de su concertación y alianza durante la dictadura militar. Proceso de hegemonización y unificación que conducirá también a la extinción en 1933 del propio Centro Católico en cuanto partido político, y la adhesión de la mayoría de sus miembros civiles (esto es, no eclesiásticos) al partido único del *Estado Novo*, la Unión Nacional.

Al contrario de lo que ha señalado alguna historiografía,<sup>58</sup> no me parece posible hablar con rigor de una corriente monárquica que, como tal, participase autónomamente en el debate doctrinario y político sobre las alternativas al liberalismo. La verdad es que la gran separación entre liberales y antiliberales se superpone a la reivindicación formal de la restauración de la corona. Sobre todo después de los sucesivos desaires de las incursiones monárquicas (1911 y 1912) y de la Monarquía del Norte (1919) que fueron dividiendo profundamente a las huestes monárquicas en cuanto al contenido del régimen a reponer y hasta en relación al pretendiente al que se debía apoyar. Los adeptos de la restauración de la monarquía constitucional son un grupo en rápida extinción. Incluso el propio rey exiliado acaba por dejar entrever el abandono del constitucionalismo en el Pacto de París con los legitimistas en 1922. Efectivamente el grueso del restauracionismo cae paulatinamente bajo la decisiva influencia cultural e ideológica de las corrientes antiliberales en general y del Integralismo Lusitano en particular. Antes y después de la muerte de D. Manuel II en el exilio, en 1932 (después de eso los monárquicos finalmente se unen en torno al descendiente de la línea legitimista, Duarte Nuno como pretendiente) la Causa Monárquica y la mayoría de los integralistas van a apoyar la dictadura militar para, a continuación, integrarse en el *Estado Novo* y en el partido único, la Unión Nacional, con lo que la Junta Central del Integralismo Lusitano se autodisuelve en 1933.

Fuera de este proceso de integración quedan personalidades aisladas como Paiva Couceiro y, sobre todo, esa “primera generación” del integralismo, los que podríamos llamar “maestros fundadores” con nombres como Almeida Braga, Hipólito Raposo, Rolão Preto o Alberto Monsaraz. Todos ellos, objetivos de persecución por el régimen salazarista. Unos y otros se desmarcaron del nuevo régimen al considerarlo una perversión autoritaria y estatista del corporativismo –la “salazarquía”– entrando en rápida colisión

---

58 Cf. Idem, *Monárquicos e Republicanos no Estado Novo*. Lisboa Publicações D. Quixote, 1996.

con aquel. La “segunda generación”, educada en los combates contra la República durante los años veinte y el grueso de las huestes monárquico-integralistas se adhieren *Estado Novo*, alcanzando cargos muy importantes y manteniendo una estrechísima colaboración con Salazar (Pedro Teotónio Pereira, Marcello Caetano, Costa Leite Lumbralles, Mário de Figueiredo, Santos Costa). Incluso buena parte de ellos se integran en el ala más rígidamente conservadora del régimen. Pero como veremos más adelante, el sector más joven de esta “segunda generación” integralista, sobre todo de su sector “estudiantil”, encabezará entre 1927 y 1932 bajo el patrocinio de algunos de sus fundadores –Rolão Preto y Alberto Monsaraz–, la escisión fascista del integralismo.

Puede decirse, por tanto, que desde finales del siglo XIX hasta el inicio de la segunda mitad del siglo XX se fijaron como corrientes principales en el campo político y doctrinal del autoritarismo antiliberal la derecha integralista, la derecha católica y una todavía difusa derecha tecnocrática. Pero la crisis final de la “República Vieja” va a apartar del campo liberal a una cuarta corriente. Tal vez, la más decisiva en el proceso efectivo de caída del republicanismo e instauración del *Estados Novo*, a la que llamaré derecha liberal o republicanismo conservador. Ya antes, cuando abordamos el fenómeno de la “rendición del liberalismo”, comprobamos como este campo liberal conservador, que atraviesa el centro y la derecha del sistema político republicano y tiene fuerte representación en los cuadros superiores de las fuerzas armadas, se va a rendir a la tentación autoritaria –en lo que es seguido incluso transitoriamente por sectores de la izquierda republicana– contribuyendo decisivamente al derrumbe militar de la primera República, dando un cierto apoyo a la dictadura y contribuyendo posteriormente a hacer viable política y militarmente el poder salazarista y del *Estado Novo*.

La derecha republicana, desde la primera fase de la República, había apostado por una política de imponer un cambio en el turno de gobierno; esto es, había apostado por romper el monopolio del PRP a la cabeza del Estado por medio de la intervención militar del Ejército con el apoyo político de las “fuerzas vivas”. Es verdad que de otra forma no les hubiera sido posible alcanzar el poder. Lo que sucede es que tampoco lo alcanzan con esta otra estrategia. El republicanismo conservador nunca comprendió eso que el *sidonismo* ya había hecho evidente: que las derechas antiliberales no pretendían una república liberal administrada por los conservadores, no confiaban en ellos para gobernar, una vez que tenían como objetivo en vista la “República

Nueva”, la superación autoritaria y antiparlamentaria del régimen liberal. Esta tendencia no hará sino madurar como proyecto político a corto plazo con la descomposición de la “Nueva República Vieja” en la primera mitad de los años veinte. Sin comprender que su papel no excedía mucho el de ser un mero instrumento de agitación y desestabilización apropiado para la creación de un clima que preparara el movimiento militar, la derecha republicana (y hasta buena parte de la izquierda) participa en el *28 de Mayo* a la sombra del comandante Mendes Cabeçadas, con la ingenua convicción de llegar a ser el gobierno o el partido de gobierno de la dictadura militar y de la República regenerada que saldría de ella. La ilusión duró tres semanas, el tiempo que llevó a las derechas autoritarias el barrer a Cabeçadas de la escena política.

La influencia del liberalismo republicano entre buena parte de los jefes del Ejército –ellos serán, como vimos, los que dirijan los ministerios de la dictadura entre 1926 y 1930– hará que la derecha republicana civil y militar se empeñe todavía durante varios años en el intento, es cierto que de forma bastante inconexa y zigzagueante, de crear una República de orden, conservadora pero liberal y estable, de ejecutivo fuerte y soportada por un sistema bipartidista “a la inglesa” con alguna representación corporativa. Todavía en 1931 pensaban que podrían comenzar a erigirla por vía electoral. Pero en la derecha republicana, sobre todo en su componente militar –la más decisiva y respetada, la que está en el poder a partir del *28 de Mayo*– faltaba casi todo: jefes para la dirección, un programa político y financiero para el país, un sólido apoyo partidista y hasta un mínimo de estabilidad. Además, su fracaso como proyecto dentro de la dictadura militar es, en buena medida, dictado por las sucesivas intentonas revolucionarias del *reviralthismo* entre 1927 y 1931. Sobre todo por sus sucesivas derrotas en cuyos rescoldos se apoyaran siempre los avances de la derecha salazarista.

El declive inexorable de la derecha republicana civil y militar supondría el fin al que ya antes aludíamos: parte de ella se vuelca en apoyo de la conspiración *reviralthista*; otra parte, la inmensa mayoría, va a negociar con el salazarismo las condiciones para su integración en el nuevo régimen y las contrapartidas a obtener por entregar el poder a Salazar y hacer que la tropa regrese a los cuarteles. La rendición del liberalismo, como vimos, fue la última puerta a flanquear para la implantación del *Estado Novo*.

Finalmente, ya en el marco del agudo combate interno que se produce dentro de la dictadura militar, emerge con notable influencia política la derecha



fascista. Esta derecha radical, pequeño-burguesa, de discurso “revolucionario” inflamado, plebeya y populista a pesar de algunas intentonas esporádicas de afirmación en el pos-sidonismo, es, en cuanto manifestación autónoma significativa, un fenómeno relativamente tardío en Portugal.<sup>59</sup>

Sólo aparece como fuerza política relevante a partir de 1927 con la Liga del 28 de Mayo, de vida irregular, pero sobre todo, con el Movimiento Nacional Sindicalista, creado en 1932 a partir de la Liga, y que el gobierno de Salazar intentó en todo momento domesticar. El movimiento está liderado por Rolão Preto, que se pone a la cabeza de sus camisas azules de cinturón y talabarte, brazalete con la cruz de Cristo y el saludo romano, imitando las milicias fascistas y nazis. El Movimiento Nacional Sindicalista conquista una rápida y notable influencia en la juventud académica integralista, en el *tenientismo*<sup>60</sup> radical, en los periodistas y en la joven intelectualidad urbana de derechas, penetrando hasta en algunos medios académicos conservadores de Coimbra y Lisboa. Ataca las tibiezas del “dictador catedrático”, los compromisos de la situación, se opone a la constitucionalización del régimen y a la continuación de la dictadura y de la Revolución Nacional. Desde el Algarve a Vila Real pasando por Évora, Santiago de Cacém o Coimbra, los camisas azules entran en colisión con los caciques locales de la Unión Nacional o con los *reviralhistas* y sindicalistas. Se manifiestan, desfilan en el *28 de Mayo*, hacen banquetes con centenares de personas en las principales ciudades, provocan trifulcas con tiros y peleas callejeras, desafían el consenso y el liderazgo salazarista en las derechas, radicalizando su discurso antiliberal y anticomunista, ostentando una retórica agresiva, populista y obrerista y apelando a la violencia.

La popularidad del Movimiento Nacional Sindicalista en 1933, año de relativa libertad de movimientos y de tantas esperanzas, es apreciada con clara desconfianza por parte las elites políticas, económicas y militares de una oligarquía que tenía en la sangre el virus del miedo a la agitación, incluso cuando adquiriría tintes contrarrevolucionarios. Y que se había habituado con éxito a confiar en instituciones tradicionales como la Iglesia, el Ejército o las

---

59 Cf. António Costa Pinto *Os Camisas Azuis. Ideologia, Elites e Movimentos Fascistas em Portugal, 1914-1945*. Lisboa, Teorema, 1994.

60 La joven oficialidad –los “cadetes” de Sidónio Pais y los “tenientes de Mayo”– se distinguieron por su radicalismo autoritario y jugaron un papel fundamental en el triunfo y sostenimiento de la dictadura. (N.T.)



autoridades del Estado para defender sus intereses, por lo que ven con gran reticencia ese sospechoso milicianismo desordenado que no controlan. Esto lleva a Salazar desde finales de ese año, pero sobre todo en 1934, a una operación simultánea de escindir y atraer a los elementos prosalazaristas (creación de la Acción Escolar de Vanguardia, ruptura en la dirección del Movimiento Nacional Sindicalista, edición del periódico *Revolução Nacional*) y de neutralización de sus sectores más radicales, aquellos que no aceptan la integración en el régimen. El proceso de cerco y aniquilamiento culminará en julio de 1934 con la disolución del Movimiento Nacional Sindicalista, y la absorción de la mayoría de los camisas azules en las estructuras milicianas, de propaganda y sindicales del *Estado Novo*, donde desarrollarán un papel central en el proceso de fascistización del régimen en la segunda mitad de los años treinta.<sup>61</sup>

El *Estado Novo* va a nacer y va a asegurar su permanencia gracias a la articulación y el equilibrio de estas cinco derechas, del arte de saberlas unir y dirigirlas hacia la toma del poder y conservarlo de forma duradera.

Esta derecha de la derecha va a conocer desde 1932-1933, aunque acelerado en la segunda mitad de los años treinta, un proceso de fascistización que llevará, tal como ya pasó en la Italia mussoliniana o lo que pasará en la España franquista, a la transformación/sumisión de las derechas de origen no fascista (fundamentalmente los católicos y los liberales conservadores) en sectores de apoyo a las dictaduras de nuevo cuño que emergen por entonces con éxito por toda Europa. Es la profundidad del proceso de “rendición” al que antes nos referíamos. Un vértice fascistizante en gran medida potenciado, como bien resalta Manuel Loff<sup>62</sup> en un trabajo reciente, por la presión de un “orden nuevo” internacional victorioso en esa batalla decisiva contra la democracia, el socialismo, el comunismo y los valores antifascistas en general que estalla en la guerra civil de España entre 1936 y 1939.

La Unión Nacional, fundada en 1930, sería la plataforma de organización de ese consenso entre las derechas de la derecha portuguesa bajo la autoridad tutelar del “jefe”. No siendo un partido para el asalto del poder, funcionaba

---

61 Cf. Fernando Rosas, “O Salazarismo e o Homen Novo...”, art. cit.

62 Cf. Manuel Loff, *As Duas Ditaduras Ibéricas na Nova Ordem Eurofascista (1936-1945). Autodefinição, Mundovisão e Holocausto no Salazarismo e no Franquismo*. Tesis de Doctorado presentada en el Instituto Europeo de Florencia, Febrero 2004. Mecanografiada.

casi como una especie de dirección general del ministerio del interior, afirmando en el discurso oficial como un no-partido e incluso como un anti-partido. Será, sin embargo, la curiosa modalidad de partido único del régimen portugués. En el marco de tranquilidad de una elite política y de una oligarquía preocupadas sobre todo por el orden, la estabilidad, la disciplina y la obediencia el partido se debía ocupar de estructurar tanto en el ámbito local como nacional la integración, el equilibrio y el arbitraje entre los diferentes sectores políticos y sociales que constituyen la plataforma viabilizadora del régimen. Pero más que a la movilización, siempre coyuntural y difícil, le corresponde bajo la tutela del gobierno (al contrario de lo que ocurrirá en otras experiencias fascistas) garantizar el consenso que asegura la permanencia del *Estado Novo*.

Esta misma preocupación por el equilibrio y la administración del consenso entre los diversos sectores de la derecha política y de la derecha de los intereses se expresará también a nivel institucional, en la constitución y funcionamiento de la Asamblea Nacional. Este órgano, formalmente parlamentario, siempre fue percibido con incomodidad por Salazar y por la ortodoxia corporativa, al considerarlo una cesión transitoria al liberalismo aunque, curiosamente, nunca se tocó durante todo el largo período de vigencia de la Constitución de 1933. No sólo porque en la coyuntura de la segunda posguerra contribuyó a transformar sin esfuerzo un régimen imperfectamente corporativo en un régimen aparentemente semiparlamentario, sino, sobre todo, porque la Asamblea Nacional se convirtió en aquello que Salazar siempre pretendió que fuese: una cámara de concertación y acuerdo entre las distintas sensibilidades e intereses que sostenían el régimen. En la Asamblea, después de quedar firmemente establecido el principio de no discusión política acerca del *Estado Novo* y de su líder, pueden discutirse, a veces incluso de forma vigorosa, los encuentros y desencuentros en las pretensiones de las diferentes derechas de la derecha portuguesa.

Al final, toda la “larga marcha” de Salazar hacia el poder entre 1928 y 1932, que tiene como punto de partida su política de equilibrio presupuestario, se puede resumir en ese proceso de integración/exclusión en relación a las distintas corrientes de la derecha. Acaba incorporando a esa plataforma sustentadora del *Estado Novo* y de su propia permanencia en el tiempo a la mayoría, excluyendo o neutralizando a los sectores más puristas o radicales de cada una de ellas. Y, con esto conseguido, busca, como vimos, primero el apoyo negociado y después el control político de las fuerzas armadas.

### 2.3. LOS DIVERGENTES CAMINOS DE LA “REVOLUCIÓN SOCIAL”: SOCIALISTAS, ANARCO-SINDICALISTAS Y COMUNISTAS

Una tercera vía de contestación del sistema liberal oligárquico, en la que sin embargo no se pone en tela de juicio la herencia de la Revolución Francesa, piensa que la forma moderna de continuarla es hacer la revolución social anti-capitalista, pues conseguiría la emancipación del trabajo asalariado de la explotación del capital y destruiría el estado burgués. También en Portugal y obedeciendo a la cronología general de los demás países de la Europa *late comers*, los caminos propuestos para alcanzar ese *desideratum* fueron diferentes.

Las primeras organizaciones políticas autónomas del proletariado industrial, todavía incipiente y profesional, surgirán de los rescoldos de la Comuna de París (1871), bajo la influencia de la Asociación Internacional de los Trabajadores Portugueses (I Internacional), que da origen en enero de 1875 al Partido Socialista, con José Fontana, Batalha Reis, Antero de Quental o Nobre Guedes como más destacados fundadores y primeros dirigentes históricos.

Las divisiones internas que atraviesa la Internacional Obrera llegan a la “región portuguesa” de forma algo vaga y doctrinalmente confusa, pues los socialistas portugueses se dividen entre “posibilistas” y “marxistas”, pero no tienen diferencias sustanciales de actuación. A pesar de eso, el Partido Socialista va a desarrollar a largo de las dos últimas décadas del siglo XIX un notable trabajo de organización de los trabajadores en “asociaciones de clase”, cooperativas, asociaciones culturales y de recreo, mutualidades, etc, a lo que se unen las primeras luchas reivindicativas y huelgas. De forma evidente, el proceso de industrialización y de proletarización había hecho emerger la “cuestión social”.

Este nuevo proletariado industrial, sobre todo en su expresión fabril, se concentraba fundamentalmente en las regiones de Lisboa y del margen sur del Tajo, en el corredor industrial que va desde São João da Madeira e Ílhavo hasta el valle del Ave y en pequeñas islas industriales, algunas bastante antiguas como Marinha Grande, Covilhã, Silves, Olhão, Portimão. En Lisboa floreció a principios del siglo XX una industria más moderna y diversificada, producto de la expansión urbana (transportes públicos, teléfonos, telégrafos, electricidad, gas, abastecimiento de agua, alimentos, construcción civil), lo mismo que en los pueblos ribereños del sur del Tajo (corcho, construcción naval, metalurgia y metalomecánica, químicas). La especialización regional era mucho más acentuada en otras zonas (sombrererías en São João da

Madeira, cerámica en Ílhavo, textil del algodón en Ave, lanas en Covilhã, vidrio en Marinha Grande, conservas de pescado en el Algarve y en Setúbal, corcho en Silves).

No es esta la única diferencia. En Lisboa y en la margen sur el proletariado industrial tiene un peso creciente en el sentido riguroso del término, o sea, totalmente separado de otros medios de producción (como la tierra o la pesca), y viviendo exclusivamente de la venta de su fuerza de trabajo. Esto conforma una masa proletaria tendencialmente más dispuesta a luchar colectivamente por sus derechos, con mayor sentido de la fuerza de la unión, progresivamente más consciente de sus intereses y capacidades de lucha. Una característica compartida en los bastiones industriales y proletarios más antiguos, aunque poco urbanizados como Marinha Grande o Covilhã. El contraste con el norte y con otras regiones obreras es grande, pues aquí predomina un semiproletariado industrial todavía unido a la pequeña explotación agrícola a la que sirve de complemento a los salarios, y que por esa misma razón recibe una remuneración por debajo de los costes de reproducción de la fuerza de trabajo. Es una masa en la que predomina una mentalidad pequeño-campesina más permeable a la acción del paternalismo patronal y una menor disposición hacia la lucha social.

Hay tres características comunes a las realidades sociales de la industria en los inicios del siglo XX. Primero, el carácter socialmente minoritario y regionalmente localizado del proletariado industrial (según el *Inquérito Industrial* de 1917 sólo había unos 130.000 obreros industriales). Segundo, el peso abrumador del analfabetismo (es un proletariado joven y recién llegado del campo). Tercero, los bajísimos índices de preparación técnica o de especialización. Lo normal es el trabajo manual indiferenciado, lo que lleva frecuentemente a “importar” de las industrias extranjeras más avanzadas al trabajador especializado o a quien puede dirigir la producción. Será, precisamente, de este pequeño segmento de obreros especializados y de artesanos autodidactas, instruidos y politizados, de donde emergerá la elite dirigente del anarcosindicalismo portugués.

El modelo base del empresariado no es muy diferente: descapitalizado, con débiles capacidades técnicas y de gestión, casi totalmente dependiente de la tarifa aduanera, de la regulación de la competencia y, sobre todo, de los bajos salarios y de la sobreexplotación del trabajo.

Finalmente, hay que señalar el fuerte predominio del artesanado industrial sobre la producción mecanizada, lo que da lugar a procesos de trabajo

rígidamente jerarquizados, muy segmentados y de baja productividad. Según el ya citado *Inquérito Industrial* en 1917 no existían en el país más que seis fábricas con más de 1000 obreros, esto es el 0,1% del total, mientras que las de menos de 10 trabajadores representaban cerca del 70% del total de las empresas industriales.

No obstante el carácter localizado regionalmente, aunque sectorialmente poco concentrado, del crecimiento fabril y de la relativamente pequeña en términos cuantitativos clase obrera, que además estaba muy segmentada, la verdad es que desde bastante pronto sus asociaciones demostraron gran combatividad y capacidad reivindicativa. La fuerza de ese movimiento huelguístico (creciente en la transición del siglo) arrancará en mayo de 1891 al gobierno monárquico el primer paquete de conquistas sociales, destacando principalmente el reconocimiento del derecho de asociación sindical (a pesar de que las confederaciones nacionales y las huelgas siguen prohibidas).

Parece confirmarse en Portugal la hipótesis del historiador Adrian Lyttelton sobre las relaciones entre el elevado grado de exclusión y aislamiento de los trabajadores en relación al conjunto de la sociedad en los países industrialmente más atrasados y su disponibilidad para pasar a la “acción directa”.<sup>63</sup> En el caso portugués, esa disposición se hallaba seguramente potenciada en sus efectos y capacidad de presión por el factor de que el centro de mayor concentración y vigor combativo era precisamente Lisboa, la capital política del Portugal macrocéfalo donde todo se decidía.

Sea como fuese, este socialismo de tenor gradualista y reformista, políticamente zigzagueante entre la colaboración y la competencia con un republicanismo en alza desde el inicio del siglo XX que le roba la base social de apoyo en los grandes centros urbanos, permeable al equívoco galanteo de la corona para aislar a los republicanos; este partido socialista de adscripción intelectual y pequeño-burguesa va a comenzar a perder terreno a favor de la nueva corriente del radicalismo obrero influenciada a partir de 1905 por la Carta de Amiens de la CGT francesa: el sindicalismo revolucionario que, entre nosotros se va a amalgamar con la dimensión libertaria en las asociaciones de clase y en el asociativismo obrero.<sup>64</sup>

---

63 Cf. Adrian Lyttelton, “Italian Fascism”, in Laqueur, Walter (ed.), *Fascism: a Reader's Guide*. (s.l.), (s.n.), 1976.

64 Cf. João Freire, *Anarquistas e Operários: Ideologia, Ofício e Práticas Sociais. O Anarquismo e o Operariado em Portugal: 1900-1940*. Porto, Afrontamento, 1992.

Los sindicalistas revolucionarios de inspiración francesa, más sindicalistas, menos “políticos” y más moderados, mantenían claras divergencias con el anarco-sindicalismo más radical, marcado por la ideología libertaria. Pero es bajo la designación genérica de anarco-sindicalismo por la que se conocerá esta corriente sindicalista revolucionaria y libertaria volcada hacia la acción social y sindical. Antiestatistas, anticapitalistas, “antiteologistas”, racionalistas, autodidactas, autónomos contra cualquier jerarquía o autoridad grupal, partidarios de la “acción directa”, de la confrontación de clase sin intermediaciones, los anarco-sindicalistas rechazan la participación corruptora en el sistema electoral burgués, además, que en sí mismo excluye al grueso del proletariado al no admitir el derecho de voto a los analfabetos. Los anarcosindicalistas no reconocen la autoridad de las instituciones del Estado, denuncian el fisco y el militarismo y creen que la huelga general revolucionaria, momento culminante de la lucha y de la resistencia sindical al capitalismo, puede provocar la colectivización expropiadora de los medios de producción y su autogestión por vía sindical y la extinción del Estado. De este proletariado militante y autodidacta, que crea sus “escuelas-talleres” anima las universidades populares y da un papel central a la emancipación individual realizada por el acceso a las luces y al saber modernos, surgirá una cultura, una prensa y una notable elite de dirigentes obreros (Alexandre Vieira, Manuel Conceição Afonso, Pinto Quartim, Manuel Joaquim de Sousa, Perfeito de Carvalho, Carlos Rates, Mário Castelhana). Son todos ellos sindicalistas revolucionarios y ácratas que marcarán decisivamente toda la cultura del sindicalismo obrero durante la primera mitad del siglo XX.

Entre los congresos sindicales y cooperativos de 1909/1911 y las conferencias sindicales de Lisboa y de Oporto en 1917,<sup>65</sup> el anarco-sindicalismo traba un duro combate, accidentado pero victorioso, por la progresiva hegemonía ideológica y organizativa del movimiento sindical.. Dos factores parecen fundamentales para explicar la derrota histórica del socialismo reformista portugués en esta competición por el liderazgo.

Por un lado, la inexistencia del sufragio universal masculino, que dejaba sin derecho de voto a amplios sectores del proletariado lo que hacía impracticable una representación y una acción parlamentaria significativa del Partido Socialista en la lucha por las reformas sociales. La posibilidad de

---

<sup>65</sup> Cf. Maria Alice Samara, *Sob o Signo da Guerra: “Verdes e Vermelhos” no Conturbado ano de 1918*, Lisboa, Editorial Notícias, 2002.

hacer visible las protestas y reivindicaciones sociales en el Parlamento y hacerlas compatibles con intereses antagónicos en el marco de funcionamiento del estado democrático; esto es, la posibilidad de un cierto simulacro de integración del sindicalismo, estaba bloqueado por la restricción del sufragio. Con ello se hacía inviable cualquier papel significativo de partido de encuadramiento y contención que pudiese querer atribuirse el partido socialista, tal y como pasó cuando lo vuelve a intentar en la inmediata posguerra en 1919 cuando los socialistas –el “camarada Augusto” de nombre Augusto da Silva– se responsabiliza, aunque por poco tiempo, de la nueva cartera de Trabajo.

Por otro lado, y tal vez por eso, durante la República, el partido socialista va a tender a apoyarse en el PRP buscando persistentemente el estatuto de interlocutor político fiable, aunque ello tiende a apartarle de una gran masa que considera que los políticos y el nuevo régimen no le ofrece nada beneficioso. La crisis subsiguiente a la participación de Portugal en la Gran Guerra, con el partido socialista oficial alineándose con el belicismo y distanciándose de las luchas sociales y del sindicalismo, será el golpe de gracia en su esperanza de poder llegar a recuperar un papel determinante en la evolución del movimiento obrero. Sea como fuere, es en este período en el que se desvanecen las ilusiones o las expectativas proletarias en una República pequeño-burguesa, acosada y sin medios ni voluntad para una política de diálogo integrador y que, como antes se vio, nunca consiguió percibir la cuestión social más que como un problema de “orden público”. Por eso va a perder el apoyo del proletariado urbano, base esencial del bloque social del 5 de octubre.

Las prisiones masivas, la utilización de armas para la represión de las manifestaciones, el asalto y cierre de las asociaciones de clase y de la Casa Sindical o el cierre de publicaciones sindicalistas van a ser respuestas frecuentes al incremento de las huelgas obreras de Lisboa y de la margen sur a partir e 1911, a las primeras huelgas de los asalariados rurales alentejanos en 1912, a las primeras “paralizaciones generales” de solidaridad y a los primeros ataques proletarios con bombas que se producen entre 1911 y 1913. En el período de cierta distensión de 1914 se produce en el Congreso de Tomar el compromiso entre las huestes descabaladas del anarco-sindicalismo y un partido socialista que acusa los efectos de la represión, creándose la primera central sindical portuguesa: la Unión Obrera Nacional (UON). Para Alfonso Costa –conocido como el “quiebra-sindicalistas”– y el PRP, los obreros y los sindicatos anarco-sindicalistas hacían el juego a la reacción monárquica, por



lo que eran tratados mucho peor que ella. Nuevamente con los alfonsistas en el poder durante la caliente primavera/verano de 1917, todavía en plena guerra, el gobierno combatirá con excepcional violencia la explosión huelguista y popular de protesta contra los terribles efectos sociales de la participación de Portugal en el conflicto.

La carestía, la falta de géneros, las epidemias, la muerte en las trincheras, la especulación y el acaparamiento, eran pesadas cargas pagadas y soportadas por los más pobres, para quienes lo único que la intervención en la guerra representaba era eso mismo, un calvario de hambre, malestar y miseria. Todo vendría a precipitarse entre mayo y septiembre de 1917, en un convulso proceso de revuelta social y de huelgas. La ola de asaltos populares a las tiendas de Lisboa y sus alrededores en mayo, las huelgas de la construcción civil, de la compañía de aguas y de los carteros entre julio y septiembre, las dos huelgas generales de solidaridad del 16 de julio y el 8 de septiembre, las prisiones masivas de millares de huelguistas, los encierros de sindicatos y de la Unión Obrera Nacional, el estado de sitio decretado en Lisboa durante la “revolución de la patata” en mayo, con un lastre de más de cien muertos en la “reposición del orden” y la militarización de los trabajadores de correos, fueron sucesivos peldaños de una escalada de conflictividad política y social que tendrá su desenlace final en el “dezembrismo”.<sup>66</sup>

De forma que no nos puede sorprender que la política represiva del gobierno de Alfonso Costa lleve al sindicalismo revolucionario a apoyar el golpe *sidonista* de 5 de diciembre de 1917. Una luna de miel corta. Tan corta como el breve simulacro de populismo antiplutocrático protagonizado por Machado dos Santos a la cabeza del comisariado (después secretaria de Estado) de abastos y su diálogo con los sindicalistas de la Unión Obrera Nacional. El movimiento de protesta contra la guerra y sus efectos hace retomar la lucha y a partir de marzo de 1918 se agudiza el conflicto, ahora bajo el poder *sidonista*, que culmina en la precipitada y fracasada huelga general de noviembre de 1918, objeto de una campaña política e ideológica en defensa del orden y contra el peligro bolchevique y de una ola represiva sin precedentes en la corta historia del movimiento obrero portugués.<sup>67</sup> En realidad, la onda de agitación revolucionaria del fin de la Gran Guerra alcanzó a

---

<sup>66</sup> Dictadura de Sidónio Pais, surgida del golpe de Estado de diciembre de 1917. (N.T.)

<sup>67</sup> M.A. Samara, *op. cit.*



Portugal desde 1917, sin que ya pare después del intento de huelga general de noviembre de 1918. En febrero de 1919, el proletariado lisboeta, reconciliado momentáneamente con el republicanismo, parte al asalto de Monsanto contra el restauracionismo monárquico y a favor de la constitución republicana de 1911. La fuerza de su éxito le hace lanzarse a un proceso ofensivo de gran envergadura.

Las vacilaciones e ingenuidades de un movimiento sindical políticamente desarmado, que oscila entre amores y odios contradictorios en la búsqueda de quien le respete y respete sus derechos, no impiden el avance y crecimiento de esta ola reivindicativa y organizativa después de 1919. Este es el año de la fundación de la Confederación General del Trabajo (CGT) y del diario *A Batalha*, así como de la conquista, aunque ciertamente más retórica que real, de la ley de las ocho horas de trabajo. Pero supone también el inicio de una sucesión de huelgas de contenido más claramente radicalizado en la región de Lisboa/Setúbal, frecuentemente acompañadas por la colocación de bombas, lo que origina choques brutales con las fuerzas policiales y del propio ejército y la creación de tribunales especiales de “defensa social”. Después de una corta y frustrante tentativa inicial de la “Nueva República Vieja” de colaboración con el partido socialista para abordar de forma distinta las reivindicaciones obreras, la represión vuelve a imperar, ahora estrechamente unida a una radicalización de la respuesta de la patronal. La ola de agitaciones tiende, por tanto, a quebrarse por distintos motivos: los graves efectos sociales y económicos de la recesión internacional de 1921, la violencia de las persecuciones contra los huelguistas, el efecto seguramente desmovilizador de la “noche sangrienta” de 19 de octubre de 1921,<sup>68</sup> la inclinación hacia el terrorismo obrero por parte de los sectores más jóvenes y desesperados del sindicalismo, las divisiones que se perciben en el activismo obrero entre los sectores de vanguardia y la masa o entre el Partido Comunista Portugués y la Confederación General del Trabajo o la dificultad para continuar las luchas especialmente duras y, a veces, muy prolongadas. Todo esto lleva a un retroceso progresivo, a la desmovilización y a una creciente desindustrialización después del fracaso de la emblemática huelga ferroviaria que se prolonga desde septiembre a diciembre de 1920. La Confederación General del

---

<sup>68</sup> Cf. Sobre el ambiente político y social de la época, véase como contribuciones más recientes el dossier “Noite Sangrenta”, in *História*, nº. 39, pp. 22-45 con trabajos de Alice Samara, Joana Pereira y Pedro Ventura y una entrevista con António Reis.

Trabajo ya no puede oponer más que una reacción poco más que simbólica a la desaparición del “pan político”<sup>69</sup> en agosto de 1923. La misma incapacidad mostrará hacia las deportaciones forzosas a las colonias fijadas sin juicio para activistas sindicales acusados de vinculaciones con la Legión Roja y con el terrorismo obrero entre 1923 y 1925.

A pesar del espantajo de la “subversión social” argüido por los patronos y por los medios conspirativos de la derecha, el hecho es que la reacción militar del 28 de mayo de 1926 se va a producir mucho más debido al espacio vacío dejado por la desmovilización sindical que como respuesta a ella. La Confederación General del Trabajo y el movimiento sindical asistirán impotentes a la ola conspirativa y al *28 de Mayo*, no sólo por genuino desamor a esa República que creían de “asesinos” y de las “deportaciones” –los ferroviarios del sur y del sureste llegan incluso a apoyar el golpe militar– sino, también, por la incapacidad de ir más allá de una vaga amenaza de huelga general que nunca pudieron llegar a poner en marcha, ni siquiera para obstaculizar la deriva militarista que se adivinaba tras el alejamiento de Mendes Cabeçadas en junio de 1926.

Finalmente, los comunistas, surgidos como corriente política e ideológica en el inmediato rescoldo de la revolución rusa, no emergen en Portugal como partido de una escisión con el socialismo reformista, –tal y como ocurre en general en los países europeos occidentales– sino de una ruptura, inicialmente de contornos bastante difusos, con el anarco-sindicalismo. Más concretamente, surge de los sectores sindicalistas que creían poder y deber conciliar el ideal libertario con esa revolución llevada hasta el final por los bolcheviques. La Federación Maximalista de 1919 dará lugar al Partido Comunista Portugués, fundado en 1921 por obreros arsenalistas y de los sectores de empleados, habitualmente arrinconados por la Confederación General del Trabajo.

A pesar de la creciente e irremediable escisión que entre unos y otros comenzaron a abrir en el movimiento obrero (en 1923 sin salir todavía de la Confederación General del Trabajo, los sindicalistas y los sindicatos de obediencia comunista siguen a la Internacional Sindical Roja ligada a la

---

<sup>69</sup> “Pan político”, pan para las clases pobres cuyo precio era subsidiado por el Estado. Cf., Fernando Medeiros, *A Sociedade e a Economia Portuguesa nas Origens do Salazarismo*. Lisboa, A Regra do Jogo, 1978.

Internacional Comunista, después de una dura polémica con la Confederación General del Trabajo),<sup>70</sup> el PCP tendrá una escasa importancia política y social en el período agónico de la primera República.

Afectado por sucesivas divisiones internas y depuraciones, oscila entre el radicalismo libertario de la mayoría de sus dirigentes y fundadores y el seguidismo respecto de la izquierda republicana y hasta el *putschismo* radical, con una muy limitada asimilación teórica y práctica del marxismo-leninismo. Será preciso esperar a la bolchevización de 1929 promovida por Bento Gonçalves, ya en la clandestinidad, para que el partido esté mínimamente en condiciones de integrarse en la III Internacional. Aunque ello no le hace soltar esa pesada carga de tradición anarco-sindicalista que se mantiene hasta el 18 de enero de 1934.

Para anarco-sindicalistas y comunistas, la dictadura militar supone el fin de su existencia legal durante casi medio siglo. La participación de unos y otros en la revolución de febrero de 1927 en Oporto y en Lisboa, llevará al cierre de los locales y de la prensa de la Confederación General del Trabajo y del PCP y a la prohibición de sus actividades legales. El partido socialista, como en el *sidonismo* o en la primera República, gozará de tolerancia por parte de la dictadura hasta 1933 igual que los partidos republicanos, lo que les permitirá mantener cierta actividad legal. En ese año, el gobierno de Salazar permite que se reúna lo que será su último congreso. Después, se autodisuelve en términos prácticos, aunque sindicalistas socialistas continúan teniendo hasta 1934 una intervención sindical relevante. El *Estado Novo* y la Constitución de 1933 abrirán la larga etapa de la dictadura de partido único.

#### 2.4. LA AGONÍA DEL LIBERALISMO PORTUGUÉS Y EL PROCESO DE TRANSICIÓN HACIA EL *ESTADO NOVO*

Como hemos venido analizando, la sociedad portuguesa del primer cuarto del siglo XX parece no poder escapar a la tendencia que atraviesan otros países europeos económicamente periféricos y de liberalismo oligárquico, en los que el desenlace de la crisis del sistema liberal desemboca en situaciones autoritarias y de tipo fascista.

---

<sup>70</sup> Cf. César de Oliveira, *O Movimento Sindical Português: a Primeira Cisão*. Lisboa, Publicações Europa-América, s.d.

Fácilmente encontramos trazos de una estructura económico-social y de un sistema político comunes o comparables entre varios de ellos. Son países económicamente atrasados, poco o tardíamente industrializados, con oligarquías fuertemente enraizadas en los intereses de la tierra, del comercio interno y externo o de la banca, sus fuentes de acumulación por excelencia, donde las soluciones derivadas de las crisis económicas empujan hacia soluciones drásticas de intervencionismo estatal en la economía y en la sociedad. Una intervención que se sustancia protegiendo mercados (o asegurándolos externamente) y la producción nacional, regulando administrativamente la competencia, reduciendo por la fuerza los costes salariales a un nivel de subsistencia, asegurando la estabilidad de la moneda y haciéndose cargo, directa o indirectamente, de la financiación pública de las actividades privadas. El ambiente de sucesivas crisis internacionales (1890-1891, la Gran Guerra, 1921 y sobre todo la gran depresión de 1929) refuerza esa tendencia a asegurar la autosuficiencia, hacia la autarquía, hacia el nacionalismo económico y el proteccionismo productivista. Y la debilidad de las economías, asociada a la segmentación de las clases dominantes, conduce a estrategias de recuperación y acumulación fundamentalmente asentadas, como presupuesto básico, en la sobreexplotación del trabajo, empujando, por eso mismo, hacia soluciones autoritarias y antidemocráticas en el plano político, y de disolución administrativa de la lucha de clases, o sea, buscando soluciones corporativistas en el plano social. Esa fue la naturaleza de la política económica y social del salazarismo hasta el final de los años cincuenta. Esa es la base del fuerte consenso existente entre las “fuerzas vivas” alrededor del régimen.

Por otro lado, el subdesarrollo económico, la subindustrialización y el arcaísmo social producen otros efectos fundamentales para el bloqueo del cambio político y económico. Fundamentalmente, la inexistencia en Portugal hasta los años sesenta de una clase media numerosa y próspera, base de soporte indispensable a los procesos de modernización política y cultural y factor importante de movilidad social. El peso social y político de un amplio y mayoritario mundo rural atrasado y miserable, ahogado por el analfabetismo, presa fácil (en Portugal, en España, en el sur de Italia) del caciquismo y de la influencia de la Iglesia Católica en el “cerco” a los polos urbanos (o rurales como en Italia y España) de masificación y participación política. Y funcionando siempre como contrapeso objetivo o instrumental de resistencia al cambio político y a la modernización económica y social por parte del ultramontanismo y de los conservadurismos nostálgicos del pasado.

Finalmente, la naturaleza de las elites. Véase el caso portugués: elites muy pequeñas, poco diferenciadas, oligarquizadas y separadas de la sociedad, obcecadas por el mantenimiento de sus privilegios y poder a cualquier precio y, por eso mismo, profundamente insensibles cuando no abiertamente hostiles a los impulsos modernizadores de la sociedad, tienden a asegurar su permanencia por el cierre del sistema, esencialmente por la restricción del voto, por la limitación de las libertades públicas y por la crispación represiva. Es preciso entender que en las sociedades de liberalismo oligárquico, la rotación o alternancia de las elites se realizaba por acuerdos y combinaciones de naturaleza no democrática, en los que la urna era una vaporosa cortina para la manipulación caciquil y el fraude electoral. Por eso las elites se obstinan permanentemente en no depender para su supervivencia y reproducción del sufragio genuino de los ciudadanos electores. Por eso tampoco están generalmente dispuestas a arriesgar su posición con reformas democratizantes frente a las amenazas derivadas de la masificación de la política. El reformismo, sobre todo el reformismo político, no estaba, o sólo lo estaba muy raramente, en la cultura política o en el catálogo de soluciones de permanencia de las oligarquías y de sus elites en los países periféricos. Mucho más rápidamente se volvían hacia el ejército y hacia la Iglesia como asientos seguros de orden y de estabilidad.

De esta forma, son incapaces de modernizar. Están mucho más capacitadas para aguantar mientras las fuerzas emergentes no han acumulado todavía la fuerza suficiente para apartarlas del poder y gobernar. Esto originará en los dos grandes procesos de cambio político-institucional de la contemporaneidad portuguesa, del liberalismo al autoritarismo y de éste hacia la democracia, largos y complejos procesos de crisis, degeneración y descomposición, culminados siempre por rupturas violentas, por el recurso a la fuerza armada como forma de cambio. Desde el punto de vista de la historia política, El Portugal del siglo XX es así una sucesión de largos letargos y súbitas rupturas, propias de sociedades sin fuerzas endógenas con capacidad para generar procesos sostenidos de reforma y transición gradual. En ellas, el grado de pudrimiento del *status quo ante* es llevado a tal extremo que hace inviable la transición pacífica, lo que hace también que esa ruptura se produzca casi sin obstáculos o resistencias político-militares significativas, como algo inevitable. Es un orden que no se adapta por el cambio, se agota totalmente hasta volverse esencialmente inadecuado, convirtiendo el golpe de fuerza en algo simultáneamente indispensable y consensual. Así ocurrió con la caída de la

monarquía en 1910, en el 28 de mayo de 1926 y en el derrumbe del *marcelismo* el 25 de abril de 1974.

Debe ponerse de manifiesto que la llegada del *Estado Novo*, lejos de representar la victoria de una voluntad de modernización política y económica, esto es, de sentido democratizante y desarrollista, frente al agotamiento del liberalismo oligárquico en su doble vertiente monárquica y después republicana, va a expresar una compleja coalición de fuerzas económicas, sociales y políticas dominantes que apuestan, básicamente, por una solución de fuerza antidemocrática al nivel del Estado para asegurar el restablecimiento financiero y económico del país. Lo que debía entenderse por esto fue como veremos durante mucho tiempo y al hilo de las distintas coyunturas, objeto de desavenencias, contradicciones y equilibrios inestables entre los distintos sectores de la oligarquía, severamente tutelados por la autoridad arbitral del Estado.<sup>71</sup>

Además de esto, se va a producir una tensión permanente entre los que veían en la dictadura un instrumento vital para la defensa y el mantenimiento del *statu quo* e, incluso, un regreso utópico a un mítico pasado de armonía y grandeza, y los que la consideraban como una especie de despotismo ilustrado liderado por la elite tecnocrática para, a golpes de fuerza y autoridad si fuese necesario, desbrozar las resistencias inútiles de los caminos del desarrollo económico, la industrialización y la modernización agraria. De ello resultaría esa especie de esquizofrenia estratégica que marca el desarrollo de la sociedad portuguesa seguramente hasta el final del *marcelismo*: un crecimiento económico real, aunque tamizado constantemente por el miedo al riesgo, a la agitación social, a la competencia, a la libertad política. O sea, industrialización sin reforma agraria, crecimiento sin justicia social, progreso material sin democracia política.

Estas realidades, naturalmente, estuvieron presentes como plano de fondo marcando los aspectos específicos más sobresalientes de la crisis del liberalismo portugués o, si se quiere, de la génesis del ciclo autoritario del *Estado Novo* en Portugal.

En primer lugar, también en la sociedad portuguesa se trata de un proceso particularmente prolongado y difícil en cuanto a su resolución final: no sólo la agonía del sistema liberal se prolonga de 1890 a 1926, es decir, durante

---

71 Cf. Fernando Rosas, *O Estado Novo nos Ans Trinta, 1928-1938*. Lisboa, Estampa, 1986.

más de tres décadas (dándose entre medias un intento de regeneración democrática republicana), sino que incluso después de la caída de la primera República entre 1926 y 1933/34 se asiste a un complejo proceso de transición hacia el *Estado Novo*, a una prolongada lucha política entre las diferentes corrientes existentes en el seno de la dictadura e, incluso en una fase inicial, entre ellas y la fuerte resistencia de los *revivalhistas*.

Ese comportamiento, esa dificultad en lo relativo a las elites políticas de la derecha y a las “fuerzas vivas” parece ser particularmente característico de la clase dominante portuguesa del primer cuarto del siglo XX: fuertemente alcanzada por la crisis del sistema, globalmente débil y dependiente, muy segmentada, sin sectores claramente capaces de hegemonizar un programa económico propio o de generar los correspondientes movimientos políticos. Y a consecuencia de todo ello, fuertemente dividida en una lucha desesperada por la defensa de sus intereses. Más por todo eso, obligada necesariamente también a conjugar fuerzas —a través de laboriosos esfuerzos políticos y organizativos— para alcanzar las grandes metas de interés común. Para lo cual precisa irremediamente la intervención del Estado para sobrevivir y prosperar (y contra las reivindicaciones obreras, para que socorra a los sectores en crisis, para que regule la competencia, para que arbitre las desavenencias internas). Esta es la tarea que, precisamente, va a realizar con éxito el salazarismo.

Por eso mismo, y este es el segundo punto relevante, el prolongado proceso histórico de decantación, clarificación y articulación de los diferentes tipos de ideario y de estrategias de los diferentes grupos de interés y de las distintas derechas conducirá a la necesidad de la progresiva marginación de la cuestión formal (republicana/monárquica) del Estado a favor de una redefinición consensual de su naturaleza. Sólo esto permitirá la formación de un frente político de las derechas, la toma del poder y a largo plazo, su permanencia. Salazar, como ya señalamos, nunca olvidará la lección negativa de las causas del fracaso *sidonista*.

En tercer lugar, y a la inversa de los puntos de vista algo superficiales mantenidos usualmente, sigo pensando que el liberalismo portugués mostró una singular capacidad de resistencia a su liquidación, No sólo en el interior de la dictadura, donde como vimos parte de la derecha republicana bien implantada en ella no dejó de resistir hasta 1934 frente a lo que entendía ser una perversión fascizante y corporativa de la nueva situación política, en nombre de una república regenerada, ordenada y a la inglesa. Sino también

desde fuera de la dictadura, como demuestra el republicanismo de izquierda (junto a los sectores todavía activos del movimiento obrero), que recurre a una prolongada resistencia armada por medio de sucesivas (y sucesivamente más débiles y localizadas) revueltas civiles y militares que se extienden entre 1927 y 1931 con un postrero y localizado asomo en 1933, a veces con enfrentamientos especialmente violentos. Las derrotas del *revilharismo* vendrían a funcionar además, como factor importante del fracaso de las maniobras de la derecha republicana dentro de la dictadura, reforzando las corrientes de la derecha autoritaria y antiliberal en un proceso que Salazar acabó capitalizando hábilmente en provecho de su camino hacia el liderazgo en el poder.<sup>72</sup>

Finalmente, como ya se vio, no sería una tarea fácil para la dispersa y dividida derecha portuguesa barrer el peso político e ideológico de más de un siglo de tradición liberal. Incluso parte de ella fue formalmente incorporada (o mantenida) en las instituciones y en los símbolos del nuevo régimen. Pero la derrota final del republicanismo y del movimiento obrero se consume en 1934, cuando al ocaso de la resistencia *reviralhista* en 1931 se une tres años después la derrota del intento de huelga general revolucionaria del *18 de Enero* contra la fascistización de los sindicatos. Esto es, contra la liquidación de la libertad sindical todavía existente. Este desenlace tendrá efectos devastadoramente duraderos en los movimientos sociales y políticos de resistencia. La represión política y social de la segunda mitad de los años treinta enviará al exilio o a la deportación a gran parte de la elite del republicanismo radical y decapitará el movimiento obrero en lo que respecta a esa generación de dirigentes provenientes de la República y de la posguerra, estableciendo un corte radical en términos de personas, de ideas y hasta de memoria con los jóvenes activistas comunistas provenientes de la militancia antifascista y neorrealista de finales de la década, surgidos de la solidaridad hacia la España republicana o en las luchas de la segunda guerra mundial, cuando se vuelve a reorganizar y a refundar el PCP. Una derrota que sumerge a las oposiciones al *Estado Novo* en una posición subalterna de la que sólo lograrían salir en la importante coyuntura de crisis política de la segunda posguerra mundial.

Así se explica que prácticamente hasta la guerra colonial y la agonía del salazarismo en la década de los sesenta, y si exceptuamos esos momentos de

---

<sup>72</sup> Cf. Luís Farinha, *O Reviralho: Revoltas Republicanas contra a Ditadura e o Estado Novo, 1926-1940*. Lisboa, Estampa. 1998.



crisis (1945/46 en el rescoldo de la guerra, o 1958/62 bajo el impacto del *delgadismo*<sup>73</sup>), la evolución del *Estado Novo* esté mucho más determinada por lo que ocurre en su interior, es decir, por el juego de equilibrios y desequilibrios entre las fuerzas sociales y políticas que constituían su base de apoyo, que por cualquier necesidad de responder a las presiones o amenazas político-sociales de las oposiciones por otra parte, siempre silenciadas y perseguidas.

Y es posible que en algo haya contribuido esa relativa ausencia, la evidente ausencia de esa “amenaza” o de ese estímulo, a la falta de capacidad histórica del régimen para “desequilibrarse” en el sentido de su propia reforma. Cuando el *marcelismo* lo intentó hacer ya era muy tarde: los peligros eran mucho mayores y el régimen no pudo o no supo ya vencerlos.

---

<sup>73</sup> Relativo al movimiento opositor desatado por la campaña del general Humberto Delgado en las elecciones presidenciales de 1958. (N.T.)



### 3. *ESTADO NOVO*: EL LARGO CICLO DEL AUTORITARISMO

Como antes se sugirió, es cierto que la longeva dictadura salazarista va a condicionar decisivamente hasta los años sesenta, la estabilidad de la matriz de opciones políticas e ideológicas surgidas en el proceso de crisis del liberalismo. La derecha, por el imperativo de defender y hacer durar el régimen. La izquierda —y téngase en cuenta que la “izquierda” pasa a definirse por la oposición al *Estado Novo* incluso cuando esa oposición es realizada por liberales de derecha— por la preeminencia y la prioridad de la tarea común de acabar con ella. De un lado y de otro, la cuestión de la supervivencia del régimen es lo que guiará las creencias, las tácticas y las luchas, en un marco de referencias esencialmente heredado de los años treinta, aunque transformado internamente en el peso relativo de sus componentes por las sucesivas sacudidas de las distintas coyunturas históricas.

Esto no significa, sobre todo cuando llega la segunda posguerra y los ineludibles procesos de internacionalización de las economías y de las ideas, que este Portugal autárquico y dictatorial fuese inmune al exterior. No lo consiguió ser. Ni en el interior del régimen, donde despuntan prudentes iniciativas reformadoras, ni, sobre todo, en las oposiciones claramente marcadas, por ejemplo, por el impacto de la guerra fría en los años cincuenta o por los terremotos revolucionarios de los años sesenta. Quiero significar únicamente que, a pesar de esto, en lo que respecta a las oposiciones, el aislamiento del exterior, el estrangulamiento de las libertades de expresión y asociación y después las exigencias de la resistencia a la persecución política y policial, las necesidades de la lucha clandestina y las prioridades de la “unidad antifascista”

condicionaron la lógica diversificación, competición y divergencia entre las fuerzas políticas.

Por otro lado, el estrecho (y sólo puntualmente cuestionado) principio de incontestado liderazgo de Salazar en la coalición de fuerzas de derecha que mantenían el régimen acabó por producir un efecto semejante en el campo situacionista hasta la desaparición política del eterno presidente del Consejo. Un debate y competición que en sí mismos, en un campo o en otro, eran condenados o prohibidos por el *Estados Novo*, por lo que sólo se podían producir en las difíciles condiciones de la actividad política ilegal o coyunturalmente tolerada, o en el discreto mundo de las apariencias entre los bastidores del régimen.

### 3.1. LA DERECHA DE LAS DERECHAS

Pienso que hoy es un hecho asumido por la historiografía portuguesa la importancia en la distinción de las distintas derechas del heterogéneo movimiento de reacción antiliberal y autoritario del primer cuarto del siglo XX (y más allá de él), especialmente para la comprensión de los orígenes y evolución del *Estado Novo*.

En las cruciales crisis del liberalismo posteriores a la implantación de la República —la crisis de la Gran Guerra, la crisis de inicios de los años veinte— las diferentes derechas confluyen y en cierta medida se confunden en un equilibrio inestable para en un primer momento conspirar y derrumbar el régimen.

Pero las divergencias entre los diferentes proyectos y el conflicto de intereses se ponen de manifiesto cuando se trata de establecer las bases doctrinales y las orientaciones políticas del nuevo poder. Sin tomar en consideración esta diversidad de intereses convergentes pero contradictorios, difícilmente se comprenderá el fracaso de la experiencia *sidonista* de 1917/18 o la razón del prolongado y complejo proceso de transición de la dictadura militar hacia el *Estado Novo* (1926/1933-34). Y, sobre todo, pienso yo, escaparían tres aspectos esenciales para comprender el fenómeno histórico del salazarismo:

- En primer lugar, la razón de ser de su éxito en la lucha intestina de la dictadura militar, entre 1926 y 1933-34, resultante, precisamente, del hecho de que Salazar al realizar con éxito la síntesis de la experiencia de éxitos y fracasos de las derechas portuguesas, consigue finalmente

establecer y arbitrar una coalición estable de sus diferentes corrientes e intereses, dándoles unidad y capacidad operativa suficiente para tomar el poder e instituir un nuevo régimen. Un régimen de alianza y compromiso entre las distintas derechas de la derecha.

- En segundo lugar, la propia longevidad del *Estado Novo*, aquello que habría sido el arte supremo de Salazar, el “saber durar” exactamente a través de la adaptación constante a las sacudidas de las diferentes épocas y coyunturas históricas, de ese cuidadoso tejido de equilibrios económicos, sociales y políticos. Obviamente, hasta conseguir hacer de ello un proyecto históricamente viable. Una gestión del poder como adelante veremos con mayor detenimiento, siempre presidida por la preocupación política de la seguridad, de la estabilidad y la permanencia como valores buenos en sí mismos, a los cuales se van a subordinar todos los aspectos de la vida del régimen y del país, desde la política externa al desarrollo económico.
- Finalmente, la propia naturaleza política, económica y social del régimen, resultante de esa esencia pactista: una dictadura fuertemente personalizada en un jefe incontestado, tutor paternal pero firme de un pueblo infantilizado y debilitado por la contaminación liberal. Tutor también de ese permanente equilibrio y arbitraje entre los distintos intereses de las clases dominantes (y entre éstos y los intermediarios) y las diferentes derechas de la derecha política. De todo ello surgía este curioso *Estado Novo* donde institucionalmente la apología del corporativismo y de su organización convivían con la permanencia semántica de una Asamblea Nacional de índole formalmente liberal-parlamentaria y donde, económicamente, las industrias de base se van creando a la sobra de la apología y de la defensa de los valores y de los intereses del mundo rural tradicional. Una situación que hipotecaría de forma decisiva el desarrollo económico del país a los imperativos del equilibrio y de la permanencia, e instalaría, en nombre de esa misma estabilidad y del orden, la supresión de las libertades fundamentales y la persecución política.

Pero, como ya vimos con anterioridad, el compromiso genético del Estados Novo con el republicanismo conservador, cuyo reflejo es el carácter semánticamente híbrido y de compromiso del texto constitucional fijado en 1933, que pronto se vació de contenido con la casi inmediata incorporación de lo esencial de ese sector dentro del régimen o su simple neutralización. A pesar

de no haber alteraciones significativas en la estructura fundamental de la Constitución hasta 1959,<sup>74</sup> la praxis de gobierno se orientará desde 1933 y en explícita consonancia con los principios del “nuevo orden” que se afirmaban en Europa, en un conjunto de direcciones precisas que caracterizan la naturaleza política del Estado Novo en los años treinta y cuarenta y que se prolongan en muchos aspectos esenciales, aunque con las inevitables adaptaciones, en la posguerra.

- Una dictadura férreamente centralizada, pues todos los aspectos relevantes del gobierno confluyen en la persona del jefe del gobierno –indudablemente es una de las dictaduras más fuertemente personalistas del siglo XX– con el vaciamiento de poderes de los órganos de soberanía formalmente elegidos (el presidente de la República y la Asamblea Nacional) y con el claro oscurecimiento del principio de división de poderes a favor de un reforzamiento absoluto del ejecutivo
- La supresión práctica de las libertades fundamentales de asociación, expresión y manifestación, sea en el campo político, sindical o cultural, pasando el ministerio del Interior a reglamentar y vigilar su ejercicio en un sentido drásticamente prohibicionista y restrictivo: la prohibición del derecho de huelga, la constitucionalización de la censura previa de prensa, radio y espectáculos; la selección político-ideológica en la admisión de los funcionarios públicos, fundamentalmente de los profesores, sujetos a información de la policía política (y obligados a partir de 1936 a un juramento anticomunista).
- La creación de un sistema de justicia política cuya espina dorsal es la policía política (PVDE: Policía de Vigilancia y Defensa del Estado de 1933 a 1945; PIDE: Policía Internacional y de Defensa del Estado de 1945 a 1970 y DGS: Dirección General de Seguridad hasta 1974), dotada de amplios y casi irrestrictos poderes de persecución, violación de correspondencia, escuchas telefónicas, prisión sin acusación formal y recurso a la violencia, a la tortura y a la arbitrariedad de forma sistemática. Las prisiones privativas y los tribunales especiales (militares y,

---

<sup>74</sup> En ese año, y bajo los efectos del “terremoto Delgado” en las elecciones presidenciales de 1958, Salazar consiguió imponer una revisión constitucional que acaba con el sufragio directo en la elección del presidente de la República. Su elección pasa desde entonces a estar asegurada, sin sobresaltos, por un colegio electoral constituido por los diputados de la Asamblea Nacional, por los procuradores de la Cámara Corporativa y por representantes de los municipios.

después de 1945 judiciales) serán los restantes vértices de este sistema centrado en la policía política.

- La institucionalización progresiva de la organización corporativa, de fuerte tenor estatizante y con tres principales áreas de encuadramiento e intervención: la regulación de los principales sectores de la vida económica en un sentido crecientemente dirigista, proteccionista y autárquico; el mantenimiento de la paz social por la supresión administrativa de la lucha de clases (prohibición de huelga, liquidación de la libertad sindical, creación de los sindicatos nacionales y de los gremios patronales; creación de los gremios de labranza y de las casas del pueblo para el mundo rural) y el control político e ideológico del ocio y tiempo libre de los trabajadores, ya fuese en el mundo urbano (con la creación de la Federación Nacional para la Alegría en el Trabajo) ya lo fuese en el mundo rural (a través de la Junta Central de las Casas del Pueblo y de las casas del pueblo).
- La instalación de un vasto y poliédrico aparato de propaganda e inculcación ideológica a todos los niveles de socialización (en la familia, en la escuela, en el trabajo, en el ocio) orientado hacia el designio totalitario de creación de un “hombre nuevo”<sup>75</sup> salazarista. Centrado en el Secretariado de Propaganda Nacional (SPN, creado en 1933) se desliza por el aparato del ministerio de Educación Nacional (esencialmente la milicia juvenil paramilitar, la *Mocidade Portuguesa* y la Organización de las Madres para la Educación Nacional, que tutelaba la milicia femenina, la *Mocidade Portuguesa Femenina*); por el aparato corporativo (con la Federación Nacional para la Alegría en el Trabajo y la Junta Central de las Casas del Pueblo); y por los servicios de propaganda específicos del ministerio de las Colonias (la Agencia General de las Colonias). Para ese propósito y también para la defensa militar del régimen, se establece especialmente la Legión Portuguesa, un milicia paramilitar creada en 1936. La “amenaza roja” al hilo de la guerra civil española contribuyó además a un evidente proceso de fascistización del régimen, principalmente tras la aparición de las milicias, la generalización del saludo romano y de la iconografía fascista, la radicalización del discurso político, una fuerte crispación represiva y hasta en el plano externo, en la

---

75 Cf. Fernando Rosas, “O Salazarismo e o Homen Novo.....”, art. cit.

adopción de un cuidadoso, pero no por ello menos real, distanciamiento de la alianza inglesa y una simultánea aproximación a las potencias del futuro Eje (la Italia fascista y la Alemania hitleriana, los grandes pilares de la insurgencia franquista en España).

- La celebración entre el *Estado Novo* y la Iglesia Católica de un importante pacto de alianza política e ideológica de la que el Concordato de 1940 es su expresión más emblemática. No obstante, se sigue manteniendo un régimen de separación, aunque en la práctica al abrigo del Concordato o más allá de él, la religión católica recibe el estatuto constitucional de religión de la nación portuguesa y se otorga a la Iglesia un régimen de privilegios como si fuera oficial. Especialmente, beneficios de exención fiscal prácticamente total y de monopolio de hecho en lo referente a la acción religiosa en la educación (en las escuelas en general y en las organizaciones de encuadramiento de las mujeres, de los jóvenes y de la familia en especial),<sup>76</sup> en el servicio social, en los hospitales, en las cárceles o en los cuarteles (se crea una jerarquía paralela de capellanes militares en las fuerzas armadas). La Iglesia Católica se presenta como el principal instrumento de difusión ideológica de los valores del régimen y de la legitimación espiritual del poder establecido. Fundamentalmente, en lo referente a la política colonial y el apoyo espiritual a la guerra colonial después de 1961. A pesar de la disidencia y de la oposición de muchos católicos y hasta de algunos obispos, la jerarquía en cuanto tal nunca se significará hasta la sustitución del cardenal Gonçalves Cerejeira, sino más bien como polo de resistencia, de denuncia de los abusos o de alternativa al régimen, sino como su activa colaboradora. Los contenciosos que tuvo con el Estado se referirán siempre a conflictos de competencias y de fronteras, donde lo esencial, esto es, la comunión ideológica y el apoyo político, nunca se pusieron en cuestión, salvo en aquellos conflictos y distancias creados ya en el período final del régimen durante el *marcelismo* (e inducidos sobre todo por las posiciones del Vaticano). La Iglesia institucional siempre hizo, y sólo hizo, lo que el régimen esperaba que hiciese, lo que permite hablar, a propósito del sistema concordatario, de un neorregalismo funcional en régimen de separación formal.

---

<sup>76</sup> Cf. Irene Flunser Pimentel, *História das Organizações Femeninas no Estado Novo*. Lisboa, Círculo de Leitores, 2000.



- La reformulación de la política colonial en términos “imperiales”, plasmada aún antes de que el *Estado Novo* se institucionalizara, en el Acta Colonial de 1930, una iniciativa legislativa del propio Salazar. Éste supone esencialmente la drástica centralización política, administrativa y financiera de gestión de las colonias en Lisboa y la definición de un concepto organicista y ontológico del “imperio”. Un todo indivisible con la cabeza en la metrópoli, a quien incumbía como misión de la providencia, como algo constitutivo de la “esencia orgánica de la nación portuguesa” la colonización y evangelización del “imperio”, en la tradición de los navegantes, santos y caballeros de la expansión. A pesar de ser sustentado por una intensísima propaganda del régimen, lo cierto es que en términos prácticos, el “imperio” es poco más que una retórica ideológica hasta la segunda guerra mundial. Representando un mercado importante de exportación para el vino común, para los paños de algodón y para otras industrias, las colonias tienen escasa relevancia ya sea como fuente de materias primas (hasta la guerra, el consumo de algodón, de las oleaginosas o el café colonial tuvo que ser impuesto a través de cuotas obligatorias para los consumidores metropolitanos), ya sea como destino de inversión pública o privada, en ambos casos muy limitados.

Con sus características particulares, filtradas por el caldo económico, social, cultural y político propio de la sociedad en el que emergía, el *Estado Novo* viene a ser la modalidad particular del fascismo portugués en esa Europa dramáticamente arruinada de la “época de los fascismo”.

### 3.2. “SABER DURAR” O LA PRIMACÍA DE LO POLÍTICO

A pesar de la naturaleza del régimen y de las enormes expectativas de cambio suscitados en Portugal por la victoria y por la crisis política que sacude el *Estado Novo* en la posguerra, Salazar va a conseguir sobrevivir derrotando a sus opositores, consiguiendo establecer durante más de una década un período de estabilidad y crecimiento económico y de reconocimiento y aceptación en el plano externo.

En pocas palabras diría que el régimen sobrevive al impacto desestabilizador de la victoria de las democracias occidentales y de la URSS por cuatro razones principales. En primer lugar porque define y practica una hábil y versátil política de neutralidad, con el doble efecto de conseguir no verse

envuelto ni activa ni pasivamente en el conflicto (lo que hubiera sido fatal para la supervivencia del régimen) y llegar al término de la guerra en una situación de “neutralidad colaborante” con los vencedores. Esta circunstancia le valdrá el preciado apoyo anglo-americano en la crisis política del final de la guerra, cuando las oposiciones hacen de las simpatías profascistas y germanófilas del régimen una de sus principales banderas.

En segundo lugar, porque el salazarismo a pesar de las disensiones, amenazas de *putsch* y diferentes peligros, consiguió con algunas cesiones hechas al borde del precipicio (es el caso de los aumentos de sueldo de los militares en febrero de 1945) y siempre bajo la implacable batuta de Santos Costa, mantener a la cúpula de las fuerzas armadas en lo esencial fieles al régimen o, más prosaicamente, sosegados. Esto es fundamental porque impide el apoyo miliar a la oleada opositora y popular de descontento de 1945 y 1946.

En tercer lugar, porque consigue dirigir la represión de la agitación social y del movimiento huelguístico (1942, 1943 y 1944) de forma que consigue aniquilarlos antes de la irrupción de la crisis política (octubre de 1945), evitando la peligrosa fusión de dos procesos en una única gran oleada de protesta sociopolítica contra el régimen, que hubiera sido muy difícil de contener. Cuando aparece el Movimiento de Unidad Democrático y se desencadena la agitación política electoral del otoño e invierno de 1945, el movimiento huelguista había sido vencido por varios años, no obstante la fallida tentativa de reanimar los astilleros navales de Lisboa en abril de 1947.

Por último, porque la neutralidad había dado al país una posición privilegiada como plataforma de abastecimiento legal e ilegal de bienes de consumo y materias primas esenciales al esfuerzo de guerra (especialmente el volframio, las conservas de sardinas, las lanas o el calzado) de los dos beligerantes, lo que permitió una excepcional acumulación de riqueza pública y privada e importantes créditos sobre el Banco de Inglaterra. El oro, buena parte de él oro nazi,<sup>77</sup> y las divisas se vuelven esenciales en dos ámbitos fundamentales. A corto plazo, para pagar la política de importaciones masivas de géneros con las que Daniel Barbosa –“*Daniel das Farturas*”– vació el mercado negro y estabilizó los abastecimientos de géneros de primera necesidad y los respectivos precios entre 1947 y 1948, lo que le permitió desarmar la agitación

---

<sup>77</sup> Cf. António Louçã, *Hitler e Salazar. Comércio em Tempos de Guerra, 1940-1944*. Lisboa, Terramar, 2000.

política y social y pasar al contraataque gubernamental sobre las oposiciones a partir de 1947.<sup>78</sup> A medio plazo, ese capital público y privado con el recurso fundamental de la ayuda del Plan Marshall,<sup>79</sup> iría en gran medida aplicarse a la industrialización del país a partir de finales de la década de los cuarenta y en las infraestructuras que posibilitaron un nuevo tipo de exploración colonial.

El final de la segunda guerra mundial, marcado simultáneamente por la derrota del nazi-fascismo y por el “miedo al comunismo” que alimentaba la guerra fría, enfrentó a Occidente con un triple desafío estratégico: la democratización de la política, el desarrollo económico y social y la descolonización de los imperios europeos.

Políticamente, como vimos, el salazarismo sobrevivirá incólume a la crisis política y social de la guerra y del final de la misma, en buena medida escorado hacia los aliados anglo-americanos. El ambiente de la fase inicial de la guerra fría le otorga ahora una renovada legitimidad para evitar cualquier cambio político esencial. Y no sólo eso, sino hasta para ensayar una prudente reedición de los viejos tópicos del discurso autoritario, antidemocrático, nacionalista y corporativo, expurgados, claro está, de la comprometedor terminología de la propaganda de los años treinta. A los ojos de los dirigentes del mundo libre el pueblo portugués atrasado e inculto, no estaba preparado para la democracia y, a pesar de todo, vivía en orden bajo el yugo de un dictador benévolo y sabio, que lo hacía inmune del peligro principal que era el comunismo.

El mismo continuismo sería renovado y hasta reforzado, a comienzos de los años cincuenta, para la salvaguardia del imperio colonial, considerado desde el punto de vista estratégico como la retaguardia atlántica garantizadora de la soberanía portuguesa. El imperio y las colonias, por la revisión constitucional de 1951, se transforman semánticamente en ultramar y provincias ultramarinas. Portugal deja de ser una potencia colonial para convertirse en un país multicontinental, “uno e indivisible” desde el Miño hasta Timor. La reacción a la amenaza descolonizadora no será, sin embargo, sólo en el dominio de la retórica institucional y de lo formal.

---

<sup>78</sup> Cf. Fernando Rosas, *Salazarismo e Fomento Económico*, Lisboa, Ed. Notícias, 2000.

<sup>79</sup> Cf. Maria Fernanda Rollo, *Portugal e o Plano Marshall: da Rejeição à Solicitação da Ajuda Financeira Norteamericana, 1947-1952*. Lisboa, Estampa, 1994.

Por primera vez se inicia una verdadera exportación de capital para las principales colonias, o sea, una explotación colonial moderna con el Estado y el capital nacional privado, secundados por los flujos del Plan Marshall, invirtiendo masivamente en la explotación de las materias primas y en las infraestructuras. Además, se ensayan grandes migraciones de colonos blancos hacia Angola y Mozambique y el lusotropicalismo, tomado prestado de Gilberto Freire, sustituye al discurso de superioridad racial blanca como propaganda oficial del colonialismo portugués. En su inicio, la actitud del régimen salazarista en poco se diferenció de las principales potencias europeas. Pero al contrario que ellas, Salazar no extrae ninguna lección de las independencias de la India o de Indonesia, del desastre francés en Dien-Bien-Phu, del fiasco anglo-francés en la crisis de Suez o de la conferencia de no alineados de Bandung. Y cuando la ola descolonizadora llega a África, precipita al país en la aventura de una guerra colonial sin un final a la vista ni victoria posible y que, finalmente, se revelará fatal para el régimen.

En esta obstinada resistencia a la descolonización hay seguramente un gran peso de los poderosos intereses ligados a la explotación colonial, o la preocupación por el destino de las comunidades de colonos blancos en Angola y Mozambique. Pero esos factores también están presentes en las demás potencias coloniales que, sin embargo, acabaron cediendo. En el caso del salazarismo, estaba en cuestión algo más: una concepción ideológica acerca de Europa y de la posición de Portugal en el mundo, que llevaba al dictador a entender que sin la retaguardia de los respectivos imperios en África la primera acabaría siendo irrelevante en el contexto internacional y el otro inviable como nación soberana. Existe también la percepción de que el inicio de un proceso de descolonización, incluso en un pequeño dominio secundario –la intransigencia en el contencioso con la Unión India a propósito del llamado Estado Portugués de la India es, a este respecto, ejemplar– arrastraría debido a un efecto dominó a la descolonización de todo el imperio, siendo muy probable que a ese destino no escapase el propio *Estado Novo*. Y eso hará que Salazar, después de un discreto debate interno entre las restringidas elites del régimen y de alguna negociación que lleva a cabo con Estados Unidos entre 1961 y 1963, cierre en esta fecha de forma drástica y definitiva todas las puertas que no fueran a desembocar en la defensa militar del ultramar y en la guerra. La política integrista, teniendo siempre como telón de fondo la prioridad del mantenimiento del régimen, asociada a la de la propia nación, comandada por una lógica de resistencia a ultranza, se impone, y frecuentemente de forma brutal, a todos los intentos por encontrar otras salidas. “La Nación se cumple, no se discute”.

Es cierto que entre la segunda mitad de los años cincuenta y los inicios de los años sesenta, al hilo de la expansión de los “treinta años de oro” del mundo occidental, la economía portuguesa crece a tasas sin precedentes, y superiores a la media europea, bajo el impulso de la industrialización, de la expansión de los nuevos servicios, del crecimiento urbano y de la apertura de los nuevos mercados de exportación con la adhesión a la EFTA. Pero también aquí es la política la que siempre prevalece. Lo que se pretende sugerir es que en el *Estado Novo* la ideología de la conservación y de la permanencia como valor en sí mismo prevalece sobre la economía y se antepone en relación a la misma seguramente hasta el final del salazarismo, lo que da coherencia, una coherencia específicamente política, a las decisiones económicas a veces aparentemente erráticas si son leídas exclusivamente según criterios de pura lógica económica. Quiere esto decir que la estrategia salazarista de conservación del régimen, o sea, la preocupación en no desestructurar el mundo agrícola tradicional y los equilibrios internos en el régimen, la obsesión por la estabilidad, la permanencia y el orden, el querer evitar rupturas subversivas, la preocupación en mantener el “vivir normalmente” van a acondicionar el tipo y los ritmos de la industrialización y del crecimiento económico.

Es indudable que la “economía real”, la “actuación descentralizada de millones de agentes económicos” tiende a reaccionar, a corroer, a rodear o eludir las decisiones de política económica que son contrarias a sus lógicas y dinámicas propias de crecimiento y prosperidad en el mercado. Sucede, sin embargo, que buena parte de esos “millones de agentes económicos” ya fuera en la agricultura, en el comercio o en la industria, no sólo aceptan esas medidas de protección, reglamentación, cartelización y condicionamiento decretadas por el Estado, sino que las exigen persistentemente. Y ello por la simple razón de que esas medidas constituyen condición necesaria para su supervivencia y sus posibilidades de acumulación. Para ellos, la estabilidad y el orden no son una retórica abstracta, constituyen las políticas financieras y económicas que las garantizan: el proteccionismo, el condicionalismo industrial, la prohibición de huelgas, etc. Y el *Estado Novo*, con ductilidad y equilibrio, se esfuerza en garantizarlas.

Esto no significa que a lo largo de la historia económica del *Estado Novo* no hubiese siempre un espacio condicionado para la iniciativa de los agentes modernizadores, o que en el período posterior a la segunda guerra mundial, a pesar de ciertos avances, retrocesos y limitaciones diversas, aún no hubieran logrado comenzar, con el decisivo apoyo del Estado a todos los niveles,

el proceso de industrialización de un país que se desarrolla con elevadas tasas de crecimiento durante los años siguientes. Incluso durante los años treinta, el *Estado Novo* nunca fue ese desierto de estancamiento económico que dibujara cierta oposición al régimen.<sup>80</sup> Al contrario, el régimen procuró conciliar las ineludibles dinámicas del crecimiento con la seguridad del mantenimiento de las “realidades de siempre” y de las verdades intemporales. Eso formaba parte de la propia esencia equilibradora de las políticas económicas del régimen, que al ser sensibles a las nuevas realidades del desarrollo del capitalismo en la posguerra, se fueron adaptando a ellas de forma prudente. Pero la verdad es que esta dinámica será siempre vigilada por razones políticas e ideológicas. Y eso no era una retórica abstracta y sin implicaciones prácticas en la economía real. Al contrario, tenía expresiones muy concretas, normalmente de carácter restrictivo en la regulación de la competencia, en el funcionamiento de los mercados, en la política presupuestaria, en las políticas de renta y precios, en las inversiones públicas, en la inversión extranjera, en las políticas educativas y de investigación y en las políticas sociales. Esto es, en último término, en las estrategias y en los ritmos de crecimiento. Sólo desde una curiosa suerte de metafísica neoconservadora es posible pensar que la economía real podía transformarse autónomamente al margen o contra los principales instrumentos de orden ideológico, político o de política económica y financiera que la condicionaban en todos los principales aspectos de su funcionamiento, como si no hubiese ninguna relación entre las políticas, los propósitos ideológicos del régimen y las polémicas de estrategia que originaban y la economía autónoma y descentralizada de esos “millones de agentes económicos”. Como si ésta creciese espontánea y magníficamente, como si nada tuviese que ver con la realidad circundante, como si no fuese en gran medida un resultado de la naturaleza política y económica del *Estado Novo*.

Salazar es el intérprete por excelencia de esta tensión entre la ideología de lo que debía ser y el realismo de lo que había de ser. O sea, de un lado, una filosofía personal basada en las convicciones de siempre que veía en el “vivir con normalidad”, en la honesta medianía, en el primado del espíritu un arquetipo que, como hemos afirmado varias veces, es preferentemente interpretado por una representación tradicional y mítica de la vida rural, verdadero suelo social y político en el que se podían asentar con seguridad los pilares

---

<sup>80</sup> Cf. Fernando Rosas, *O Estado Novo nos Anos Trinta...*

del orden y de donde genuinamente brotaban las “virtudes de la raza”. En uno de esos desahogos expresados en sus conversaciones con Christine Garnier en 1951, el presidente del Consejo defiende con convicción que la felicidad es un estado del alma individual a la que se llega más fácilmente “por la renuncia más que por la búsqueda y satisfacción de necesidades siempre más amplias e intensas”. Y apunta a las “peligrosas ilusiones” derivadas de pensar que es posible alcanzar el “objetivo inaccesible de la felicidad nacional”. No vacila en considerar que “la riqueza puede representar un peligro para la elevación espiritual”, siendo, “sin duda”, y por sí sola, “incapaz de crear la felicidad”: la “idea de que la mera posesión y uso de bienes materiales asegura la felicidad es enteramente falsa”. Y precisa: “la concepción política que no reconoce la superioridad del espíritu y el deber de subordinarle la riqueza puede llevar a la edificación de una sociedad brillante, pero nunca de una auténtica civilización”.<sup>81</sup>

No obstante, el jefe del régimen, ese hombre que desconfía de la riqueza, que entiende que la felicidad se alcanza por la renuncia y que no considera que la felicidad colectiva exista, y mucho menos que esté ligada al simple progreso material, sabe que es indispensable industrializar el país. Desde el punto de vista de su ideal de sociedad, lo acepta casi como un mal necesario. Por tanto, considera que es necesario reducir su extensión y sus impactos, tanto por lo que entendía eran sus limitaciones estructurales dadas las condiciones del país (falta de capitales, de técnica, de combustibles), como sobre todo, en nombre de las ventajas de la “seguridad” y de la “modestia”.

Salazar, en un pasaje generalmente poco citado de un conocido discurso suyo de 1953 se refiere explícitamente a ese precio específicamente político al que debía atenerse el crecimiento económico: “se que así pagamos una tasa de seguridad, pero sé que la seguridad y la modestia tienen también sus compensaciones”.<sup>82</sup>

La industrialización, sujeta a esa “tasa de seguridad” se haría sin modernización agrícola, sin poner en riesgo el equilibrio presupuestario y sin recurso a las reservas de oro y divisas, con escasa y controlada inversión extranjera (hasta el inicio de los años sesenta) y, sobre todo, sobreprotegiendo a la industria: mediante las tarifas arancelarias, la regulación administrativa de la

---

81 Christine Garnier, *Férias com Salazar*, Lisboa, Parceria A.M. Pereira, 2002. pp. 108-109.

82 Oliveira Salazar, *Discursos*, Coimbra, Coimbra Editora, 1959. vol.V, pp. 104-105.

competencia, la cartelización corporativa y la anulación policial de los derechos de una fuerza de trabajo sobre explotada y no cualificada. Esa mano de obra barata y amorfa será también el principal factor en el que reposará la competitividad externa de una economía que se ve obligada a partir de la entrada en la EFTA en 1960, a una lenta y prudente integración económica en Europa, siempre con el contrapeso de un mitificado “mercado único portugués” que uniera Portugal y sus colonias. Este supondría una especie de ancla política e ideológica para preservar la economía y el futuro del país de la fuerza centrípeta de la Comunidad Económica Europea, pues desde la fundación del Mercado Común, Salazar y el régimen lo consideran como una amenaza a la soberanía, al régimen y al imperio. Pero de la cual, como de la industrialización, no se podía escapar.

De cualquier forma, por encima de todo, estamos hablando de un crecimiento sin justicia social, marcado por profundas desigualdades en la distribución de la riqueza y por fuertes distorsiones estructurales, con una escasísima inversión pública en el campo social y de la educación, y que suprime policialmente cualquier posibilidad legal de corrección de esas injusticias por el recurso a la lucha o a la reivindicación política y sindical libres.

### 3.3. LA QUIEBRA DE LAS OPORTUNIDADES DE REFORMA O TRANSICIÓN

Este obstinado apego al orden y a la estabilidad, a la sombra de los cuales la oligarquía prospera pacíficamente; el recelo endémico a la “agitación”, al cambio, al riesgo o a la competencia política o económica en general; esta cultura de seguridad y obediencia; el respeto sagrado por las jerarquías o el temor reverencial frente al jefe indiscutible, todo ello contribuye a crear una elite política y militar esencialmente incapaz de responder a los desafíos y a las oportunidades de cambio, inducidos por las transformaciones económicas y sociales del país en la segunda posguerra. Incluso en los sectores de la elite que perciben la necesidad de evolucionar.

La corriente reformista que bajo el liderazgo moral y político de Marcello Caetano emerge tímidamente y se afirma dentro del régimen en los rescoldos de la crisis de la segunda guerra mundial,<sup>83</sup> carece de la visión y, sobre

---

<sup>83</sup> Cf. Fernando Rosas, “O Marcelismo ou a Falência da Política de Transição no Estado Novo”, in Brandão de Brito, José Maria (coord), *Do Marcelismo ao Fim do Império*. Lisboa, Editorial Notícias, 1999. vol. I, p. 1559.



todo, del sentido político del riesgo. Carece del coraje suficiente para aprovechar las oportunidades perdidas para iniciar un proceso de transición, fundamentalmente, en las elecciones presidenciales de 1958 o en el golpe frustrado de Botelho Moniz, la llamada “abrilada” de 1961.

En el primer caso, los *marcelistas* dejan caer a Craveiro Lopes que, a su vez, había caído en desgracia al ser sospechoso de una peligrosa proximidad con el ala reformista, lo que en caso de que fuese reelegido le podría haber llevado a ejercer la prerrogativa presidencial de dimitir al presidente del Consejo. Caetano y sus amigos huyen de la lucha interna para imponer al presidente cesante como candidato de la Unión Nacional en las elecciones de 1958, convencidos de que así asegurarían postelectoralmente sus posiciones en lugares privilegiados del régimen. Los jefes militares, descontentos con la situación del régimen y con los métodos atrabiliarios del ministro de Defensa, Santos Costa, el eterno hombre de confianza de Salazar para la tropa, también acaban por abandonar a Craveiro Lopes, después de asustarse y unirse a los ultramontanos del régimen para “mantener el orden”, cuando la oleada *delgadista* amenazaba —ellos así lo sentían— hacer “caer el poder en la calle”. Abandonado por sus principales apoyos políticos y militares, a pesar del estímulo de un grupo significativo de jóvenes oficiales para que pasase a la acción, el presidente escoge la pasividad. Incluso más que eso, hace gala de su lealtad hacia Salazar informándole en sucesivas ocasiones de las presiones e intenciones de los militares que lo requieren.<sup>84</sup> Al final, es “elegido” el anodino contra-almirante Américo Tomás, y en una decisión salomónica Salazar remodela su gobierno cesando tanto a Marcelo Caetano como a Santos Costa. Los reformistas y su jefe de filas inician desde entonces una especie de travesía del desierto (aunque todavía mantienen posiciones de alguna importancia en el aparato del Estado), que se agravará, como veremos, después de 1961. Pero en las fuerzas armadas algo esencial va a cambiar. El jefe del gobierno se ve obligado, bajo la directa presión militar, a prescindir de los servicios de su fiel guardián en las fuerzas armadas y a entregar la cartera de Defensa al general Júlio Botelho Moniz, un hombre que no escondía sus distancias de los “costistas” y cuyo equipo se hace paulatinamente, y casi por completo, con la dirección de las tres ramas militares.

---

<sup>84</sup> Cf. Fernando Rosas, “A Oportunidade Perdida”, in Iva Delgado *As Eleições de 1948: Humberto Delgado*. Lisboa, Vega, 1998. p. IX-XXXI; e Telmo Faria, *Quem Tem a Tropa*, in *ibidem*; Fernando Rosas, “Craveiro Lopes”, in António Costa Pinto (coord.) *os Predidentes da República Portuguesa*. Lisboa, Círculo de Leitores, 2001, pp. 170-178.

El equipo del general Julio Botelho Moniz, bajo la presión del comienzo de la guerra colonial en Angola (febrero y marzo de 1961) y con el estímulo de la embajada de los Estados Unidos en Lisboa (y la nueva administración Kennedy), pasa de la conspiración al pronunciamiento al solicitar al presidente de la República la dimisión de Salazar en abril de ese mismo año. Pero la displicencia y la falta de convicción con que actúan, permitirá a Tomás y a Salazar sustituir a los principales jefes militares antes de la hora prevista para que pasaran a la acción. Llegado el momento, considerando que carecen de legitimidad formal para obrar, se vuelven atrás a pesar de haberse asegurado (salvo algunas excepciones fácilmente superables) el control de los principales jefes de las tres ramas de las fuerzas armadas. Por su parte Salazar, beneficiado además por el impacto psicológico de la guerra en Angola, no duda en explotar a fondo su éxito. A pesar de no ordenar ningún procedimiento criminal o disciplinario contra los conspiradores, decapita casi totalmente los puestos más altos de la jerarquía de las fuerzas armadas, instalando en la cúpula a oficiales de entera confianza política que, hasta el final, se mantendrán como decididos defensores de la guerra colonial. El reformismo civil y militar entra durante siete años en un profundo letargo, como a la espera del declive físico de Salazar. Como no se pudo romper el “frente interno...”, fue preciso esperar a la desaparición política del presidente del Consejo en septiembre de 1968, para que el reformismo tuviese su oportunidad de oro, que sería también la última.

Cuando, finalmente, los *marcelistas* llegan al poder en ese mes de septiembre, la misma falta de un “golpe de timón”, la misma incapacidad para correr riesgos lleva al *impasse* en la cuestión de la guerra colonial y con él, al *impasse* de todos los intentos de transición que finalmente desaguan en el golpe militar y en la ruptura revolucionaria de 1974 y 1975.

En realidad, el *marcelismo* se enfrentaba a un dilema del que no podía escapar: o encontraba una solución política a la guerra colonial y consolidaba el proceso de tímidas reformas liberalizadoras que había iniciado, o corría el riesgo de no hacerlo, congelando con ello la liberalización y, más tarde o más temprano, sería víctima del cansancio de la guerra y de la insatisfacción que estaba instalada en la sociedad portuguesa. O acababa con la guerra y eventualmente entraba en un proceso controlado de transición hacia la democracia, o la guerra acababa con el régimen, tal y como efectivamente sucedió.

De forma significativa, esta amalgama de las derechas situacionistas, globalmente acomodadas y entumecidas durante casi medio siglo de dictadura,

ya sin alma para exaltar las almas de quien quiera que fuese, presas como postrero recurso ideológico de la retórica nacional-colonialista de la guerra y del orden, prácticamente se quedan sin nada que ofrecer como continuidad política e ideológica importante en el régimen democrático. La incapacidad de cambio las agota en un ejercicio sin salida para sobrevivir contra el tiempo y contra las circunstancias. La derrota política y la revolución, o sea, el derrumbamiento de su Estado, las hizo aparecer como meras reliquias del pasado. Incluso los elementos modernizantes que en 1968 comienzan aliándose al *marcelismo* –los jóvenes que interpretaban una derecha, un centro derecha o una tecnocracia “europeos” y liberales de la que saldrán los partidos de esa corriente política en 1974– acabarán de forma más o menos explícita en la oposición al régimen. Esto es, al contrario de lo que sucede en España, donde la derecha moderna emerge de los sectores del franquismo que lideran la transición, en Portugal los modernos partidos del centro y la derecha nacerán de los círculos que se distancian de la agonía de un régimen incapaz de cambiar y que mantendrán, incluso después de la revolución, un discurso externo de distancia crítica en relación al mismo. Más allá de una vaga nostalgia difusa en los sectores más conservadores de la sociedad, del medio siglo de salazarismo no resultó nada significativo en términos de continuidad política. Como si el secreto de su longevidad –esa larga y aletargada connivencia de las derechas portuguesas bajo la segura y rentable tutela de Salazar y del *Estado Novo*– ayudase a explicar la razón de la muerte súbita y sin descendientes asumidos.



## 4. LA LARGA MARCHA DE LAS IZQUIERDAS PORTUGUESAS

La historia de las oposiciones al régimen, esto es, la historia de la resistencia antifascista portuguesa en sus diferentes expresiones, en su proceso de transformaciones y cambios, puede considerarse en términos generales dividida en tres períodos distintos, caracterizados por factores internos y externos particulares: la época de los fascismos en los años treinta y hasta el final del segundo conflicto mundial; la primera fase de la guerra fría, desde la posguerra hasta comienzos de la década de los sesenta; y los años sesenta hasta el movimiento militar del 25 de abril de 1974.

### 4.1. LAS OPOSICIONES EN LA ÉPOCA DEL FASCISMO

La época de los fascismos, el período de implantación y consolidación del *Estado Novo* y de su fascistización en el contexto de la guerra civil española y del ascenso de los regímenes nazi y de tipo fascista por toda Europa, traerá dos importantes alteraciones en el conocido panorama de las izquierdas nacionales de los años treinta.

La primera es la derrota y la rendición del *revirahismo* republicano, o sea, de la resistencia político-militar de los sectores del republicanismo que no habían capitulado ante la dictadura militar y el ascenso del *Estado Novo*. Entre 1926 y 1931 lograrán poner en marcha cuatro movimientos revolucionarios (1927, 1928 y 1931 –en este último año explotan la revuelta de Madeira, que se extenderá a parte de las Azores y a Guinea, entre el 4 de abril

y el 2 de mayo, y la revolución del “26 de Agosto” en Lisboa y alrededores), mientras que otros serán desarticulados en estado de conspiración prematuramente descubierta. Estos movimientos arrastran consigo lo que queda del activismo obrero; se batan en las barricadas de Oporto, de Lisboa, de Madeira; sublevan a la Margen Sur del Tajo y a unidades militares de todo el país. Sufren centenas de muertos y de heridos, y varios millares irán a parar a las prisiones o serán deportados. Con la proclamación de la República en España, en abril de 1931, y después, con la victoria del Frente Popular, en febrero de 1936, renacen la esperanza y los preparativos revolucionarios. Pero después de 1933 ninguno de ellos consigue concretarse, a pesar de las sucesivas conspiraciones destruidas y recomenzadas en el interior, en París, en Madrid, en Galicia o en la Barcelona republicana. El movimiento decae, sucesivamente desmantelado por las prisiones, por las depuraciones en las fuerzas armadas, por las deportaciones. Muchos aceptan la amnistía de Salazar en 1932; otros desisten; y los que restan, exiliados en Francia, aceptan “rendir banderas” y regresan cuando estalla la segunda guerra mundial.<sup>85</sup> Con el conflicto, desaparecería como fuerza política actuante la oposición republicana *revirahista*, pese a la breve permanencia en la clandestinidad (entre 1935 y 1939) de algunas organizaciones resistentes de inspiración masónica, con especial arraigo entre la juventud universitaria. El viejo Partido Republicano Portugués y lo que quedaba de la Masonería mantendrán una existencia latente, participarán en el MUNAF (Movimiento de Unidad Nacional Antifascista) y en el MUD (Movimiento de Unidad Democrática), pero dejarán de tener peso. En la posguerra, los restos del viejo activismo republicano y una pléyade de jóvenes cuadros surgidos de las luchas académicas de 1927-31,<sup>86</sup> o de los movimientos unitarios de la guerra, encontrarán otras expresiones de oposición no comunista.

Tampoco el anarcosindicalismo, y el movimiento libertario en general, lograrán resistir la represión de los años treinta, ni subsistir en la clandestinidad. Ésta es la segunda alteración en el abanico político-partidario. Después de sucesivos golpes policiales a principios de los años treinta, la estocada final será la violenta ofensiva represiva para prevenir primero y liquidar después la tentativa de “huelga general revolucionaria” del 18 de enero de 1934. Los restos de la resistencia libertaria, que aún interviene en el atentado contra

---

<sup>85</sup> Cf. Luis Farinha, *op. cit.*

<sup>86</sup> Cristina Faria, *As Lutas Estudiantis contra a Ditadura Militar: 1926-1932*, Lisboa, Colibrí, 2000.

Salazar de 1937, desaparecerá en las prisiones o en el exilio como fuerza político-social de relieve. Tan solo subsistirá como una especie de club político de viejos militantes que mantendrán esporádicos encuentros, producirán aún algunos documentos en los años cuarenta, serán invitados –los “colaboracionistas”– a adornar el ramillete unitario del MUNAF, pero sin ningún peso efectivo dentro del movimiento obrero y en la lucha política. El espíritu ácrata, individualista, libertario, igualitario, se comparecía mal con la disciplina, el secretismo y la rígida y compartimentada jerarquía de la cultura de la clandestinidad.

De esta forma, el Partido Comunista Portugués se afirmarí­a como el único partido capaz de mantener hasta el final del r­égimen, a pesar de diversos contratiempos, el núcleo duro de su organización, la salida periódica de la prensa clandestina y su actividad regular en las condiciones de ilegalidad. Pero la verdad es que la prisión en 1935 de Bento Gonçalves, el secretario general del PCP, y del resto de su secretariado introduce al partido en un período de gran vulnerabilidad ante la represión policial, reduciéndole a poco más que un grupo de agitación política centrado en contactos más o menos esporádicos en Lisboa, la Margen Sur y algunos puntos del Alemtejo. Sin embargo, tiene creciente influencia ideológica a través de las Juventudes Comunistas en los medios estudiantiles y en la joven intelectualidad de Lisboa y Coimbra. Y la aparición del movimiento neorrealista y de sus periódicos, como *O Diabo*<sup>87</sup> (cerrado en 1940), permitirá una creciente influencia del marxismo-leninismo entre una nueva generación de literatos, de pintores, de poetas, de críticos, de ensayistas, de periodistas, donde el PCP irá a reclutar desde finales de los años treinta a muchos de los futuros cuadros de la “reorganización” de 1940-43. Aún más importante es que el éxito del neorrealismo como corriente estético-ideológica, apunta a un período de fuerte influencia del marxismo-leninismo –e indirectamente del PCP– en el campo cultural, aunque tal influencia no tenga necesariamente una expresión directa en el terreno de la política y en el liderazgo ideológico del opositorismo político. De esta forma, frente a la derrota del *revivalhismo* y al colapso del movimiento libertario, el PCP, a pesar de sus graves dificultades organizativas que atraviesa en la segunda mitad de los años treinta, va ganando influencia en los sectores más combativos de los trabajadores, de la juventud, de la

---

87 Luís Trindade, *O Espírito d’ O Diabo: Discursos e Oposições Intelectuais no Semanário O Diabo: 1934-1940*, Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa, 2000. Tesis de “Mestrado” en “Historia dos Séculos XIX e XX, Secção Século XX”.

intelectualidad de izquierda y, enseguida se convierte en la fuerza política más importante de resistencia al régimen, lo que no quiere decir que fuese la fuerza ideológicamente hegemónica.

El contraste entre la indiscutible superioridad organizativa de los comunistas y la capacidad de liderazgo ideológico que los “demócratas” no comunistas seguirán manteniendo hasta el final de los años sesenta, constituye otra de las constantes también generadas en el marco del frentismo antifascista, definido como línea fundamental desde 1935 por el VII Congreso de la Internacional Comunista para sus secciones nacionales. Es cierto que el segundo lustro de los años treinta es también una época, como hemos señalado, de graves dificultades para el PCP,<sup>88</sup> con la desarticulación por la política política de sucesivas direcciones y estructuras clandestinas, hasta el punto de que en 1938 la Internacional Comunista llega a disolver la “sección portuguesa” ante las sospechas de graves infiltraciones policiales.

Pero la “reorganización” del PCP de 1940-43, que será llevada a término ya bajo el liderazgo de hecho de Álvaro Cunhal, marca un viraje histórico en la vida del partido, con un impacto decisivo en el conjunto de las oposiciones al régimen. No es tanto que haya un cambio de línea fundamental o cualquier especie de heterodoxia en relación a las orientaciones de la Internacional Comunista, pero no resultará exagerado hablar de una “refundación” del PCP, porque en realidad es de eso de lo que se trata. Me refiero a su transformación en algo distinto. De un pequeño grupo de extremaizquierda, organizado aún de forma muy improvisada, con fuertes tics sectarios y de camarilla, separado básicamente de los movimientos sociales, centrado en una acción puntual de agitación y propaganda, que es lo que era de hecho el PCP hasta la segunda guerra mundial, se pasa a un fuerte partido clandestino organizado a escala nacional, bien implantado en las principales concentraciones operarias del país y entre los asalariados rurales del Sur, con amplia influencia entre la juventud estudiantil y entre la intelectualidad, respetado por los republicanos históricos y por la oposición no comunista en general y apto para discutir con ella, como socio ineludible, sobre las tareas de gobierno del país tras la caída del régimen, que se considera inevitable al consumarse la victoria aliada.

---

<sup>88</sup> José Pacheco Pereira, *Álvaro Cunhal: uma Biografia Política: Daniel, o Jovem Revolucionário: 1913-1941*, Lisboa, Temas & Debates, 1999.



Los “reorganizadores”, donde tras nueva prisión de Julio Fogaça en 1942 Alvaro Cunhal asume el papel de indiscutible figura dirigente, aprovecharán con notable intuición táctica la crispación social y política que atraviesa el país: el amplio descontento popular contra el régimen provocado por los efectos económicos y sociales de la economía de guerra,<sup>89</sup> la inmensa expectativa de cambio despertada en amplios sectores de población por la inminencia de la victoria aliada y el indiscutible prestigio de la URSS y del ejército rojo entre la masa trabajadora, y no sólo en ella.

En contra de la opinión de los dirigentes presos en Tarrafal, los comunistas se unen a la agitación de los trabajadores y, en el verano de 1943 y en mayo de 1944, es el PCP el que directa y explícitamente dirige sobre el terreno los importantes movimientos huelguísticos desencadenados; lanzan a sus cuadros y a sus simpatizantes a las elecciones para las direcciones de los sindicatos nacionales donde conquistan numerosas posiciones; ordenan la disolución de las Juventudes Comunistas –demasiado cerradas y sectarias– a favor de la creación en 1945/46, con estatuto semilegal del Movimiento de Unidad Democrática Juvenil (MUDJ). A finales de 1943 impulsan la creación del MUNAF, un frente clandestino que reúne a toda la oposición antifascista y de donde saldrán las bases programáticas de un futuro gobierno provisional. Cogidos por sorpresa por la creación del MUD, en octubre de 1945, por sectores no comunistas de la oposición, enseguida lograrán el control político de esa importante expresión del opositorismo tolerado por el régimen en la crisis del final de la guerra. Definen en los congresos clandestinos de 1943 y 1946 (III y IV Congresos), reunidos en el interior, la unidad antifascista como la línea maestra conductora del proceso culminante en el “levantamiento nacional”, separándose de las tentaciones “pacifistas” surgidas en sectores minoritarios de la dirección del partido, donde resaltan Julio Fogaça y otros “tarrafalistas” recientemente amnistiados. Finalmente, en 1948, mediante el viaje de Cunhal a la URSS, se restablecen las vinculaciones con el movimiento comunista internacional, obteniendo su pleno reconocimiento.

Desde el punto organizativo, los cambios no serán de menor alcance. La “reorganización” produce una verdadera escisión en lo que quedaba del PCP, considerando a la dirección existente como un “grupúsculo provocador” (hasta 1945 habrá dos direcciones y dos *Avante!* que actúan y se publican

---

<sup>89</sup> Cf. Fernando Rosas, *Portugal entre a Paz e a Guerra: 1939-1945*, Lisboa, Estampa, 1990.

paralelamente) y eliminándola del terreno político. El PCP se reestructura sobre una base de “células de empresa”, mientras que se transforman la organización y los métodos de trabajo, creándose un aparato clandestino profesional y sometido a rigurosas reglas de seguridad, compartimentación y disciplina. Se trata de una nueva generación de jóvenes cuadros intelectuales y trabajadores, salidos de las luchas, fuertemente motivados, que con la ayuda de un pequeño número de experimentados dirigentes de antes de la guerra, va a conducir al PCP a lo que será la primera crisis seria del *Estado Novo*: es ésa la fase heroica de la historia del partido.<sup>90</sup>

Pero, como antes hemos visto, el régimen desarticulará esta ofensiva. Y, en el rescoldo del contraataque salazarista, entre 1947 y 1949, y de la consiguiente derrota opositora, el PCP, objetivo principal de la acción de la policía política, sufrirá durísimos reveses —entre los cuales, la prisión de Álvaro Cunhal y de varios cuadros dirigentes e instalaciones de apoyo en 1949—, entrando así, junto con las demás oposiciones, y bajo el peso de la guerra fría, en un nuevo y prolongado período de retrocesos, sospechas y des-inteligencias.

#### 4.2. BAJO EL SIGNO DE LA GUERRA FRÍA

La segunda fase de la recomposición de las izquierdas opositoras puede considerarse comprendida entre 1949 y 1958. Interiormente, el año de 1949 marca la derrota final de la oposición antifascista en la primera crisis grave del *Estado Novo* producida por los efectos de la guerra, después del último sobresalto de la candidatura de Norton de Matos, iniciándose entonces una década de reflujo, división y desmovilización. En 1958 se cierra ese ciclo con la segunda crisis histórica del régimen bajo el impacto del *delgadismo* en las elecciones presidenciales de aquel año que abre un nuevo período ofensivo de las fuerzas opositoras.

Los casi diez años que median entre 1949 y 1958 traen profundos cambios internacionales y domésticos que van a reajustar la acción política de las oposiciones. Casi invisiblemente, bajo el manto ceniciento de la censura, de la represión y del ambiente más cerrado de la guerra fría, arranca en el país la “segunda revolución industrial”, y con ella una urbanización acelerada y caótica, el crecimiento y concentración del proletariado industrial y la emergencia

---

<sup>90</sup> Cf. José Pacheco Pereira, *Ibidem*.

de un sector terciario moderno. Ambos con salarios muy bajos en relación con el crecimiento de la riqueza nacional, con escasas ventajas sociales o de acceso a la enseñanza, y absolutamente carentes de cualquier libertad de intervención sindical o política. Por su parte, en el régimen se afirma con prudencia, pero de forma inequívoca, una corriente reformista que encarna Marcelo Caetano.<sup>91</sup> Por otro lado, comienza a perfilarse progresivamente, con la aparición de los oficiales formados en la NATO,<sup>92</sup> un sector militar adepto a los cambios, que discretamente va ganando fuerza y distancia en relación a Santos Costa, mientras que públicamente surgen las primeras disidencias significativas de hombres ligados al 28 de Mayo y al *Estado Novo*, como Enrique Galvao y David Neto.

Es en este caldo de cultivo, donde se combinan la fobia anticomunista de la fase más dura de la guerra fría, el retroceso opositorista, pero también los inexorables cambios que impregnan “invisiblemente” a la sociedad, acentuando contradicciones y afectando a la unidad del bloque de apoyo al régimen, donde va a afirmarse y a autonomizarse desde 1949 una nueva oposición atlantista, no comunista y frecuentemente anticomunista, que pone término a la unidad antifascista hegemónizada por el PCP desde la guerra.

Agrupar a hombres de la I República, prestigiosos, aún activos, (António Sérgio, Helder Ribeiro, Cunha Leal, Mario de Azevedo Gomes, Jaime Cortesão) con el ala más moderada de la joven generación de abogados y de cuadros de las profesiones liberales que había hecho acto de presencia en los movimientos unitarios de la guerra y de la posguerra (Adao e Silva, Vasco da Gama Fernández, Nuno Rodríguez dos Santos, Acácio Gouveia). Crean el Directorio Demócrata Social, después Acción Demócrata Social (ADS) y rompen públicamente con el PCP, del que se desmarcan con alguna agresividad, sobre todo en los actos electorales de 1951 y 1953 (elecciones presidenciales y para la Asamblea Nacional respectivamente). Apuestan por un cambio pacífico del *Estado Novo* desde su interior, por el diálogo con los reformistas o por la vía de un golpe palaciego de los disidentes, y pretenden ganar la confianza de unos o de otros mediante una clara separación respecto de los “partidos dirigidos desde el exterior”. Sergio lanzará al general

---

<sup>91</sup> Cf. Fernando Rosas, “O Marcelismo ou a Falência da Política de Transição..”, art. cit..p. 15-59.

<sup>92</sup> Cf. José Medeiros Ferreira, *O Comportamento Político dos Militares. Forças Armadas e Regimes Políticos em Portugal no Século XX*, Lisboa, Estampa, 2001. O António José Telo, *Portugal e a NATO: o Reencontro da Tradição Atlântica*, Lisboa, Cosmos, 1996.

Humberto Delgado a la campaña electoral de 1958 como “candidato independiente” al servicio de esa estrategia. Y asistirá junto con sus compañeros con reserva y consternación a la subversión de esa campaña por la ola de agitación preinsurreccional que el “general sin miedo” despierta en el país, así como al desistimiento a su favor del candidato, apoyado por el PCP, Arlindo Vicente, y al regreso a la “unidad antifascista”.

En 1957 se une a la Acción Demócrata Social un pequeño grupo de intelectuales ex comunistas o afines, agrupados desde el principio de la década en la Resistencia Republicana (también se designará posteriormente Resistencia Republicana y Socialista), donde figuran Mario Soares, Tito de Morais, Ramos da Costa, Salgado Zenha, Manuel Mendes. En el rescoldo del 58, y con la progresiva extinción física de los próceres republicanos, el pequeño grupo de la Resistencia Republicana, especialmente Soares, tomarán el comando de las operaciones en el campo no comunista, que en la nueva coyuntura, y a despecho de la vuelta a fórmulas de cooperación unitaria, ya nunca se disolverá dentro de la hegemonía del PCP. En 1964 Soares y sus compañeros más próximos crean la Acción Socialista Portuguesa (ASP). Poco después ésta absorberá en provecho propio lo que quedaba de las redes de influencia del republicanismo y del oposicionismo liberal –en parte concentradas en la Acción Demócrata Social–, convirtiéndose casi en su heredero natural. Esto constituye una primera e indiscutible originalidad nacional de la corriente socialista, ahora reconstituida: y es su mayor vinculación a la tradición radical republicana de la clase media que a cualquier herencia del primer socialismo portugués y a sus raíces obreras y sindicales.

El movimiento socialista así reorganizado se convierte en el principal polo aglutinador de la oposición no comunista. Pese a haberse reconstituido también él en el contexto de la guerra fría, antes de 1968 tenía pocos puntos de contacto social, político e ideológico con sus congéneres de la Internacional Socialista, en la que después vendrá a integrarse. En esta versión de posguerra no tiene prácticamente ningún contacto organizado significativo con el movimiento obrero o sindical. Como demuestran estudios recientes,<sup>93</sup> es un pequeño partido de cuadros y profesiones liberales (donde destacan los abogados) y de implantación esencialmente urbana. Mantendrá hasta el 25 de

---

<sup>93</sup> Cf. Susana Martins, *A Reorganização do Movimento Socialista Português (1945-1974)*, Lisboa, Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa, 2001 (Tesis de “Mestrado” en “História dos Séculos XIX e XX, Secção Século XX”).

*Abril* una organización bastante difusa y de irregular funcionamiento en el interior del país, casi siempre con peso y eficacia inferiores a los de los núcleos en el exilio (sobre todo cuando a éste se une Mario Soares), a pesar de la reanimación y de cierta ampliación y rejuvenecimiento verificados con la “apertura *marcelista*” de 1968 y las elecciones de 1969. Hasta el congreso fundacional del Partido Socialista, en 1973, no se le conoce propiamente un programa, sino algunos textos programáticos y doctrinales no exentos de ambigüedad y de contradicciones. Heredará hasta muy tarde (prácticamente hasta el segundo exilio de Soares) las dudas del republicanismo liberal frente al problema de la descolonización y del combate a la guerra colonial; criticará a la “socialdemocracia” y al “reformismo”, pero presentará su candidatura a la Internacional Socialista y será apoyado y financiado por los partidos que la integran; atacará al “neocapitalismo”, propondrá nacionalizaciones, autogestión y reforma agraria, pero defenderá, aunque con vacilaciones, la entrada en el Mercado Común....

A pesar de que desde muy pronto la intuición de los líderes de la ASP percibía con claridad que sólo podía prosperar un movimiento socialista en Portugal como alternativa creíble a la hegemonía del PCP en el marco político de los partidos de la Internacional Socialista, el hecho es que la radicalización de la situación política que acompañó los últimos años del régimen, llevará a la ASP a guardar distancias, en el plano del discurso, respecto de la “socialdemocracia” y de la economía de mercado. Ello se traducirá en un primer programa de Partido Socialista (PS), fundado en 1973, no muy alejado de las formulaciones del PCP o de las organizaciones de la izquierda radical. Ésta será una deriva sólo detenida por el proceso revolucionario de 1974-75 que vendrá a inscribir de forma inequívoca al PS en el espacio de la Internacional Socialista y de la CEE.

El PCP atraviesa con serias dificultades políticas y organizativas el rescaldo de los golpes policiales de 1949 y del doble efecto de la derrota opositora y de los años de plomo de la guerra fría. Vive en una especie de doble cerco: el de la policía política y el de la separación y ataque por parte de la oposición anticomunista. Limitado por la represión policial en su capacidad organizativa, sumido en dura polémica con los aliados de ayer, reducido al núcleo duro de los militantes y de los compañeros de viaje del Movimiento Nacional Democrático (MND), a través del cual intenta, en contra de la reforzada lógica persecutoria de la época, prolongar una especie de MUD, el PCP en la primera mitad de los años cincuenta se transforma en un grupo

replegado sobre sí mismo, acosado y sectario que, a semejanza de los partidos congéneres de otras latitudes, denuncia y expulsa a sus “traidores” y “agentes del imperialismo”, incluso recurriendo a algunas ejecuciones físicas de supuestos disidentes o “espías”.

Pero el XX Congreso del partido comunista de la URSS (PCUS), en 1956, con la anunciada “desestalinización” y la nueva política de “coexistencia pacífica” –novedades de las que el Partido Comunista español queda encargado de canalizar hacia el portugués– traerán una nítida distensión del ambiente político-internacional, con reflejos también en el ambiente de las oposiciones al régimen en general, y en la política del PCP en particular. Al coincidir estos cambios con la reascensión de Julio Fogaça a la dirección del PCP –donde era notoria la falta de cuadros con preparación teórica y formación intelectual– se entrará en el pleno “desvío a la derecha”, como más tarde denunciará Álvaro Cunhal. En el V Congreso del PCP, reunido clandestinamente en el interior del país, en 1957, se aprueba una línea que, siendo sensible a las crisis y fracturas manifiestas en el seno del régimen, postulaba el “derrumbe pacífico” de Salazar, abogaba por una cierta expectativa ante las posibilidades de un golpe palaciego (era una nítida aproximación a la táctica de la oposición conservadora) y abría nuevamente el PCP a una “amplia política de unidad” no solo con todos los sectores de la oposición, sino también extensiva a los disidentes del régimen. Era como si, ante un cambio desde el interior del régimen, que se adivinaba inminente, el PCP no quisiera quedarse fuera de los arreglos que después vinieran a hacerse.

Es éste el clima político en que las oposiciones antifascistas disponen sus piezas en vísperas de la campaña electoral para las elecciones presidenciales de Junio de 1958. Curiosamente, ni en los agitados arrabales del régimen ni en los de las oposiciones, nadie imaginaba la tempestad que iba a abatirse sobre el país.

#### 4.3. EL “TERREMOTO *DELGADISTA*” Y LOS QUEBRANTOS DE LOS AÑOS SESENTA

Será la crisis iniciada en 1958 la que marcará la fase de recomposición del panorama político portugués. Se trata de la crisis más grave sufrida por el salazarismo. El “terremoto *delgadista*”, ese inmenso e inesperado movimiento popular de esperanza y de protesta que sacude al país de norte a sur, potenciado por la personalidad carismática de Humberto Delgado, el “general sin miedo”, que obtiene el desistimiento a su favor del candidato del PCP, Arlindo Vicente, y de la izquierda opositora, tiene una consecuencia

decisiva en el futuro próximo de las oposiciones, demostrando la inviabilidad de cualquier esperanza en una “solución pacífica”, “legal” o pactada para la sustitución de Salazar.

El fraude electoral generalizado, la represión violenta con la que se responde a las protestas populares de ese verano contra la “burla electoral”,<sup>94</sup> y que desde entonces se lanza contra las oposiciones en general, levantan en todo el país un sentimiento de impotencia y de indignación que va a estar en el origen de las sucesivas oleadas que prolongan la situación de crisis y de cierta incertidumbre en los cuatro años siguientes. Es una sucesión de acontecimientos (exilio del general Delgado y “golpe de la catedral” en 1959; fuga de Álvaro Cunhal y otros dirigentes del PCP en 1960) que culmina en ese “año terrible” para el régimen que es el de 1961: asalto en el mes de enero al transatlántico *Santa María* por un comando capitaneado por Enrique Galvao; comienzo de la guerra colonial en Angola (asalto a las prisiones de Luanda el 4 de febrero, y ola de terror en el norte a partir del 15 de marzo); tentativa frustrada de golpe de Estado por el ministro de Defensa, general Botelho Moniz y por los mandos de las fuerzas armadas, en el mes de abril; ocupación del llamado “Estado Portugués de la India” por las tropas de la Unión India, el 18 de diciembre, y tentativa revolucionaria de asalto al cuartel de Beja en la noche de fin de año. Y las turbulencias de ese año aún se prolongarán en 1962, con la “crisis universitaria”, entre marzo y junio, que marca la reanudación de una prolongada y combativa resistencia estudiantil a la dictadura; las “jornadas de lucha” de 1 y 8 de mayo en Lisboa y en varios puntos del país; y la lucha por las ocho horas de trabajo en el Alentejo, que también se inicia en el mes de mayo.

El régimen sobrevive a esta avalancha, pero ya no logrará recomponerse. Sus contradicciones e *impasses* se reactivan en toda su extensión dentro del proceso de quiebra que implica el *marcelismo* en cuanto tentativa frustrada de transición.

El marco exterior desempeña por entonces un papel de decisiva influencia: la llegada de los vientos de descolonización a África y la progresiva generalización de la guerra de guerrillas en las tres colonias portuguesas (Angola: 1961; Guinea: 1963; Mozambique: 1964); el aislamiento externo del gobierno portugués en una ONU donde se establece una mayoría afroasiática y de

---

<sup>94</sup> João Madeira, “Uma Primavera Turbulenta”, in Iva Delgado, *As Eleições de 1958: Humberto Delgado*, Lisboa, Veja, 1998.



los países de la esfera de la URSS, con el distanciamiento de los Estados Unidos y de algunos aliados de la NATO; la guerra de Vietnam y el movimiento internacional contra ésta y contra los Estados Unidos; la guerrilla *guevarista* en América Latina; las tensiones chino-soviéticas y la “revolución cultural” en China; el “Mayo” francés de 1968 y la ola de agitación radical en el occidente europeo y en los Estado Unidos; el aplastamiento de la “primavera de Praga” por los tanques del Pacto de Varsovia; la revolución en las costumbres, en los patrones estéticos y en las prácticas sociales...

Por eso en el régimen los “años sesenta” se presienten como los del final; como época de subversión absoluta, de ruptura de todos los límites, de todas las locuras, de un mundo en fin en el que ni el viejo dictador ni la élite del régimen se reconocen. Es cierto que Salazar resiste a las sacudidas de 1958/62; es cierto que domina la *abrilada*<sup>95</sup> y restablece en las fuerzas armadas una jefatura de confianza, y que los reformistas, afectados por el impacto de la guerra colonial, se repliegan a la espera de la muerte del dictador. Pero ahora ya se estaba resistiendo, no se estaba renaciendo como con la victoria sobre la crisis de posguerra. Los últimos seis años del consulado salazarista, marcados por un endurecimiento general del régimen (asesinato del general Humberto Delgado por la PIDE, asalto y cierre de la Sociedad Portuguesa de Escritores, agravamiento de la represión del movimiento estudiantil) y por la evidencia del *impasse* de la guerra colonial y de la política integracionista, no hacen sino acumular tensiones y radicalizar a las oposiciones al régimen. O sea, complicar los objetivos políticos de los reformistas, cuando final e inevitablemente se imponen como solución, a través de Caetano, con la sucesión del viejo dictador incapacitado y retirado del poder en septiembre de 1968.

Ya antes hemos referido como el *marcelismo* fue una verdadera oportunidad perdida de europeización modernizante de la derecha portuguesa. Hasta 1970/71 Marcelo Caetano logró reunir en torno a un proyecto de reformas (que en parte sobrepasaba los límites del escenario político que le era propio) un frente de apoyos civiles e incluso militares capaz de tornarlo viable. Pero la incapacidad para cortar a tiempo el nudo gordiano de la guerra colonial comprometería todo lo restante: los apoyos, las reformas y, en seguida, el propio régimen. Y la frustración de esa oportunidad de cambio que en un

---

<sup>95</sup> Tentativa frustrada (el 13 de abril de 1961) de la cúpula militar, encabezada por el ministro de Defensa, Botelho Moniz, para deponer a Salazar. (N.T.)



momento inicial la oposición PS/PCP no dejó de considerar seriamente; la marcha atrás, la crispación represiva, la desesperación final, contribuirán no solo a una radicalización decisiva de las posiciones y de la intervención de todo el espectro de las oposiciones al régimen, sino que también instalarán una agitación en la oficialidad de grado medio, cansada de la guerra, que vendrá a resultar fatal.

Herida de desilusión la expectativa inicial, puesta de manifiesto la comprometedora inanidad de las esperanzas puestas en el acto electoral de 1969, la conciencia de que el régimen solo caería si fuera derribado vuelve a apoderarse de todas las fuerzas de la oposición, que entre tanto se habían reforzado significativamente por las nuevas posibilidades de intervención transitoriamente concedidas por el *marcelismo* primaveral del primer año. El cansancio social por la guerra, el logro de las promesas de apertura en el campo político, sindical o cultural, el estado de sitio instalado en las universidades y, enseguida, el final del ciclo de prosperidad europea, todo este contexto social, así como la propia conciencia difusa de fragilidad del régimen, sirve de fondo a la izquierdización global del opositorismo. Pero ahora éste ofrecerá cuatro importantes características innovadoras.

La primera novedad es la de la explosión, aproximadamente desde 1970, de una corriente de grupos marxista-leninistas y maoístas de entre los que se destaca por su activismo y por su capacidad de agitación el MRPP,<sup>96</sup> en la zona de la gran Lisboa, y el OCMLP,<sup>97</sup> en el corredor industrial y urbano entre Sao Joao da Madeira y la cuenca industrial del Ave. Es cierto que la primera escisión “marxista-leninista” en el PCP databa de 1963/64, cuando Francisco Martins Rodrigues, ampliamente inspirado en la tesis chinas, desencadena un proceso de crítica a la línea del partido comunista de la URSS y a la línea del PCP. Rodrigues abandona el comité central y el partido para fundar el Comité Marxista-Leninista Portugués y el Frente de Acción Popular (FAP). Sin embargo, la PIDE dismantelará en 1965 la organización del grupo en el interior, prendiendo a sus principales dirigentes (F. Martins Rodrigues, Joao Pulido Valente, Rui d’Espinery). En medio de ácidas disputas intestinas, subsistirán en el exilio y sin vinculación importante con el

---

<sup>96</sup> Movimiento Reorganizativo del Partido del Proletariado, nacido en Lisboa en septiembre de 1970 al margen de la “corriente m-l”, será la fuerza emblemática de la versión portuguesa del maoísmo.

<sup>97</sup> Organización Comunista Marxista-Leninista Portuguesa, fundada en el mismo año con uno de los grupos de la corriente “m-l” del exilio, a partir de una escisión del “interior”.

interior del país algunos pequeños grupos herederos del primer CMLP. En buena medida la nueva ola “marxista-leninista” y maoísta de inicios de los años 70 nace sin vinculación, o con vinculación muy distante, con el exilio, resultando sobre todo de procesos de formación dentro del país en gran medida alimentados por el crecimiento de la contestación estudiantil que prácticamente había paralizado las universidades. También data de este período la aparición de la corriente trotskista, surgida asimismo a partir de los medios estudiantiles. Pero hasta el *25 de Abril* esta corriente tendrá una expresión secundaria en relación con los grupos disidentes del PCP o de estirpe maoísta. Éstos echaban raíces con relativa facilidad en la juventud universitaria y en sectores de la juventud obrera, donde la guerra y el fracaso de la transición abrían espacio a nuevas ideas y formas de lucha. Implantados en las grandes aglomeraciones urbanas e industriales, dotados de gran agilidad organizativa y de un acusado espíritu de militancia, con unos métodos de acción que al principio eran casi desconocidos por la policía, poseedores de una valerosa osadía y de una creencia dogmática en su visión marxista-leninista o maoísta del mundo, ferozmente críticos del “revisionismo” del PCP y del PCUS, portaestandartes de la versión albanesa o china del comunismo, los grupos más activos de esta izquierda radical absorben el espíritu de la época y, por vez primera en la historia de la oposición –sobre todo desde 1961– sitúan la cuestión del colonialismo y de la lucha contra la guerra colonial en el centro de la lucha política. Perciben que ése es el “punto débil” del régimen y apelan a la “guerra del pueblo a la guerra colonial”, rompiendo con un largo pasado de retórica o de abstención de la oposición tradicional en esta materia.<sup>98</sup> Por eso los grupos radicales crecen rápidamente en las grandes metrópolis urbanas entre 1970 y 1974, amenazando claramente por la izquierda a un PCP pesado, rígidamente alineado con la URSS en el plano externo y con dificultades tácticas derivadas del agotamiento sucesivo de las oportunidades de lucha legal (electoral, sindical u otras), obligado a suspender las acciones de la Acción Revolucionaria Armada (ARA), y fuertemente alcanzado por la represión policial. Esto es, un partido con evidente pérdida de pulso cuando llega el *25 de Abril*.

El segundo aspecto nuevo se refiere al activismo de los “católicos progresistas”, también éste centrado en la denuncia de la guerra colonial y de la colaboración de la jerarquía católica con el régimen y con el conflicto en las

---

<sup>98</sup> Cf. Judith Manyá, *Le parti communiste portugais et la question coloniale: entre culture nationale et stratégie internationale: 1921-1974*, Bordeaux, IEP, 1996.

colonias. La oposición católica emergerá como corriente tras la carta del obispo de Oporto a Salazar en el rescoldo de las elecciones de 1958.<sup>99</sup> Es un campo relativamente heteróclito y que nunca llega a tener una expresión política o partidaria específica. Tiene tribunas (*O Tempo e o Modo*, de Alçada Baptista y João Benard da Costa, hasta 1969), posee asociaciones culturales (la “Pragma”), cuenta con los púlpitos de algunos sacerdotes con coraje (Felicidade Alves, en Belém; Mário de Lixa, Fanhais), participa en las listas opositoras y en la Comisión Democrática Electoral (CDE), pero nunca será un partido o un movimiento político. Mientras que una minoría de católicos disidentes del salazarismo desde 1958 tiende a dar algún crédito inicial al *marcelismo*, la mayoría se une a las generaciones más jóvenes de activistas laicos, de seminaristas o de religiosas y religiosos que, inspirados por una lectura izquierdizante del Vaticano II, optan por el combate social y político, animando varios núcleos clandestinos de reflexión y agitación anticolonialistas (Derecho a la Información; GEDOC), o incluso en algunos casos proporcionando apoyo logístico a las organizaciones de lucha armada.

En tercer lugar, la eclosión desde 1970 de la violencia armada como forma de combate político. Será llevada a cabo por la Acción Revolucionaria Armada (ARA), bajo la dirección de un PCP preocupado por no dejarse sobrepasar por la izquierda; por las Brigadas Revolucionarias (BR), brazo armado de un Partido Revolucionario del Proletariado (PRP), adepto a un revolucionarismo de contornos ideológicos poco ortodoxos, pero que como fuerza política solo se afirmará tras el *25 de Abril*, y por la Liga de Unidad y Acción Revolucionaria (LUAR), de perfiles ideológicos imprecisos, pero logísticamente apoyada, en el exilio y en Portugal, por gentes del ámbito socialista. En los dos últimos casos parecía estarse ante un radicalismo de expresión militar sin grandes exigencias de definición ideológica, pero huyendo de las variadas corrientes del campo comunista dominante. Solo las BR mantendrán su actividad de atentados con bombas hasta el *25 de Abril*, permaneciendo casi incólumes. La ARA verá su estructura operacional prácticamente destruida por la PIDE/DGS, y, por esa razón, así como por motivos de táctica política, el PCP suspende su actividad en 1972.<sup>100</sup> La LUAR es

---

<sup>99</sup> Cf. João Almeida, *A Oposição Católica ao Estado Novo (1958-1974)*, Lisboa, Faculdade de Ciências Sociais da Universidade Nova de Lisboa, 2000. Tesis de “Mestrado” en “História dos Séculos XIX e XX. Secção Século XX”.

<sup>100</sup> Raimundo Narciso, *ARA: Acção Revolucionária Armada: a História Secreta do Braço Armado do PCP*, Lisboa, D. Quixote, 2000.

desmantelada y sus dirigentes presos. No obstante, a excepción de esta última, cuyas operaciones en general se saldan en fracaso, los sucesivos atentados con bombas del ARA y de las BR contra instalaciones, transportes, archivos y equipamientos militares del ejército colonial, de la NATO o del sistema de comunicaciones, son de una precisión y eficacia sorprendentes, causando elevados perjuicios a la máquina militar, con un número mínimo de víctimas civiles o de las fuerzas armadas.

Resumiendo, las variadas expresiones de esta nueva izquierda radical aportan una triple novedad: la centralidad de la lucha contra la guerra colonial; el recurso a la violencia armada, básicamente orientada en el mismo sentido; y, sobre todo por parte de los maoístas y marxistas-leninistas, un combate político e ideológico sin treguas al PCP.

En cuarto lugar, ciertamente *last but not the least*, todo ese ambiente de *impasse* e involución del régimen, de ausencia de solución a la guerra, de radicalización política y de terrorismo anticolonial, todo eso contribuirá a despertar en 1973 el arranque de la conspiración de los oficiales de grado medio que tiene su génesis en el frente de Guinea. Es sabido que de pretexto en pretexto, de firmas colectivas en firmas colectivas, de reunión en reunión, en el corto espacio de algunos meses el “movimiento de los capitanes”, que había nacido para oponerse a una legislación perjudicial al progreso profesional de los oficiales de carrera, se transforma en el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA), que opta por el derrumbe del régimen.

Todo eso obliga a la oposición tradicional a rápidas y no siempre fáciles adaptaciones. La oposición más conservadora, la Acción Demócrata Social, ampliamente sangrada de sostenedores y de influencia por la acción de la Acción Socialista Portuguesa, se ve prácticamente barrida de la escena en el contexto general de radicalización. De ella solo queda la periódica emisión de unos comunicados a través de los cuales el pequeño grupo de personalidades liderado por Francisco da Cunha Leal (fallecido en 1970), que se había resistido a la absorción por la ASP, va pronunciándose sobre la situación política. Y es ése apagamiento lo que explicará su casi total ausencia de papel a la llegada del *marcelismo* que con toda evidencia no verá esa agrupación un interlocutor de relieve. Cuando, al comienzo del gobierno de Caetano, en 1968 y 1969, aún se dialoga con la oposición moderada, aún se siente la necesidad de tener un interlocutor respetable y no comprometido con los comunistas o los izquierdistas, se elegirá a la ASP. Y ésta se pone en condiciones separándose públicamente del PCP y tratando de ganar terreno y legitimidad electoral

propia con la recusa a concurrir en Lisboa, Oporto y Braga a las elecciones de 1969 en las listas unitarias patrocinadas por los comunistas (CDE: Comisión Democrática Electoral) y presentando las listas de la CEUD (Comisión Electoral de Unidad Democrática).

Lo que radicaliza definitivamente la postura de los socialistas es la desilusión que producen las elecciones de octubre de 1969 y la evidencia de la quiebra del reformismo *marcelista* cuyo más claro exponente es el nuevo exilio de Mario Soares. Ya hemos visto cómo la ASP, pese a su integración en la Internacional Socialista, se distancia política e ideológicamente de la socialdemocracia plácida y pacífica que gobernaba la Europa de los “treinta años dorados”. En efecto, sobre todo después del *impasse marcelista*, los socialistas portugueses radicalizan el discurso, reconociendo el derecho a la autodeterminación e independencia de las colonias portuguesas, criticando a la “socialdemocracia”, volviendo a aproximarse al PCP, con quien celebran un acuerdo de alianza política en 1973, adoptando en ese año, en el congreso fundacional del Partido Socialista (PS), un programa socialista avanzado.

El PCP, después de la fuga de Cunhal de Peniche en 1960 y de la consecuente “corrección del desvío de derecha”, había puesto término a las domésticas veleidades de “desestalinización” inspiradas en el Congreso del PCUS de 1956. En la estela de ese proceso, Cunhal va a reafirmarse y a actualizar la orientación política del partido, adoptando entre 1961 y 1965 una persistente línea política que mantendrá hasta el *25 de Abril*: la de la “revolución democrática nacional” por la vía del “levantamiento nacional”, solemnemente reafirmados y profundizados como estrategia en su *Rumo à Vitoria*, texto clave de este período.<sup>101</sup> Es cierto que la afirmación programática no alterará significativamente aquello que siempre constituyó la espontánea cultura política del PCP, esto es, la orientación de dar prioridad a la “unidad antifascista” con los bonzos de las oposiciones tradicionales; la intervención electoral; la reivindicación económica; la penetración en el sindicalismo oficial. En suma, una rutina burocrática clandestina o semilegal que había entrado en contradicción con el ambiente general de los años sesenta/setenta y con el descontento de los nuevos sectores de la juventud universitaria y trabajadora, o con la voluntad de intervenir sobre moldes diferentes por parte de otros sectores sociales y políticos atraídos hacia la resistencia frente

---

<sup>101</sup> Título del informe presentado por Álvaro Cunhal a la reunión del Comité Central del PCP de abril de 1964.

al régimen, sobre todo en la crisis final del *marcelismo*. Esta amenaza de rebasamiento por la izquierda se vio agravada por el hecho de que, tras la salida de Cunhal del país en 1962 y la radicación en la URSS y en otros países del este de sectores vitales del aparato y de la logística central del PCP, el partido adoptó un alineamiento más rígido con todas las posiciones de la URSS y del PCUS, sobre todo en cuestiones de gran impacto, como las tensiones chino-soviéticas, la invasión de Checoslovaquia (1968), la guerrilla en América Latina o el “Mayo francés”.

Sin embargo, también en este caso la centralidad de la lucha contra el régimen va a dictar algunas particularidades en el posicionamiento del PCP en relación con algunos “partidos hermanos” del occidente europeo. Defendiendo con lealtad y rigor, en el plano internacional o en el de la posición general, la estrategia kruscheviana de la “coexistencia pacífica”, el PCP adopta para Portugal una línea teóricamente insurreccional, de “levantamiento popular armado” que suscita reservas en un movimiento comunista europeo fuertemente arraigado en el pacifismo legalista y en el parlamentarismo. Aún más, bajo la presión de los éxitos del “izquierdismo” (contra el cual levantará un frenético combate doctrinario y organizativo), el partido adoptará la acción revolucionaria armada entre 1970 y 1972, año en que, como hemos visto, suspende los atentados, bien como consecuencia de la ofensiva represiva de la policía política sobre el ARA y el partido, bien por el predominio de los criterios que siempre habían postulado la prioridad de la lucha legal y pacífica y de unidad con otras fuerzas opositoras más moderadas.. Además, y con gran provecho para el PCP, la lucha legal se beneficiará de importantes oportunidades sindicales, asociativas y hasta políticas con la llegada del *marcelismo* en 1968.

Lo cierto es que desde finales de los años sesenta, coincidiendo en gran medida con el propio agotamiento de la tentativa reformista, en un marco de condiciones culturales, sociales y políticas donde se cruzan el espíritu de la época, el cansancio extremo por la guerra y el final drástico de las ilusiones en la evolución de la situación, las izquierdas portuguesas se radicalizan, se diversifican, conquistan amplios sectores de la juventud estudiantil, de la intelectualidad, del moderno proletariado industrial y sobre todo, como decisiva novedad, de los empleados del nuevo sector terciario en expansión. No obstante el endurecimiento terminal del régimen, la censura, el cierre político de casi todas cooperativas culturales y asociaciones estudiantiles, o la vuelta al control administrativo de las elecciones sindicales, el hecho es que

las izquierdas en sus variadas expresiones ideológicas habían ganado la hegemonía política y cultural en el mundo urbano: esto es, en el frente cultural, en las redacciones de los diarios, en la producción artística, en la joven cinematografía, en los medios intelectuales, en lo que se escribe en libros y revistas, en la crítica, en la música, en los movimientos estudiantiles, en el semi-legal sindicalismo anticorporativo, en las élites más activas del combate social en las fábricas y en las empresas, en el asociacionismo popular. Y por esta misma vía, también la izquierda gana terreno en los cuarteles, donde los jóvenes oficiales de complemento o de carrera repiten de forma mecánica y sin fe los gestos de una guerra inútil, mientras leen el *Comércio do Funchal* o el *Tempo e o Modo*, y oyen las canciones de Zeca Afonso o de Adriano Correia de Oliveira.

#### 4.4. LAS IZQUIERDAS Y EL DERRUMBE DEL RÉGIMEN

A esta luz es como podrá ponderarse la importancia del papel de las izquierdas portuguesas en la caída del régimen. No hay duda de que a lo largo de casi medio siglo de dictadura se percibe la ininterrumpida existencia de movimientos de resistencia al régimen con las características generales que hemos procurado sintetizar y con fases de avance y retroceso a las que también nos hemos referido. Esos altibajos hicieron alternar los momentos heroicos de cerco y de difícil y escasa militancia, reducida a ciertas élites políticas y sociales urbanas o al núcleo duro de las áreas de influencia tradicional del PCP, con los momentos de gran movilización y esperanza, cuando era esperable al menos transformaciones democratizantes desde el propio régimen.

Sin embargo, el hecho es que ni el régimen tuvo la inteligencia de adaptarse, ni las oposiciones fueron capaces durante la historia del *Estado Novo* de generar y conducir movimientos políticos y militares susceptibles por sí mismos de derribar la dictadura, porque los movimientos de masas que brotaron en los períodos de crisis cruciales –en 1945 o en 1958– no lograron dividir y lanzar contra el régimen a sectores significativos de soldados y oficiales de las fuerzas armadas. Por eso, las crisis políticas y sociales, habiendo de hecho existido y alcanzado a veces muy amplios niveles de movilización popular, nunca pudieron transformarse en crisis revolucionarias. Les faltó el apoyo de parte de las fuerzas militares, o sea, la capacidad de movilizarlas, armando al movimiento popular, dividiendo y paralizando la máquina policial y castrense del régimen. Una de las artes principales de ese arte de saber



durar que tuvo el salazarismo fue precisamente ésa: la de haber sabido mantener el control político y la subordinación de la mayor parte de la institución militar, incluso en situaciones de crisis grave. Para ello jugó bien con el atavismo conservador de sus mandos frente a la “amenaza de la calle”, bien con la retórica de la “unidad de la patria”, tras el comienzo de la guerra colonial.

En esas y en otras ocasiones, casi siempre en el contexto o en el rescoldo de crisis del régimen, no dejarán de aparecer sectores opositores intentando organizar revueltas civiles o militares (el *reviralhismo*, el golpe de la Catedral de 1959, el golpe de Beja de 1961) o vagos golpes palaciegos (en 1946/47, al principio de los años cincuenta, etc...) que, salvo casos puntuales, chocarán siempre con las instituciones militares, unidas sustancialmente en la obediencia al régimen, hasta el *impasse* de la guerra colonial.

Es sabido que el fracaso de la experiencia *marcelista* en encontrar una solución política para la guerra, para el cansancio social y para la oposición política que la guerra generaba, dictó el final no solo de la tímida experiencia reformista ensayada con Caetano, sino del propio régimen. Aparentemente el golpe que lo derribó era absolutamente peculiar en la historia de los pronunciamientos militares del período contemporáneo. Se trataba de una conspiración de los oficiales de grado medio –capitanes y mayores, que sustentaban la cuadrícula de la guerra en África– prácticamente sin apoyos de los grados superiores (con la excepción importante de los generales Costa Gomes, Comandante del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas –CEMGFA– y Spínola, que era su vice-jefe), generada por la conciencia, rápidamente adquirida, de que el final de la guerra solo se lograría mediante un cambio democrático del régimen político. Pero es evidente que en la determinación de los “capitanes” del Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA), en su fulgurante evolución desde la reivindicación corporativa a la acción político-militar, la vaga aspiración a la democracia, a la justicia social y a la paz, que atraviesa el ambiente de conspiración y se plasma, ya con menor vaguedad, en los textos programáticos del MFA, se estaba haciendo eco de la hegemonía ideológica conquistada por las izquierdas opositoras a todos los niveles de la sociedad, marcando decisivamente el ideario difuso, pero crecientemente politizado hacia la izquierda, de los principales dirigentes del movimiento.

Tal vez eso haya reforzado esa característica fundamental del golpe militar, que consistió en haberse realizado conscientemente en contra de la cúpula de la jerarquía, que por otra parte fue ampliamente depurada en los días



siguientes. Esto implicó que el triunfo del movimiento militar cortó abruptamente la cadena jerárquica de mando, anulando en cierta forma la función tradicional de las fuerzas armadas como expresión jerarquizada de la violencia organizada del Estado. Pues bien, será en el espacio abierto por esa anulación/modificación del papel de las fuerzas armadas, por ese drástico debilitamiento del Estado, donde irrumpirá la explosión social y política de la masa, transformando así el golpe de Estado en una revolución. Para ayudarles a gestionar esta nueva, imprevisible y ampliamente incontrolada situación, los hombres del MFA se dirigirán lógicamente a los cuadros de los partidos de la izquierda opositora y a sus aliados. Por ironía de la historia, las izquierdas tradicionales portuguesas —el PS, el PCP y sus amigos y aliados políticos— llegaban al poder de la mano de un golpe militar, aunque bien diferente de aquel otro que 48 años antes había instalado el régimen que las lanzara durante casi medio siglo a la clandestinidad, a las prisiones y al exilio.

“Redes que el imperio teje...”.



## 5. LA REVOLUCIÓN PORTUGUESA DE 1974/75 Y LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA

La Revolución portuguesa desencadenada por el golpe militar del 25 de abril de 1974 fue la última revolución de izquierda de la Europa del siglo XX, y su influencia, al menos en el proceso de transición a la democracia en España tras la muerte de Franco en 1975 parece hoy ya indudable, pese a que la mayor parte de la historiografía española guarda un silencio casi total.<sup>102</sup>

También es indiscutible la sorpresa que produjo en las cancillerías europeas (donde los gobernantes socialistas y socialdemócratas de la Internacional Socialista oían con condescendiente escepticismo las advertencias de Mario Soares sobre la inminencia de la ruptura) y en la propia administración norteamericana. Nixon había enviado como embajador a ese fin del mundo donde no ocurría nada a un amigo personal que solo perseguía una tranquila jubilación y que se paseaba por las Azores cuando estalló el golpe. Durante varias semanas será incapaz de percibir (e informar de) lo que estaba ocurriendo. La propia antena de la CIA en Lisboa estaba desactivada. Y sin embargo, la inminencia de un golpe militar, de que “algo” iba a suceder, bien procedente de la extrema derecha o bien de los medios considerados “spino-listas”, era el tema de todas las conversaciones y preocupaciones en los medios políticos lisboetas.

---

<sup>102</sup> No obstante, la primera obra académica sobre la revolución portuguesa y su influencia en la transición española fue de un autor catalán (Josep Sánchez Cervelló, *A Revolução Portuguesa e a Sua Influência na Transição Espanhola*, Lisboa, Assírio & Alvim, 1993. Edición española con el mismo título en Madrid, Ed. Nerea, 1995).

Lo que me parece que es importante tratar de comprender en primer lugar son las condiciones históricas que hicieron que una crisis del régimen (el *impasse* del *marcelismo*) se transformase en una crisis revolucionaria; o, si se prefiere, cómo es que un golpe militar aparentemente tradicional da lugar a un proceso revolucionario. En segundo lugar, ¿cuál fue la naturaleza de esa Revolución de 1974/75 y cuál su desenlace? Planteado de otra forma: ¿cuál fue el papel de esa Revolución en la democracia portuguesa actual: un paréntesis que sobró o una marca genética sustancial?

### 5.1. DEL GOLPE DE ESTADO A LA REVOLUCIÓN

Ya antes hemos tenido la oportunidad de sugerir que el fracaso del *marcelismo* como vía de solución política para la guerra colonial y, por lo tanto, como proceso de transición democrática, genera una situación de *impasse* y de alto riesgo para el régimen. Éste se queda sin soluciones a los resultados inevitables de su política: el cansancio de la guerra, la crisis económica y financiera inducida por el final de la prosperidad europea y por los gastos militares, la agitación político-social creciente. De ese *impasse* surgen dos circunstancias determinantes, y que actúan conjugadamente, para la evolución próxima de los acontecimientos: una situación de alta tensión político-social y una conspiración militar de características peculiares.

En cuanto a la primera, la situación de presión social y política a la que condujo al país la involución del *marcelismo*, la realidad hablaba por sí misma: 100.000 huelguistas en las industrias y en los servicios entre otoño de 1973 y abril de 1974; las universidades en pie de guerra, ocupadas por los “gorilas” o por la policía, paralizadas en su funcionamiento, con casi todas las asociaciones de estudiantes cerradas y decenas de estudiantes presos; el boicot de las “oposiciones” a las elecciones a la Asamblea Nacional de 1973, desafiando las sanciones legales decretadas contra tal actitud, y el reencuentro de la unidad PCP/PS; la vuelta a las homologaciones políticas previas de las direcciones sindicales elegidas; las cargas de la policía de choque sobre los opositores reunidos en el Congreso de Aveiro de 1973; el cierre administrativo de las cooperativas culturales; el agravamiento generalizado de la violencia policial, en particular la de la policía política; el asesinato a tiros del estudiante José António Ribeiro Santos por agentes de la PIDE el 12 de octubre de 1972 durante un mitin estudiantil en Lisboa contra la represión.

Pero esta agitación política y social, por excesiva que fuese, no era susceptible por sí misma de conducir al derrumbe del régimen. No había una

“situación insurreccional”, una “situación revolucionaria” de la que el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) sería la expresión armada, como pretenden ciertas tentativas tardías de resucitar las tesis del “levantamiento nacional”.<sup>103</sup> El país era sin duda una caldera de presión, pero ésta solo explotaría por la ruptura que, en gran medida de forma involuntaria, abriría el golpe militar. Conviene tener presente que el MFA de las primeras horas del pronunciamiento quería que la gente se mantuviese en sus casas, quería evitar la contaminación de la “calle”. Es sintomático que la Marina, el sector de las fuerzas armadas donde existía una influyente organización clandestina del PCP antes del *25 de Abril*, se mantuviera en una posición inicial de expectativa, idéntica a la que ese partido había adoptado siempre en golpes anteriores: extraña actitud para quienes debían ser los intérpretes destacados de la expresión militar de la insurrección...O sea, como veremos, el golpe, por sus características, contribuyó decisivamente a la explosión revolucionaria, pero en sí mismo no es, ni inicialmente pretendía ser, la explosión revolucionaria, sino todo lo contrario.

La segunda circunstancia se refiere a esa conspiración militar que va a conducir al estallido de un golpe de naturaleza absolutamente singular en la historia de los pronunciamientos militares del Portugal contemporáneo. Singular en cuanto a la génesis, porque es un golpe fruto del cansancio de la guerra colonial. Es conocida la dificultad de vencer o de prolongar indefinidamente las “guerras contrainsurgentes”, sobre todo en países con libertad de opinión y de asociación. En Portugal la guerra solo pudo durar lo que duró por la existencia de un régimen dictatorial que la impuso como dogma indiscutible ligado al propio destino de la nacionalidad. Trece años después, no pudiendo ese cansancio manifestarse libremente a través de intervención cívica y política legal contra la guerra, vino a instalarse en las fuerzas armadas, sobre todo entre los oficiales de grado medio que son los que la conducen sobre el terreno.

Ésa, la que respecta al nivel jerárquico de los conspiradores, es la otra, y tal vez más importante, singularidad del golpe. En realidad los oficiales de grado superior de las tres armas están de forma compacta al lado del gobierno y de la política de guerra. Sólo había dos excepciones de importancia decisiva: la del Comandante del estado Mayor general de las Fuerzas Armadas

---

<sup>103</sup> Cf. Álvaro Cunhal, *A Verdade e a Mentida na Revolução de Abril: a Contra-revolução Confessa-se*, Lisboa, Ed. Avante!, 1999, p.p. 98-103.

(CEMGFA), general Costa Gomes, y la de su reciente vice-jefe, el general António de Spínola, ex-gobernador de Guinea, en donde, al constatar la imposibilidad de una victoria militar, había intentado inútilmente una vía de diálogo con la guerrilla del PAIGC (Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde) con vistas a un difuso proceso de autonomía progresiva y participada. La iniciativa había sido bloqueada por Marcelo Caetano, pero el *entourage* de Spínola en Bissau vendría a ser un importante núcleo de cuestionamiento de la política de guerra en el seno de la joven oficialidad de grado medio.

La cobertura institucional que los dos generales dan a la conspiración –aunque no se impliquen directamente en ella– resulta esencial para el progreso del movimiento sin graves accidentes represivos, al menos hasta el 16 de marzo de 1974. Después, el libro *Portugal e o Futuro*, de la autoría de Spínola y con la autorización formal de Costa Gomez, fue una especie de luz verde para el pronunciamiento militar, no tanto por las soluciones, ya sobrepasadas, que postulaba para la cuestión colonial, sino porque venía a mostrar la inanidad de la guerra y de la política del gobierno para acabar con ella.

Por consiguiente, es en el seno de la oficialidad del Ejército de grado medio, de los capitanes que comandan las compañías, donde se instala del núcleo del descontento, del cansancio y de la conspiración. La compañía era la piedra angular de la cuadrícula defensiva del territorio en el dispositivo militar colonial. Y el capitán que la mandaba era un joven oficial que acumulaba a ese nivel la jefatura operacional, logística, de personal y de informaciones. Se trataba de una excepcional concentración de responsabilidades (la más elevada en un oficial de grado medio), a la que se sumaban, como fruto de la experiencia vivida sobre el terreno de la falacia del “Portugal pluricontinental”, la noción de la injusticia de la guerra y la insoportable sucesión, sin un final a la vista, de comisiones de servicio en las colonias. Todo eso convertía la conspiración en un “movimiento de capitanes” –con algunos mayores y muy pocos tenientes-coroneles y coroneles– coadyuvados, después de que hubieran sido superadas las contradicciones corporativas de la fase inicial, por oficiales de complemento y otros oficiales subalternos, bajo el paraguas distante pero fundamental de los dos generales que formalmente no se comprometen...

La tercera singularidad, a la que antes aludíamos, es el rápido proceso de politización de la conspiración. Desde junio (primeras reacciones contra el Congreso de Combatientes) y julio de 1973 (inicio de la reacción colectiva

al decreto-ley nº353/73, que entorpecía, en beneficio de los oficiales de complemento, la progresión profesional de los oficiales de carrera) al mes de marzo de 1974, los cerca de 300 oficiales comprometidos en este movimiento pasan, de reunión plenaria en reunión plenaria, de la reivindicación corporativa centrada en la carrera o en el “honor de las fuerzas armadas”, a la conciencia de la necesidad de derribar al gobierno por la fuerza e instaurar la democracia como condición necesaria para poner fin a la guerra colonial. Éste se convierte en el objetivo central del movimiento, surgiendo los demás de la progresiva comprensión de que resultaban imprescindibles para alcanzarlo: sólo con la democracia se acabaría la guerra.

Esa politización (recuérdese que, pese a los retrocesos legislativos del gobierno en agosto de 1973, o incluso cuando se llega a suspender la legislación origen del conflicto en octubre de ese año, la conspiración no solo no se detiene, sino que asume, ya sin tapujos, sus propósitos políticos) tiene causas próximas conocidas: la influencia del fuerte movimiento anticolonialista estudiantil en las filas (bien por la vía de los oficiales de complemento, bien a través de oficiales de la academia que tienen que frecuentar las universidades); el ambiente de descontento de la sociedad portuguesa del final del *marcelismo*, proyectado en la desmotivación y desmoralización dentro de los cuarteles; el papel individual muy importante de algunos pocos oficiales ya politizados e incluso con vinculaciones políticas con las oposiciones, tanto en la Marina como en el Ejército, y que rápidamente toman una posición destacada en el movimiento (el caso típico es el de Melo Antunes, redactor, del Programa del Movimiento de las Fuerzas Armadas, en el que se consagra buena parte de las reivindicaciones de las oposiciones de izquierda).

Sea como fuere, en marzo de 1974, en vísperas del pronunciamiento, el Movimiento de las Fuerzas Armadas clandestino había creado una situación de equívoco verdaderamente singular: sin que éstos se aperciesen, había quitado al gobierno y a la jerarquía militar capacidad operacional sobre el Ejército y las demás armas; pero también se la había sustraído a los generales disidentes minoritarios, por mucho que el general Spínola estuviese convencido de lo contrario. Y esto tendrá una extraordinaria importancia en el futuro. El Estado y la jerarquía no tienen verdadero control sobre las fuerzas armadas el 25 de Abril. Así, cuando estalla el golpe, tanto en la Marina, como en el Ejército, como en la Fuerza Aérea, quienes no lo apoyan, se recusan a combatirlo o se suman a él cuando perciben sus posibilidades de victoria. Pero tampoco el general Spínola obtiene el control que había perdido la “brigada

del reumático”.<sup>104</sup> Solo en esa noche, durante los acalorados debates en el cuartel general de los revoltosos, en Pontinha, comprenderá que el MFA había suplantado de forma revolucionaria a la jerarquía tradicional de las fuerzas armadas convirtiéndole en un general casi sin tropas.

De esta forma, la victoria de este movimiento de oficiales de grado medio, de que el MFA pasa a ser la expresión político-militar, genera un conjunto de consecuencias de la máxima importancia en la eclosión del proceso revolucionario.

- a) Rompe la cadena jerárquica de mando de las fuerzas armadas, sustrayéndolas al control tradicional del Estado y de los mandos jerárquicos por él designados, y de esa forma paraliza o anula la función normal de las fuerzas armadas como órgano central de violencia del Estado, o sea como espina dorsal del poder del Estado. En ese sentido, deja de haber fuerzas armadas y pasa a existir una doble y paralela jerarquía: los restos de la jerarquía tradicional retomada por Spínola y por la Junta de Salvación Nacional (JUN), que éste intenta sin éxito movilizar “contra el caos” y en “defensa del orden”; y el MFA en cuanto movimiento político-militar revolucionario, que poco después tratará de controlar los principales sectores operacionales de las tres armas a través del Comando Operacional del Continente (COPCON) cuya jefatura se entrega a Otelio Saraiva de Carvalho.
- b) Esa delicuescencia del poder militar debilita, pulveriza y paraliza todos los demás órganos del Estado. El propio 26 de abril el poder se divide entre la Junta de Salvación Nacional, el Consejo de Estado y el Gobierno Provisional (sin control sobre las fuerzas armadas, realmente desprovisto de fuerza coactiva dada la parálisis de la Policía de Seguridad Pública y de la Guardia Nacional Republicana, objeto ambas de fuerte contestación popular). En el Consejo de Estado está representada la dirección del MFA (Comisión Coordinadora del Programa), que detenta el poder militar y, de hecho, condiciona todo. Es un poder político policéntrico, con competencias sobrepuestas y contradictorias, que técnicamente actúa en dictadura, pero carece de unidad política o de fuerza militar para imponerse frente a la onda revolucionaria que atraviesa el país, incluso

---

<sup>104</sup> Denominación aplicada por los oficiales rebeldes a la cúpula militar que, con las elocuentes ausencias de Costa Gomes y Spínola, el 14 de marzo de 1974 hizo expresa manifestación de su lealtad al Presidente del Consejo de Ministros y a la política ultramarina del gobierno. (N.T.)



porque quien detenta esa fuerza, el MFA, a pesar de las múltiples vacilaciones y contradicciones, tenderá a colocarse al lado del proceso revolucionario, suplantando sus delegados a la burocracia normal de los ministerios en casi todas las circunstancias más complicadas o conflictivas.

- c) Finalmente, tras el golpe del *25 de Abril* se produce el inmediato cese de la guerra colonial en sus tres frentes, porque el golpe se había dado con esa finalidad. En breve, toda la máquina militar quedará paralizada: confraternización de las tropas portuguesas con los guerrilleros; asambleas de oficiales y soldados, convocados por el MFA, que presionan para que se inicien negociaciones con los movimientos de liberación en los términos requeridos por éstos; exigencias de desplazamiento al litoral del dispositivo militar para su embarque hacia la metrópoli; manifestaciones en Portugal contra nuevos embarques de tropas. Todo esto marcará los límites estrechos en que se procesará la descolonización, después de que Spínola se hubiera visto obligado a aceptar la ley de Julio de 1974 que abría el camino al final del “imperio”. Se trata de una descolonización negociada por un poder político-militar de Lisboa sin fuerzas armadas, sin una autoridad fuerte y dotada de clara legitimidad negociadora, lo que constituía expresión de la fragmentación del Estado también en el plano de su representación exterior, sin opinión pública interna y sin opinión pública internacional (ONU y OUA exigen el reconocimiento del derecho de autodeterminación e independencia a favor de los movimientos armados de liberación nacional como únicos interlocutores reconocidos)

De esta forma, se unen tres circunstancias para explicar la transformación del golpe de Estado en explosión revolucionaria: el apagamiento o la neutralización de las fuerzas armadas como instrumento de la violencia del Estado, e incluso la transformación de parte de ellas en movimiento político-militar revolucionario; la pulverización y debilitamiento general del poder del Estado, y la explosión, facilitada y apoyada por las circunstancias anteriores de tensión social y política acumulada, como una especie de olla a presión, en la fase terminal del anterior régimen. Ante el debilitamiento del Estado y el cambio de papel y de naturaleza de las fuerzas armadas, se liberan las tensiones acumuladas, estallan de golpe todas las esperanzas, protestas y reivindicaciones, y el movimiento popular pasa a la ofensiva. Comprendía que podía vencer al Estado sin que éste pudiera vencerle; que el poder estaba débil y dividido y ya no podía gobernar, mientras que él ahora sí podía hacerlo. Era el comienzo de la Revolución portuguesa de 1974/75.

En este sentido, hay dos ideas que conviene precisar. Históricamente las grandes revoluciones no son, nunca lo fueron, sesudas operaciones de estado-mayor claramente delineadas en su dirección principal, etapas, planes, etc... Son un desorden subversivo en marcha, grandes movimientos telúricos de masas apuntando al derrumbe del orden establecido y que la mayor parte de las veces estallan sin que ningún directorio político las convoque; donde seguramente existen partidos y movimientos políticos que teorizan, que prevén, que actúan antes o después, pero donde la ola social de choque los trasciende con mucho. Al ser explosiones que resultan de condicionamientos y de factores históricos acumulados, las revoluciones no dejan sin embargo de constituir procesos estructuralmente espontáneos en su estallido y en sus dinámicas. Demuestran sin embargo una misteriosa inteligencia colectiva, una doble y casi siempre certera y difusa intuición: la intuición del momento (la comprensión de la correlación de fuerzas: “podemos vencerles; no tienen fuerza para derrotarnos”) y la intuición de la propia fuerza (la conciencia de gentes sencillas, de los más débiles, del mundo de los trabajadores, de que en ese momento pueden cambiar el mundo con sus manos, de que el futuro está a su alcance, de que vale la pena intervenir, de que todo es posible). Esto es lo que fue la Revolución portuguesa de 1974/75. Y no tiene sentido ponderar la naturaleza históricamente revolucionaria de un movimiento social por su desenlace, porque entonces solo habría revoluciones si éstas resultaran victoriosas...

La Revolución de 1974/75 fue un proceso revolucionario, primero frenado y después ampliamente vaciado de contenido en el transcurso de un dilatado proceso político-legislativo contrarrevolucionario, que probablemente aún no ha concluido. Pero durante los 19 meses que duró, entre el 25 de abril de 1974 y el 25 de noviembre de 1975, trataría de cambiar de forma radical la faz económica, social y política del país. La democracia institucionalizada en 1976, fruto, es cierto, de la contención de la Revolución, quedaría sin embargo marcada por ésta, de forma genética y decisiva. Porque, a pesar de todo, fue una democracia salida del proceso revolucionario y no, como pretende la revisión conservadora de ese período, impuesta frente a ella. Así, la Revolución de 1974/75 constituye la marca de origen específica de la democracia política portuguesa, el principal factor que la torna viable y define su perfil inicial. Precisamente cortarle esa amarra constituye el principal propósito teórico del mencionado revisionismo historiográfico, plagado de evidentes efectos políticos en los días que corren.

## 5.2. LOS CAMBIOS DE LA REVOLUCIÓN

En sus ondas de propagación, el movimiento revolucionario conoce dos períodos ofensivos de particular importancia: entre mayo y agosto de 1974, que es el período de arranque más claramente espontáneo, con varios movimientos sociales desencadenados contra la voluntad y las consignas de orden del PCP y de la Intersindical; y de marzo a agosto de 1975, que representa una fase más políticamente marcada por la influencia del PCP y del activismo de izquierda radical, que se expresaría en la reforma agraria, en las nacionalizaciones, en el control obrero, etc...

De forma general puede decirse que la Revolución de 1974/75 representó históricamente la más profunda y amenazadora sacudida sufrida por una oligarquía que siempre había reinado en Portugal incólume y segura de sí misma: arraigada en sus privilegios, en la desigualdad de derechos, en la arbitrariedad, en la injusticia social y sin que ninguna convulsión la amenazara seriamente desde el advenimiento del orden liberal. El *25 de Abril* representó el “gran susto” de quienes se habían habituado a ver el mundo a sus pies. Sus herederos, los actores del proceso de reconstrucción de las clases dominantes y de sus élites posrevolucionarias, no lo olvidaron, y no necesariamente para peor, porque si ese “gran miedo” no acabó con los oligarcas, como entonces se pretendía, tal vez haya contribuido a la modernización de la cultura política y social de sus élites.

Pero hubo realidades que mudaron profundamente, aunque algunas de ellas de forma efímera. ¿Cuál fue entonces la “obra” de la Revolución de 1974-75?

Fue, como hemos visto, un movimiento revolucionario el que puso término a la guerra colonial e inició el proceso de descolonización, marcado por los dramáticos condicionamientos políticos y militares originados por la coincidencia de ese proceso con la convulsión revolucionaria. Amputado del “imperio”, colocábase al país en uno de los más complejos y graves desafíos estratégicos de su historia: el de tener que redefinirse en el plano internacional. Problema éste particularmente mal asumido en el plano de la conciencia, mal discutido y mal comprendido entre las convulsiones del proceso revolucionario o en su rescoldo duro y conflictivo. El país irá deslizándose hacia la Comunidad Económica Europea en la que se integrará, sin haberse realizado nunca sobre el tema un debate digno de ese nombre ni siquiera una consulta popular.

Fue también un movimiento revolucionario orientado hacia la democratización del Estado, un terreno en que la iniciativa popular suplantó y superó ampliamente al movimiento militar en un doble sentido. En primer lugar, porque destruyó el núcleo duro del aparato represivo del anterior régimen. Fue efectivamente el pueblo el que asaltó la sede de la policía política en Lisboa (significativamente dejada de lado por la orden de operaciones del *25 de Abril*), donde murieron varias personas por los disparos de los agentes sitiados; fue el pueblo el que se concentró en los fuertes de Caixias y Peniche, imponiendo la liberación sin condiciones de todos los presos políticos (a lo que Spínola se oponía); el que “cazó a los pides” en las calles; el que asaltó y destruyó la sede de la censura; el que, en grandes asambleas de empresa, de instituciones educativas, de ministerios, depuró a quienes consideraba responsables de actos de represión o de vinculaciones con el anterior régimen. En segundo lugar porque ese movimiento popular conquistó las libertades públicas (de asociación, de expresión, de reunión) en la calle, por iniciativa propia, mucho antes de su consagración legal por el gobierno provisional. Las libertades fundamentales no fueron concedidas, sino conquistadas, y ésa es una de las más importantes marcas genéticas de la democracia portuguesa: una democracia política cuyos fundamentos son un fruto directo e inmediato del proceso revolucionario.

Fue un movimiento revolucionario en pro de la justicia social que por fuerza de su propia dinámica alteró al menos durante algunos años las relaciones históricamente inicuas entre el capital y el trabajo en nuestro país: conquistó en el propio proceso de lucha social desde los últimos días de abril el derecho a la huelga y a la libertad sindical; alcanzó reivindicaciones básicas y duraderas en la redistribución de la renta, el salario mínimo, la reducción de la jornada de trabajo, vacaciones pagadas, seguros de enfermedad y de alimentación; depuró a las empresas de los elementos acusados de “colaboradores del fascismo” o de “sabotaje económico”. También la democracia social sería un producto directo de la iniciativa popular.

Fue un movimiento revolucionario que dio lugar a la mayor democratización del acceso a la vida pública y a la más profunda remodelación y ampliación de las élites en la historia del país, a través de la democratización del acceso a la enseñanza y de la vida política y social a todos los niveles, con la multiplicación de los órganos electivos y de los elegidos en el terreno de las instituciones públicas representativas nacionales y locales, pero también de universidades, institutos, sindicatos y asociaciones de todo tipo. No solo

se registrará una renovación muy sustancial de la élite política de la administración central (diputados, ministros, gobernadores civiles, directores generales, profesores universitarios, aunque manteniéndose fuertes continuidades en la magistratura y en la diplomacia), sino que muchos millares de ciudadanos y ciudadanas, a menudo procedentes de estratos sociales marginados de cualquier forma de participación, serán escogidos para ejercer funciones en gobiernos locales, sindicatos, órganos directivos de los colegios, comisiones de vecinos y de trabajadores, asociaciones culturales, etc... Por mucho que esta voluntad de participación haya retrocedido con el tiempo o se le hayan estrechado los canales de acceso, estructuralmente algo profundo y esencial cambió en lo que respectaba a la ampliación, diversificación y especialización de las élites en Portugal.

Fue un movimiento revolucionario que intentó introducir profundas alteraciones en la estructura económica y social del país, nacionalizando el capital extranjero y los grandes grupos económicos, ocupando y expropiando las tierras de los latifundistas, instituyendo el control obrero. Desde la primera ofensiva del verano del 74 se verificaron casos de ocupación y autogestión por los trabajadores de empresas abandonadas por los patronos o de intervención por parte del Estado. Pero fue el rescoldo del 11 de Marzo de 1975, bajo la fuerte influencia del PCP, cuando se decretan las nacionalizaciones y se legalizan, mediante la legislación de la reforma agraria, las ocupaciones de tierras por los asalariados rurales que se habían iniciado a comienzos del año. De ahí resultarán las tentativas, casi siempre débiles y malogradas, de control obrero en las empresas nacionalizadas y la creación de cooperativas y unidades colectivas de producción (UCP) en las tierras ocupadas. Más espontáneo y marginal sería el movimiento popular de ocupación de casas en zonas de viviendas degradadas de Oporto, Lisboa y Setúbal, conjugado a veces con las experiencias de autoconstrucción del proyecto SAAL.<sup>105</sup> Excusado será decir que fue en los dominios que en último término se referían a la base material y social del poder donde se verificó de forma más inmediata, más profunda y más continuada la contrarrevolución política y legislativa de los gobiernos constitucionales. Las privatizaciones de las empresas nacionalizadas, la devolución de las tierras ocupadas y el desalojo de las casas constituirían desde el

---

<sup>105</sup> Cf. José Manuel Bandeirinha, *O Processo SAAL de Arquitectura no 24 de Abril de 1974*. Tesis de Doctorado, Dpto. de Arquitectura da Faculdade de Ciências e Tecnologia da Universidade de Coimbra. Mecanografiado. Diciembre 2001.

primer gobierno constitucional hasta nuestros días el permanente telón de fondo de los argumentos esgrimidos sobre la “normalización democrática” o la “integración europea”.

Fue un movimiento revolucionario que, de forma local y espontánea, creó en las empresas y en los barrios nuevas formas de poder, de representación y de gestión, los “órganos de poder popular”: comisiones de trabajadores y comisiones de vecinos que vendrían a tener consagración institucional y legislativa. Son esos organismos, directamente elegidos por el universo de los trabajadores y de los vecinos, los que dirigen las luchas, ocupan, gestionan, ejercen el control obrero y organizan, frecuentemente en conflicto con la organización sindical o con los poderes de la administración local. La una y los otros acabarían por subordinar esas luchas a su lógica de funcionamiento, allí donde el reflujo del movimiento popular no dictó la desmovilización y su desaparición casi total.

Fue un movimiento revolucionario que permitiría lanzar las bases de una nueva generación de políticas de carácter universal, general y tendencialmente gratuito para los principales servicios de interés público: la democratización del acceso a la educación, el Servicio Nacional de Salud y la generalización de la seguridad social que, con inflexiones y particularidades diversas pero dentro del mismo modelo, persistirían hasta la reciente contrarreforma legislativa en este terreno.

Fue un tiempo de reificación y radicalización de la política como referente organizador de lo privado y de lo cotidiano; un tiempo de floración de partidos, de militancias esforzadas y conscientes, de participación intensa en el partido, en el barrio, en la fábrica, en la escuela, en la manifestación, en las asambleas, de sectarismos ciegos y apasionados, de ausencia de miedo a usar la palabra o a quedar en minoría, de revoluciones también en los hábitos y en los comportamientos, de una nueva televisión, de una nueva radio, de nuevas películas y obras de teatro, de murales que cubrían las calles y las plazas, de valerosas osadías y de firmes certidumbres, de entrega y de esperanza sin fin, de algunas victorias y de derrotas. Tiempo de revolución, en suma.

### 5.3. EL DESENLACE DE LA REVOLUCIÓN. LA DEMOCRACIA PARLAMENTARIA

Podemos considerar tres grandes fases en la historia del proceso revolucionario de 1974/75. No es propósito de este ensayo realizar un análisis detallado del mismo, que por otra parte ya ha sido objeto de recientes e importantes

trabajos de investigación,<sup>106</sup> sino tan solo tratar de entender cómo evolucionan y se organizan las grandes fuerzas en presencia, y cuál fue el desenlace de su confrontación.

De acuerdo con este enfoque no me parece muy pertinente el debate presente en cierta historiografía sobre el período acerca del predominio de los militares o de la hegemonía de los partidos en el proceso revolucionario.<sup>107</sup> Y no tanto porque el problema no sea relevante para el análisis histórico del período, sino porque se trata de una resultante, inestable y variable, de realidades más sustanciales. Pienso que lo esencial es detectar en cada fase del proceso cuáles son los grandes frentes políticos y sociales en que se dividen las fuerzas en presencia; qué es lo que está en causa en cuanto a la sociedad presente y futura; en torno de qué cuestiones fundamentales se entablan los combates por la hegemonía del Estado y por el control de la economía. Cada uno de esos frentes correspondía a intereses, aspiraciones y estrategias que tenían su expresión político-partidaria y también militar. Y las relaciones entre ambas, la forma de su intervención –conjunta o separadamente– en el proceso, el mayor o menor protagonismo que asumen, la respectiva capacidad de liderazgo, todo eso variará a lo largo de cada etapa del proceso, no siendo posible establecer teorías generales sobre el predominio de los partidos políticos o de los militares.

Al detentar las diversas facciones militares en que se dividen las fuerzas armadas y el MFA la mayor parte de la fuerza y al caberles en exclusiva el argumento final del uso de las armas, mientras que el control que sobre ellas ejercían el Estado y los partidos era algo siempre difuso e imprevisible, los militares siempre tendrán a lo largo del período revolucionario un peso sustancial en las decisiones últimas. No es que deba verse en esto una especie de trascendental “inteligencia estratégica” de la “institución militar”, hábilmente “metamorfoseada” en MFA o en varios MFA para pilotar las transformaciones del país,<sup>108</sup> por la sencilla razón, como antes sugerí, de que la institución

---

106 Cf. Maria Inácia Rezola, *O Conselho da Revolução e a Transição para a Democracia em Portugal*, Lisboa, Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa. Tesis de Doctorado mecanografiada, 2004.

107 Cf. Joseph Sánchez Cervelló, *op. cit.*; António Reis “A Dialéctica entre as Componentes Militar e Civil no Processo Revolucionário do 25 de Abril” in *Revista de História das Ideias*, 17 (1995); José Medeiros Ferreira, “Portugal em Transe”, vol. 8 in José Mattoso (dir), *História de Portugal*, Lisboa, Estampa, 1994.

108 Cf. José Medeiros Ferreira, *op. cit.*

militar dejó de existir como tal el *25 de Abril*, fragmentándose en distintos grupos político-militares que luchaban entre sí por la dirección del proceso revolucionario, con estrategias antagónicas para el futuro del país y con distintos sistemas de alianzas político-partidarias para realizarlas: primero, hasta el 28 de septiembre de 1974, los restos de la jerarquía militar en pugna contra el MFA; luego, desde el 11 de Marzo de 1975 al 25 de Noviembre de 1975, las distintas facciones del MFA, en una lucha interna entre sí que rondaría la guerra civil. Pero esos diferentes grupos militares, esas facciones antagónicas de las fuerzas armadas detentarán (salvo excepcionales distribuciones de armas a los civiles) el monopolio del uso de la violencia armada, ganado así —como también con la ausencia del poder tutelar del Estado y con las dificultades del control por los partidos políticos— un ineludible poder de influencia sobre los acontecimientos.

En el primer período, entre el 25 de abril y el 28 de septiembre de 1974 —la fase *spinolista* del proceso— es derrotada la tentativa del general Spínola —aliado a lo que restaba de la jerarquía militar y de las fuerzas políticas de centro y de derecha que lo apoyaban— de realizar el programa que Marcelo Caetano no había querido o podido llevar a cabo: una “democracia fuerte” en el plano interno; y una solución federal en el plano colonial. Teniendo como telón de fondo una vasta explosión de luchas y reivindicaciones del mundo del trabajo que va a obtener sus primeras conquistas históricas en este período, el MFA, apoyado por los partidos de izquierda, logra oponerse a las iniciativas de Spínola para asumir el control del aparato del Estado y de las fuerzas armadas. Aún más, va a imponerle la ley de descolonización y a conducirlo a la dimisión, después de haber abortado la movilización final de la “mayoría silenciosa” para la manifestación del 28 de septiembre destinada a apoyar a Spínola como Presidente de la República.

El período siguiente, que puede hacerse llegar hasta el 11 de marzo de 1975, inicia una primera fase de radicalización del proceso hacia la izquierda, con un PCP que sale de su contención originaria para acometer una política de apuesta fuerte en los militares revolucionarios y en las estructuras de las fuerzas armadas, al abrigo de la “Alianza Pueblo-MFA”. La V División del Estado Mayor general de las Fuerzas Armadas, controlada por los cuadros del PCP y sus partidarios en la Marina y en el Ejército, se transforma en un aparato poliédrico de propaganda y difusión ideológica; se lanzan en el norte del país las “campañas de dinamización cultural”; se gana la batalla de la unicidad sindical; se rechaza por excesivamente moderado el “Plan Melo Antunes” para el desarrollo económico (elaborado con la ayuda de especialistas próximos al



Partido Socialista); se intenta eliminar a la extrema izquierda; comienza a hablarse de retraso de las elecciones para la Asamblea Constituyente con vistas a la consolidación previa de la Revolución que ahora pasa a tener un rumbo claro: el socialismo. En esta fase, el PCP inicia su estrategia de aproximación al poder a través de un progresivo dominio sobre el MFA, sobre el aparato militar, sobre la administración local, sobre la máquina sindical y sobre los principales centros de decisión y de información (periódicos, radios, Radio Televisión Portuguesa). La finalidad es cumplir los objetivos de la “revolución democrática nacional” y avanzar “ordenadamente” hacia una democracia popular, o sea, hacia un socialismo de corte soviético.

El otro polo que por entonces comienza a delinearse gravita en torno al Partido Socialista, que aún tiene escasa influencia en el MFA y que se muestra empeñado en recuperar a Spínola y a los *spinolistas* como brazo militar de la resistencia frente al aumento de la influencia del PCP. El socialismo del que este núcleo habla es muy distinto: es un socialismo “en libertad”, parlamentario, pluralista y “occidental”, y sus partidarios se afirman sobre todo en el rechazo y resistencia a las medidas y propósitos que denuncian en el PCP, sobre todo en la cuestión de la unicidad sindical. Pero su caballo de batalla, su cuidado permanente, consiste en asegurar la celebración de las elecciones a la Constituyente. Soares y sus seguidores comprendían que ese era el núcleo de la cuestión: se trataba de oponer a la legitimidad revolucionaria, que, según todo parecía indicar, daría el poder al PCP, la legitimidad de las urnas y del voto popular que inclinaría la balanza a favor de las fuerzas que estaban en contra, lo que, antes o después, cambiaría el rumbo de todo el proceso.

Por entonces, y a pesar de ciertas contradicciones, el PCP aún ejercía fuerte influencia sobre los oficiales revolucionarios anti-spinolistas pero no comunistas del MFA, que se hallaban reunidos en torno de individuos de prestigio en la dirección del movimiento, como Melo Antunes, Vasco Lourenço, Vitor Alves, Pezarat Correia, Franco Charais, etc.... En este sector hay simpatías por la idea de un MFA/ “vanguardia” del proceso revolucionario, por la experiencia peruana del general Alvarado, por un socialismo de resonancias “tercermundistas” como entonces se decía, que no fuese ni la burocracia opresora del modelo del Este, ni la delicuescencia socialdemócrata europea. Pero de momento este sector, que apoya la unicidad sindical frente a la contundente protesta del PS, aún estaba más próximo a las posiciones del PCP. Tendrá que venir la aceleración del 11 de Marzo para que el MFA se escinda en varios grupos portadores de proyectos contradictorios.

Los dos campos que dividen las aguas de la sociedad portuguesa en el período final del proceso revolucionario comienzan a clarificarse después del 11 de Marzo de 1975, cuando fracasa un proyectado golpe del general Spínola para retomar el poder, y todo el proceso se radicaliza en dirección izquierdista bajo la creciente hegemonía del PCP y de sus aliados militares. Cada uno de esos campos concentra alianzas muy amplias, heteróclitas y contradictorias.

El campo al que designaré como el de la revolución socialista integraba a dos sectores que se movían en una alianza inestable. El principal era el del PCP y sus aliados en el MFA y en el gobierno provisional, donde en todo caso había logrado sólidas influencias políticas, institucionales y operacionales. Bajo el impulso de la drástica radicalización originada por la derrota de la intentona *spinolista* (había quien la llamase “inventona”, considerando que los *spinolistas* habían actuado prematuramente cayendo en una deliberada provocación montada por sus adversarios) se crea el Consejo de la Revolución como centro de mando único del proceso revolucionario (se disuelven la Junta de Salvación Nacional, el Consejo de Estado y la Comisión Coordinadora del MFA). Se efectúan numerosas prisiones entre los sectores conservadores y en la extrema izquierda maoísta más rabiosamente contraria al “social-fascismo”, como llamaba al PCP, intentando ilegalizar al MRPP y a la Alianza Obrera y Campesina (AOC). Y se decreta la nacionalización de la banca (lo que arrastra consigo la de los principales grupos financieros); se aprueba la ley de reforma agraria; aumenta la presión a favor del control obrero; se aceleran y amplían las ocupaciones de tierras, iniciadas en realidad por los trabajadores rurales desde principios de 1975 frente al incumplimiento por los propietarios de los acuerdos con los sindicatos. Culminando negociaciones iniciadas antes del 11 de Marzo, el 11 de Abril se firma el I Pacto MFA-Partidos (suscrito por el PS, el PPD,<sup>109</sup> el PCP, el MDP<sup>110</sup> y el CDS<sup>111</sup>), donde se establecían límites a la acción de la futura

---

109 Procedente del “ala liberal” que había intentado forzar desde dentro del *marcelismo* una transición democrática, el Partido Popular Democrático surgió tras el 25 de Abril bajo el fuerte liderazgo de Francisco Sá Carneiro. En 1976 pasó a denominarse “Partido Social Demócrata” (PSD). (N.T.)

110 “Movimiento Democrático Portugués”. Procedía de la Comisión Democrática Electoral, impulsada por el PCP para concurrir a las elecciones de 1969. Obedecía a un desdoblamiento táctico del PCP. (N.T.)

111 “Centro Democrático y Social”. Liderado por Diogo Freitas do Amaral, fue creado tras el 25 de Abril aglutinando a sectores democristianos vinculados al *marcelismo*. (N.T.)

Asamblea Constituyente, consagrando previamente el papel institucional de los órganos del MFA.

El objetivo de instaurar un régimen de “democracia popular” trataba de alcanzarse mediante la estrategia de penetración de las instituciones político-militares, con el respaldo, siempre que parecía necesario, de la presión de la calle.

El otro sector era el del COPCON, comandado por el general en funciones Otelio Saraiva de Carvalho, dotado de fuerte poder operacional y sostenido por varios grupos de la izquierda radical. En este sector, donde la dispersión político-ideológica era muy intensa, se pretendía establecer un “poder popular”, apoyado sobre los órganos populares de base y en un asalto al poder mediante la movilización revolucionaria armada en las calles y en los campos apoyada por las fuerzas del COPCON.

Serán estos sectores de la izquierda radical, siempre con el apoyo o la protección del COPCON, los que desde mayo de 1975 protagonizarán algunas de las confrontaciones más emblemáticas en un país que parecía encaminarse a la guerra civil: el “caso *República*” y el de la *Rádio Renascença* (iniciado con anterioridad),<sup>112</sup> o sea, la “apropiación” del diario del Partido Socialista y de la emisora de la Iglesia Católica por sectores de activistas que pasan a controlarlos hasta que el primero acaba por cerrarse (sin devolverse al PS) y la segunda resulta silenciada con una bomba; o el asalto a la embajada y al consulado de España en Lisboa en protesta por las ejecuciones de nacionalistas vascos ordenadas por Franco.<sup>113</sup>

La reacción del PS y de la Iglesia Católica a esta escalada fue la que podía preverse. El PS (seguido por el PPD) abandona como consecuencia del “caso *República*” el gobierno provisional y se echa a la calle organizando grandes manifestaciones para cortar el paso al “gonçalvismo”.<sup>114</sup> Y la jerarquía católica hace lo mismo en defensa de la *Rádio Renascença* y de la “libertad religiosa”. Enseguida, en ese mismo verano, mientras la extrema derecha se lanza desde sus santuarios de España por la vía terrorista contra partidos

---

<sup>112</sup> Cf. Paula Borges Santos, *A Igreja e o 25 de Abril: O Caso “Rádio Renascença”, 1974-75*, Lisboa, Faculdade de Ciências Sociais e Humanas, Universidade Nova de Lisboa, Lisboa, 2003. Tesis de “Mestrado” en “História dos Séculos XIX e XX. Secção Século XX”.

<sup>113</sup> Las ejecuciones por delito de terrorismo afectaron a tres miembros del FRAP (Frente Revolucionario Antifascista Patriótico) y dos de ETA. (N.T.)

<sup>114</sup> Del coronel Vasco Gonçalves, que presidió los Gobiernos Provisionales II, III, IV y V. (N.T.)

y personalidades de la izquierda y prepara acciones militares de mayor envergadura, ciertos sectores de la jerarquía católica norteña secundan esas maniobras y aprovechan las concentraciones religiosas para azuzar a parte de la población contra el PCP, el MDP o la UDP,<sup>115</sup> cuyas sedes son asaltadas e incendiadas en cadena. El padre Max, de la UDP es asesinado en un atentado con bombas del MDLP<sup>116</sup> en el norte del país.

Es preciso entender que en realidad la inversión de la correlación de fuerzas contra el bloque hegemónico por el PCP había comenzado bastante antes: justamente a raíz de la derrota electoral que sufre ese partido en las elecciones para la Asamblea Constituyente del 25 de abril de 1975, donde el PS (37,8%) y el PPD (26,3%) emergen como los partidos más ampliamente votados, frente a unos escasos 12,5% del PCP (más un 4,1% del MDP). No habiendo tenido fuerza para impedir la celebración de elecciones constituyentes, el PCP y la izquierda radical ven cómo la legitimidad revolucionaria que invocaban para liderar el proceso es desafiada por la política y simbólicamente fortísima legitimidad de las urnas. Al cabo, el *25 de Abril* se había hecho en nombre de la democracia y de la libertad de elección.... Todo lo que ocurrirá en adelante girará alrededor de esta disyuntiva ineludible: o intentar desconocer, minimizar, apagar el resultado de las elecciones, en lo que se empeñarán el PCP –aunque no de forma explícita en el discurso oficial– y sus aliados dentro y fuera del MFA; o atenerse a esos resultados y a la lógica política de la legitimidad electoral. Esto último es lo que acabará por suceder.

En torno de este problema crucial se fraccionará el MFA con la aparición del Documento de los Nueve, entregado al Presidente de la República el 7 de agosto de 1975. Constituido así un frente apoyado en la mayoría salida de las urnas y en la idea de la necesaria compatibilidad entre el “socialismo”, el “pluralismo” y la democracia parlamentaria, el retroceso del frente “gonçalvista” resultó inevitable, incluso porque en el momento álgido fue abandonado por los “otelistas”<sup>117</sup> del sector que gravitaba en torno al COPCON:

---

115 “Unión Democrática Popular”. Integrada por tres grupos de extrema izquierda, fue creada a fines de 1974 como frente electoral, transformándose después en partido político. (N.T.)

116 “Movimiento Democrático de Liberación de Portugal”, surgido en el entorno contrarrevolucionario del general Spínola tras el golpe fallido del 11 de Marzo de 1975 (N.T.)

117 De Otel Saraiva de Carvalho, autor del operativo del golpe del *25 de Abril* y responsable del poderoso COPCON. (N.T.)

El Frente de Unidad Revolucionaria (FUR), que reunía a varios grupos de izquierda radical bajo el patrocinio del COPCON, solo cuenta durante tres escasos días (del 25 al 28 de agosto) con el apoyo del PCP; la V División es cerrada el 27 de agosto sin apenas reacción de los “gonçalvistas”; los “Nueve” son readmitidos el 25 de agosto en el Consejo de la Revolución; el día 29 Pinheiro de Azevedo es formalmente encargado de constituir el sexto gobierno provisional y Vasco Gonçalves es exonerado como primer ministro el 12 de septiembre. En la asamblea extraordinaria del Ejército reunida en Tancos el 2 de septiembre Vasco Gonçalves no consigue imponerse como candidato a la jefatura del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas. En la Asamblea del MFA, también reunida en Tancos tres días más tarde, los “gonçalvistas” pierden la mayoría de los consejeros que les son afectos en el Consejo de la Revolución, incluido al propio Vasco Gonçalves. En el norte del país, el 13 de septiembre, el “gonçalvista” Eurico Corvacho es definitivamente sustituido por el conservador Pires Veloso en el mando de la Región Militar.

Los vientos habían cambiado de dirección. Y en consecuencia, en una especie de fuga hacia delante y como reacción a los grandes reveses sufridos por el PCP en ese verano de 1975, entre septiembre y noviembre, bajo el impulso de la izquierda radical y con el apoyo de importantes sectores del PCP (no siempre de su dirección), crece una ola de movilización política que culmina el 13 de noviembre con el cerco de los huelguistas de la construcción civil a la Asamblea Constituyente reunida en Sao Bento. Poco después, el 25 de noviembre, en una operación programada, son ocupadas por los paracaidistas las bases aéreas y el mando de la I Región Aérea de Monsanto, y, en conexión con ello, son tomadas por las tropas del COPCON posiciones estratégicas en Lisboa —especialmente la RTP y la Emisora Nacional—, al tiempo que se realizan llamadas a la huelga general por parte de los sindicatos y por movilizaciones civiles. El propósito invocado es la dimisión del Comandante del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas, Morais Silva y de los representantes de la Fuerza Aérea en el Consejo de la Revolución, así como del comandante de la Región Militar de Lisboa, Vasco Lourenço, que había sustituido a Otelio Saraiva de Carvalho el 21 de noviembre. En contra del Presidente de la República y Comandante del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas, único referente de legalidad por entonces aceptado, los radicales habían dado el paso crucial en la confrontación. Solo eso era lo que esperaban sus adversarios.

El otro frente era tan heteróclito que le calificaré de forma genérica como contrario a la Revolución. Su núcleo militar era el Grupo de los Nueve, integrado justamente por nueve oficiales del Consejo de la Revolución que emitieron un documento, suscrito por muchos más, en que se defendía el carácter compatible de los objetivos socialistas de la Revolución con la democracia parlamentaria, aceptando las conquistas de la Revolución, pero enmarcándolas dentro de una legitimación democrática de las nuevas instituciones mediante las elecciones. Hay que decir sin embargo que entre los “nueve” aún pesaba con bastante claridad la concepción de un cierto vanguardismo militar. Pero lo esencial era que tanto éste como el “socialismo” que se perseguía como objetivo se reconocían subordinados a la legitimidad de las urnas y al pluralismo partidario. Y ése era el punto de contacto con el Partido Socialista, que representaba la principal componente civil de esa fronda “antigonçalvista”. El PS es la viga maestra del frente civil que sostiene esta opción y esta vía de “socialismo en libertad”. Ambos son los paraguas bajo los cuales se abrigan todas las fuerzas de la derecha política y militar hostiles al proceso revolucionario, donde caben igualmente algunos grupos de extrema derecha especialmente perseguidos por el “gonçalvismo” o por el COPCON, la Iglesia Católica, y la extrema derecha terrorista, exiliada en España o que actuaba clandestinamente en el norte del país mediante colocación de bombas, ataques a las sedes y a las gentes comunistas y afines, o el asesinato político. Desde hacía mucho el Grupo de los Nueve había constituido un estado-mayor militar y había establecido un plan de operaciones para reaccionar, preventiva o represivamente, a las posibles maniobras ofensivas del frente adversario. Ante la iniciativa de éste y con las bendiciones del Presidente de la República, general Costa Gomes, el 25 de noviembre de 1975 las tropas del general Ramalho Eanes, comandante operacional de los Nueve, pasan a la acción y derrotan sin dificultades a las tropas de un COPCON sin mando –Oteló rehúsa asumir la dirección de las operaciones– y abandonadas por la oportuna retirada del PCP del teatro de operaciones.

No hay duda alguna de que muchos militantes y activistas del PCP estaban implicados en las movilizaciones civiles que tuvieron lugar en Lisboa en conexión con los movimientos de tropas del COPCON (llamada a la huelga general por los sindicatos de la Confederación General de los Trabajadores Portugueses, órdenes de movilización de grupos de civiles, concentración a la puerta de los cuarteles, etc...). Y es así mismo cierto que varios oficiales próximos al PCP participaron activamente en la planificación y en la dirección de los acontecimientos militares, desde el COPCON o, sobre todo, desde los

Servicios de Detección y Coordinación de Información (SDCI). Pero hay múltiples razones para dudar de que Álvaro Cunhal y la dirección del PCP patrocinasen y dirigiesen la “aventura” de un asalto al poder que, sin sombra de duda para los dirigentes del partido, iría a desembocar en una guerra civil (el “Norte”, donde se refugiaron diputados constituyentes y dirigentes de los partidos “antigonçalvistas”, se preparaba, con apoyo logístico y militar extranjero, para aplastar a la “comuna de Lisboa”) de la que su principal víctima sería el propio PCP. No era ésa, como hemos visto, la “vía” elegida por el partido para la toma del poder. Y, aunque, no quisiera desmarcarse de la ola de radicalización, tampoco se identificaba, ni por su naturaleza ni por su cultura táctica, con la deriva “aventurera” a la que desde el principio trató de quitarle la silla (por ejemplo, no permitiendo que saliesen los fusileros de Alfeite, desmovilizando a la Confederación General de los Trabajadores Portugueses, “inmovilizando” a sus efectivos, etc...), tras haberse asegurado previamente un proceso de contención de la guerra civil. No obstante el PCP habrá tenido sin duda sus dificultades para controlar a los sectores civiles embalados por la ola de movilización radical; y mayores aún para contener a oficiales ideológica y políticamente próximos, pero con un grado de vinculación y de disciplina partidaria más que dudoso. Todo lo cual lleva a la conclusión de que el 25 de Noviembre fue una operación militar con el PCP, pero no del PCP.

En realidad, más que el comienzo de un proceso de contrarrevolución, el 25 de Noviembre, es sobre todo una contención pactada –tal vez, incluso, negociada–<sup>118</sup> del proceso revolucionario entre el PCP y el Grupo de los Nueve del MFA, dejando comprensiblemente al margen tanto al PS como a las fuerzas de la derecha y de la extrema-derecha, que no esconden su incomodidad o su frustración. Un acuerdo de contención que, al salvaguardar las libertades públicas y el funcionamiento de todos los partidos, conservando al PCP incólume en el VI gobierno, no sólo evita una contrarrevolución, sino que tras pasa al período que sigue al 25 de Noviembre lo esencial del patrimonio de las conquistas revolucionarias (el objetivo del socialismo, la reforma agraria, las nacionalizaciones, el control obrero...), que además vendrán a

---

<sup>118</sup> Melo Antunes y otras fuentes se han referido a la existencia de negociaciones directas entre ese oficial y Alvaro Cunhal, lo que éste contradice al hablar de una “salida política del golpe”, “no negociada, ni debatida”, pero resultante de una “alianza coyuntural y objetivamente existente” entre el PCP y los oficiales “golpistas” defensores de la continuación de la democracia. Cf. Álvaro Cunhal, *op. cit.*, p. 228.



tener amplia consagración en la Constitución aprobada el 25 de abril de 1976.

Pero también una contención que tiene un doble contenido esencial. En primer lugar impone una alteración de las legitimidades del poder: la legitimidad revolucionaria cede definitivamente ante la legitimidad de las urnas que había surgido de las elecciones de abril de 1975 y vendría a constituir un obstáculo sustancial y permanente para la lógica revolucionaria de la toma del poder. Precisamente en esa dirección apunta el II Pacto MFA-Partidos, firmado el 25 de febrero de 1976. Este nuevo Pacto revocaba las disposiciones del primero, donde el poder civil había tenido que reconocer importantes limitaciones derivadas del vanguardismo de los órganos militares revolucionarios.

De esta forma, la gestión de las “conquistas revolucionarias”, en sí mismas no contestadas, correría a cargo de las futuras mayorías parlamentarias y de los futuros gobiernos y presidentes de la República salidos de las elecciones legislativas y presidenciales, realizadas por primera vez al abrigo de la Constitución en abril y junio de 1976 respectivamente. A ellos sí vendría a corresponderles el inicio del proceso de contrarrevolución legislativa que vaciará de contenido o revocará progresivamente buena parte de los objetivos y de las realizaciones más avanzadas del proceso revolucionario.

Por otra parte, la contención del 25 de Noviembre significaría también, y de forma no menos sustancial, la reconstrucción de la jerarquía y de la cadena de mando en las fuerzas armadas; el regreso de las fuerzas armadas a su papel tradicional en el Estado, y con ello la liquidación del MFA, y el desarme y la neutralización inevitables de la izquierda político-militar. Eso fue lo que ordenó la ley constitucional n° 7/75 aprobada por el Consejo de la Revolución en diciembre de 1975: la sumisión de las fuerzas armadas al poder político y la anulación de su papel político autónomo. Quedaría en pie, como último baluarte de la intervención política de los militares, el Consejo de la Revolución, reducido al papel de custodio de la constitucionalidad de las leyes y a una especie de freno del acelerado revisionismo que impondrán las nuevas instituciones, de forma gradual pero ininterrumpida, al patrimonio político heredado del período revolucionario.

Todo ello estuvo acompañado de un centenar de prisiones de oficiales revolucionarios, del comienzo de un proceso de depuración o marginalización —que ni siquiera excluiría a los propios oficiales del Grupo de los Nueve—



dentro de las fuerzas armadas, de una significativa depuración política en los órganos de información (periódicos, radios, RTP), que por otra parte constituía la respuesta a las depuraciones que antes había promovido el PCP. Ahora la tropa vuelve a obedecer al Estado y regresa a los cuarteles, mientras que la movilización popular se enfría y va remitiendo. Sin el apoyo militar del MFA y del COPCON, las “conquistas revolucionarias” eran poco más que mera retórica, aunque ésta tuviera consagración constitucional. La Revolución daba lugar a la institucionalización de la democracia; una democracia que tendería a serle poco fiel, pero en la que aquella dejaba huellas originarias esenciales y duraderas.

#### 5.4. LA REVOLUCIÓN, MARCA GENÉTICA DE LA DEMOCRACIA PORTUGUESA

Es cierto que, como consecuencia de ese proceso de contención, la Revolución llegó a su término y fue seguida, ya en el marco de la legitimidad democrática y constitucional, por un proceso de contrarrevolución legislativa que fue socavando progresivamente la parte más avanzada del patrimonio revolucionario: la meta del socialismo, la reforma agraria, las nacionalizaciones, el control obrero, y en general buena parte de las expresiones de la democracia directa.

Pero se mantuvo como herencia estable hasta la actualidad, legada por el proceso revolucionario, un núcleo de logros fundamentales que permanece, como marca genética, en la democracia política, en la democracia social, en la democracia educativa, en el embrión del Estado-providencia, en un cierto consenso en torno al papel regulador del Estado, en nombre de la justicia social, tanto en el plano económico como en el social.

Ese rasgo distintivo, esa marca genética de la democracia portuguesa, es fruto de una revolución. Es decir, que la conquista de las libertades públicas y de los derechos fundamentales, de los derechos sociales, de los avances en el dominio de la salud y de la educación, así como la destrucción de buena parte de las estructuras y de las políticas más odiosas del antiguo régimen (la policía política, la censura, la delación, las milicias, el partido único, etc..) fueron en gran medida fruto de la iniciativa y de la combatividad ciudadanas, conseguidas en la calle, en las empresas, en las instituciones docentes, antes de plasmarse en las leyes y en la Constitución. En lo que tiene de sustancial, la democracia portuguesa es una democracia conquistada y no otorgada, fruto de una ruptura revolucionaria sobrevenida por la incapacidad histórica

de la iniciativa de autorreforma del régimen, o incluso de cualquier especie de transición pactada. Pienso que treinta años después es oportuno subrayar que la Revolución constituyó la génesis de la democracia portuguesa y que ambas han continuado siendo indisociables, a pesar de lo dificultoso y accidentado del recorrido.

No se trata sin embargo de una situación inmutable. Sino que tal vez uno de los desafíos centrales de la ciudadanía de nuestros días sea saber si el proceso histórico de vaciamiento de las conquistas fundamentales de la democracia, logrará o no transformarla en algo radicalmente enfrentado con su génesis. Pero a ese interrogante sólo el futuro podrá darle respuesta.

## CONCLUSIÓN

La historia política de Portugal hasta la Revolución de 1974/75, e incluso después de ella, está condicionada por las características de un país semiperiférico, a medio camino entre el centro capitalista europeo y desarrollado y el “imperio” colonial, de industrialización tardía y lenta, de fuertes permanencias de las estructuras agrarias tradicionales, sostenida por la muleta colonial, reproductora de buena parte de esas obsolescencias y bloqueos estructurales.

Tal es el telón de fondo de la gran crisis de identidad, crisis política, ideológica, económico-financiera, social, crisis de valores que es la del liberalismo oligárquico y la de la monarquía constitucional en la transición de los siglos XIX al XX. En el marco de las respuestas políticas e ideológicas a los grandes interrogantes de la época, en el contexto del debate doctrinario y de la lucha política entre las diversas soluciones que se proponen para salvar al país, vendrá a estructurarse, probablemente hasta principios de los años sesenta, los componentes básicos del mapa político portugués del siglo XX: con una tendencial rigidez cultural e ideológica, tanto a derecha como a izquierda, que la larga dictadura salazarista contribuiría a prolongar.

Hasta la ruptura revolucionaria de 1974/75, el Portugal del siglo XX está caracterizado desde el punto de vista político por tres rasgos generales que he procurado resaltar: dilatadas persistencias, sobre todo, largos procesos de crisis terminal (la crisis del liberalismo monárquico entre 1890 y 1910; el deterioro del *Estado Novo* que se arrastra desde principios de los años sesenta y se ve agravada con la crisis final del *marcelismo*); incapacidad de procesos endógenos, desde las propias élites de los grupos dominantes, de reforma o de transición modernizadores, lo que contribuye a explicar el fenómeno anterior; soluciones *in extremis* de ruptura violenta, devenida casi inevitable, o sea, facilitada por el estado de aislamiento y disolución interna de los regímenes derribados en cualquiera de las tres soluciones históricas en que eso se produce (1910, 1926 y 1974).

Pero las rupturas revolucionarias, realizadas en nombre de la modernización política democrática y del desarrollo económico-social (el *5 de Octubre* y el *25 de Abril*), o fracasarán rotundamente como tentativas de cambio, abriendo el camino a alternativas fascistizantes y antidemocráticas (lo que acontecería con la I República), o, como sucedió en 1974/75, serán de una radicalidad real pero breve, generando procesos de modernización efectiva pero tardía y a menudo superficial, que resultarán afectados, como veremos, por los nuevos impactos de la época en que vinieron a realizarse. Es cierto que el *Estado Novo*, sobre todo tras la segunda guerra mundial, hará crecer económicamente al país a ritmo acelerado, favorecido por los treinta años de ininterrumpida prosperidad europea. Son éstos los “cambios invisibles” que se traducen en importantes alteraciones de naturaleza económica y social. Pero a este crecimiento difícilmente puede calificársele de modernización, porque se da sin democracia, sin partidos políticos, sin libertad de expresión, sin justicia social, sin libertad sindical, sin derecho a la huelga, y con opresión política, con emigración masiva, con un analfabetismo aún aplastante y con una guerra en las colonias sin sentido y sin fin.

Parte de las referidas características pueden entenderse por la naturaleza de las élites que históricamente presidieron el destino de las clases dominantes portuguesas en este período: poco numerosas, pero muy oligarquizadas, con un fuerte peso de los sectores más parasitarios, con una cultura mayoritariamente tradicionalista y ultraconservadora, casi siempre poco dispuestas a correr riesgos en general y a protagonizar en concreto procesos de reforma modernizadora. Las escasas tentativas que apuntan en ese sentido serán siempre tibias, inconsecuentes y fácilmente neutralizadas, como hemos intentado demostrar. Tanto en las últimas décadas de la monarquía como durante el *Estado Novo* revelarán su capacidad para mantenerse, para durar, pero no para cambiar.

Y esto acaso también se deba, entre otras razones, a la relativa debilidad de los núcleos político-ideológicos y sociales capaces de impulsar una modernización del país. Porque, efectivamente, se echa de ver un proletariado industrial moderno muy concentrado en Lisboa y en sus cinturones industriales, que en general carece los derechos sindicales o políticos; una clase media urbana débil y con poca capacidad de reivindicación social y política, aunque a finales de los años sesenta se ampliará, se diversificará, ganará fuerza y cierta nivel de intervención; una élite política de izquierdas tardíamente surgida en la primera mitad de los años veinte, barrida por la represión de los treinta, renovada y reconstituida durante la segunda guerra mundial y en la

posguerra, siempre perseguida y silenciada bajo el salazarismo en todas sus manifestaciones políticas y fuertemente condicionada en sus formas de expresión intelectuales y artísticas. En suma, un mundo cercado en las grandes ciudades que, en coyunturas de crisis (en 1945/46, en 1958/62, en 1969/74) gana proyección y capacidad de desencadenar movimientos políticos y sociales de masa a escala nacional, pero que por sí mismo se mostrará incapaz de generar un proceso insurreccional, es decir, de arrastrar a una parte de las fuerzas armadas con el objetivo de derribar a la dictadura.

Sin embargo, esa situación de acantonamiento regional y social de las izquierdas en Lisboa, en algunas grandes ciudades del litoral (Braga, Oporto, Setúbal) y en el Alemtejo, vendría a demostrar algunas inesperadas ventajas desde los años sesenta. Es en esos núcleos urbanos donde va a establecerse esa parte de la población que no emigra al extranjero pero huye de la miseria de los campos, reforzando de manera muy importante, sobre todo en las márgenes sur y norte del Tajo, la base de apoyo de los movimientos opositores, especialmente del PCP y más tarde de los grupos de la izquierda radical. Por otro lado, la cultura urbana de izquierda se convertirá en la ideología hegemónica de los medios políticos, culturales, informativos y juveniles en las grandes ciudades, influenciando de forma muy marcada, tanto a corto como a largo plazo, a los jóvenes oficiales que tomarán el poder el 25 de Abril de 1974. Por último, y también como en el *5 de Octubre*, Lisboa será, seguirá siendo, el teatro político-militar donde el *25 de Abril* se decide todo, a pesar de que las operaciones han tenido también su escenario en varios puntos del país.

Fruto de un golpe militar de rasgos históricos inusitados, la Revolución de 1974/75 abrió por vez primera en nuestra historia del siglo XX un proceso sostenido de modernización global de la sociedad portuguesa, por accidentado, contradictorio, o bloqueado que haya sido o esté siendo. Como subraya Boaventura de Sousa Santos, “fue la Revolución del *25 de Abril* la que abrió el camino a la creación y a la consolidación de estructuras y prácticas modernas en nuestra sociedad”. Pero ese proceso de reconstitución de la sociedad portuguesa como “sociedad nacional moderna” se realizó no solo en un período corto, sino “en un tiempo en que las lógicas de desarrollo nacional estaban en crisis, bloqueadas o fuertemente condicionadas por las lógicas de la globalización hegemónica”.<sup>119</sup>

---

119 Cf. Boaventura de Sousa Santos, “Prefácio” in Idem (org.), *Globalização: Fatalidade ou Utopia?*, Porto, Afrontamento, 2001, p. 21.

También aquí llegamos tarde. En vez de una sociedad moderna, esto es, previamente modernizada, que se enfrenta a la globalización capitalista, Portugal es un país que se moderniza tardía y difícilmente, ya bajo los efectos de esa globalización. También he escrito este ensayo para intentar comprender el pasado de ese punto de llegada. Acaso pueda eso ayudar a construir un futuro mejor.







## COLECCIÓN SERIE DE ESTUDIOS PORTUGUESES

1. **Marco Jurídico de la Cooperación Transfronteriza Hispano-lusa.**  
*Coordinadora: Pilar Blanco-Morales Limones (Agotado)*
2. **Las Relaciones Masónicas entre España y Portugal. 1866-1932. Un estudio de la formación de los nacionalismos español y portugués a través de la masonería.**  
*Ignacio Chato Gonzalo*
3. **La Casa Encantada. Estudios sobre cuentos, mitos y leyendas de España y Portugal. Seminario interuniversitario de estudios sobre la tradición.**  
*Coordinadores: Eloy Martos Núñez (UEX) y Víctor M. De Sousa Trindade (U. de Evora)*
4. **Las Hablas de San Martín de Trevejo, Eljas y Valverde del Fresno. Trilogía de los tres lugares. Estudios y documentos sobre A Fala. Tomo I.**  
*José Enrique Gargallo Gil*
5. **A Fala de Xálima. O falar fronteirizo de Eljas, San Martín de Trevejo y Valverde. Estudios y documentos sobre A Fala. Tomo II.**  
*José Luis Martín Galindo*
6. **A Fala. La fala de San Martín de Trevejo: o Mañegu. Estudios y documentos sobre A Fala. Tomo III.**  
*Jesús C. Rey Yelmo*
7. **A Fala: Un Subdialecto Leonés en Tierras de Extremadura Estudios y Documentos sobre A Fala. Tomo IV.**  
*José Martín Durán*
8. **Arreidis: Palabras y Ditus Lagarteirus. Estudios y Documentos sobre A Fala. Tomo V.**  
*F. Severino López Fernández*
9. **Jornadas Luso-españolas de Derecho Constitucional.**  
*Coordinador: Pablo Pérez Tremps*
10. **La Economía Ibérica: Una fértil apuesta de futuro.**  
*Coordinador: Luis Fernando de la Macorra y Cano*
11. **Órficos y Ultraístas. Portugal y España en el diálogo de las primeras vanguardias literarias. 1915-1925.**  
*Antonio Sáez Delgado*

12. **Actas del I Congreso sobre A Fala.**  
*Coordinadores: Antonio Salvador Plans, María Dolores García Oliva y Juan Carrasco González*
13. **Sociedad y Cultura en Lusitania Romana. IV Mesa Redonda Internacional.**  
*Coordinadores: J.G. Gorges y T. Nogales Barrasate*
14. **Estados y Regiones Ibéricos en la Unión Europea. Perspectivas económicas.**  
*Coordinadores: José M. Caetano, Leopoldo Masa y Luis F. de la Macorra*
15. **Hablas de Herrera y Cedillo.**  
*María da Conceição Vilhena*
16. **La educación especial en Extremadura y Alentejo (1970-1995).**  
*Rosa María Rodríguez Tejada*
17. **El caso Humberto Delgado. Sumario del proceso penal español.**  
*Edición a cargo de Juan Carlos Jiménez Redondo*
18. **Economía de la energía. Análisis de Extremadura, Alentejo y Región Centro.**  
*Coordinador: Juan Vega Cervera*
19. **La mirada del otro. Percepciones luso-españolas sobre la historia.**  
*Coordinadores: Hipólito de la Torre Gómez y António José Telo*
20. **El imperio del Rey. Alfonso XIII, Portugal y los ingleses (1907-1916).**  
*Hipólito de la Torre Gómez*
21. **Wittgenstein, 50 años después. Congreso hispano-luso de Filosofía. Tomos I y II.**  
*Coordinadores: Andoni Alonso Pueyes y Carmen Galán Rodríguez*
22. **Portugal y España en los sistemas internacionales contemporáneos.**  
*António José Telo e Hipólito de la Torre Gómez*
23. **El otro caso Humberto Delgado. Archivos policiales y de información.**  
*Juan Carlos Jiménez Redondo*
24. **La eficiencia de la Bolsa de Valores de Lisboa y Porto.**  
*José Luis Miralles Marcelo y María del Mar Miralles Quirós*
25. **Las relaciones entre España y Portugal a través de la diplomacia (1846-1910). Tomos I y II.**  
*Ignacio Chato Gonzalo*
26. **Portugal siglo XX (1890-1976). Pensamiento y acción política.**  
*Fernando Rosas*



ISBN: 84-7671-789-X



9 788476 717899

